



JAN HUTTON



LA ENCRUCIJADA SANGRIENTA



JAN HUTTON

LA ENCRUCIJADA SANGRIENTA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68. —MADRID

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS:

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (8).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Flibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varka (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).
56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escarlata (3).
59. Huellas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (8).

61. Billetes malditos (3).
62. Camino de perdición (12).
63. Camaradas enemigos (3).
64. A la deriva (6).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada (3).
67. «Killers» a sueldo (5).
68. Muerte en el atardecer (4).
69. Loup-Garou (3).
70. Punto final (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura (13).
74. El confidente (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco (5).
77. El vengador negro (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado (6).
80. Secreto de Estado (4).
81. Alias «Lugger» (5).
82. Hora «D» (3).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
85. Jack el Invencible (1).
86. Rastros perdidos (6).
87. Contrato siniestro (3).
88. Tralción sangrienta (14).
89. Al borde del abismo (5).
90. Crimen y justicia (1).
91. Hombres sin alma (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
97. Hampa de frac (1).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dólares (15).
100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición).
101. De Harvard a Quantico (16).
102. El asfalto rojo (5).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
106. Aguas turbulentas (4).
107. La araña verde (8).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Whitechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (8).
126. La ciudad prohibida (2).
127. Fatalidad (5).
128. Escalera de color (18).
129. La muerte blanca (15).
130. Ojo siniestro (3).
131. El espectro del pasado (25).
132. Club nocturno (8).
133. Persiguiendo cadáveres (28).
134. Prisión de oro (4).
135. Pasión inmortal (1).
136. ¿Volverá O'Regan? (5).
137. Cubil de alimañas (17).
138. La aventura de Harris (3).
139. Ratas del puerto (27).
140. Billete para la eternidad (4).
141. El triunfo de los mejores (21).
142. Al final, la muerte (5).

AUTORES

- | | | |
|--|--|---|
| (1) <i>Alf Mans.</i>
(2) <i>Fred Baxter.</i>
(3) <i>Frank McFair.</i>
(4) <i>Eddie Thorny.</i>
(5) <i>O. C. Tavin.</i>
(6) <i>Alar Benet.</i>
(7) <i>A. G. Murphy.</i>
(8) <i>Leotis Haroc.</i>
(9) <i>J. L. Martin.</i> | (10) <i>Jack Brooklyn.</i>
(11) <i>Thomas Settee.</i>
(12) <i>John Nebot.</i>
(13) <i>Thomas Wanton.</i>
(14) <i>F. N. Graub.</i>
(15) <i>Robert Deaf.</i>
(16) <i>Alan Carson.</i>
(17) <i>Alto Cortroa.</i> | (18) <i>Jack Grey.</i>
(19) <i>Edgar Ford.</i>
(20) <i>Andre O'Sun.</i>
(21) <i>Fel Marty.</i>
(22) <i>Dana Yonell.</i>
(23) <i>Al Gallard.</i>
(24) <i>Chester King.</i>
(25) <i>Joseph Tell.</i>
(26) <i>Med Ryman.</i> |
|--|--|---|

I

CUATRO HOMBRES MUERTOS



RED rehusó jugar. Mientras los cuatro hombres que le acompañaban se ponían en torno a la mesa, él permanecía junto a la ventana, atento al ruido de la calle.

Los cuatro hombres se enfrascaron enseguida en el póker, sin darse cuenta de la extraña actitud de su compañero. Guardaban silencio, por lo cual alrededor de la mesa, iluminada por una lámpara de tulipa muy baja, podían oírse sus respiraciones y las maldiciones que profería alguno cada vez que el mestizo, con una suerte sospechosa, se llevaba el dinero. Hacía un rato que empezaron la partida, el suficiente para que el mestizo tuviera ya en

su poder un montón de billetes mugrientos.

Pierre Lavin, un francés espigado y reseco, que sólo abría la boca para blasfemar, le miraba insistentemente, con el ceño fruncido y los dientes apretados, dispuesto a matarle en cuanto le sorprendiera en una trampa.

Por la ventana abierta entraba el murmullo de la noche: compases de música moderna, apagados por la distancia, que provenían de las terrazas de los hoteles y de los «cabarets»; el continuo chirriar de las grúas en el puerto; de vez en cuando el alboroto de los refugiados chinos que en sus merodeos nocturnos a través de Hong Kong habían conseguido una presa y se la disputaban.

La luz de la lámpara, como dispuesta a propósito para iluminar sólo la mesa, dejaba a oscuras el resto de la habitación.

Un ruido metálico hizo que los cuatro hombres volvieran la vista hacia Fred, quien acababa de montar su pistola.

—La señal no puede tardar —explicó tranquilamente, advirtiendo que los ocho ojos le interrogaban a la vez.

Continuaron el juego. Barajando Tooler, distribuyó las cartas y, viendo las suyas, las arrojó sobre la mesa; decepcionado. Vilshofen, alemán renegado, le imitó. Quedaban el mestizo y Lavin. Le tocaba al francés pedir antes que al otro; se descartó de un naípe mientras que su contrincante conservaba los cinco. Durante unos momentos contuvieron la respiración; Tooler y Vilshofen se inclinaron sobre la mesa para seguir mejor el desenlace. El mestizo sonreía; Lavin estaba tan nervioso que vertió el contenido de un vaso al echar su dinero en el centro de la mesa.

—Todo lo que tengo y lo de esta noche —profirió roncamente, enjugándose el sudor con la mano.

—¿Y si tocamos a poco? —preguntó, burlón, el mestizo.

Lavin se contuvo para no soltar una sarta de insultos. El otro quería hacerle perder la serenidad, además de llevarse hasta el último penique. Con ira retenida le propuso de nuevo:

—Lo de esta noche.

—Acepto —contestó el mestizo.

Lavin, impaciente, arrojó sus cartas; tenía póker de ases. El mestizo puso las suyas sobre la mesa, boca abajo, y fue descubriendo una escalera de color. Una vez más ganaba.

Una llamarada de odio y de rabia cruzó los ojos del francés al beberse de un sorbo medio vaso de «*whisky*». Le temblaban las manos y una arruga siniestra se le formaba en la frente. El ganador metió la mano bajo la mesa, calmando con aquel ademán a Lavin.

De pronto Fred se acercó a ellos imponiéndoles silencio. Por la calle pasaba un borracho. Fred apagó la luz para encenderla dos veces, a intervalos de un minuto.

El borracho mascullaba amenazas al tiempo que se reía, repitiendo palabras estúpidas. Fred habló:

—Que nadie se mueva mientras yo salgo. Es la señal. No encendáis la luz, ni cigarrillos. Esta noche nos va el pellejo.

Las órdenes de Fred eran tajantes. Les dio las últimas instrucciones en voz baja, dirigiéndose a la puerta.

El mestizo empezaba a guardarse el montón de billetes, tan precipitadamente, que varios se le cayeron al suelo. Cuando Fred hubo desaparecido, se inclinó hacia sus compañeros, diciendo:

—No me gusta este asunto. ¿A qué tantas precauciones? Hoy no hay barco.

—Tiene tantos negocios el jefe... —comentó Lavin.

—¿Y si sabe nuestros proyectos, eh? —preguntó Wilshofen, asustado.

—Tan sólo los cuatro estamos...

Antes de que el mestizo acabara la frase, la puerta fue cerrada con llave.

¡Maldición! —exclamó Lavin—. Es una encerrona.

Los cuatro hombres se lanzaron contra la puerta, pero fueron inútiles sus esfuerzos para derribarla. Perdieron un tiempo precioso: cuando corrieron a la ventana era demasiado tarde.

Fred, al salir, encendió un cigarrillo. Siempre al ir a participar en un crimen, dudaba. Desechó la vacilación y con paso decidido cruzó el jardín.

Al instante surgió una sombra de los árboles, trayendo algo en la mano. Tomó impulso y lo lanzó por la ventana cuando los cuatro hombres encerrados se iban a precipitar por ella.

La bomba estalló. Acto seguido, otro proyectil seguía al primero. Las dos explosiones se confundieron. Saltó una pared de la casa y trozos de vigas y cascotes fueron proyectados a distancia. El resto de los muros se derrumbó con un ruido sordo; las maderas

empezaron a arder.

Lavin cayó por la ventana, malherido. La sombra, empuñando un machete reluciente y curvo, se acercó entre el humo, guiado por los gemidos del francés. Agachóse buscando al herido, y de un golpe certero le hundió el arma en la garganta. Una mueca espantosa le alteró las facciones al limpiar el cuchillo en su víctima.

Fred no volvió la cabeza. Al oír la explosión, aceleró el paso, llevándose la mano a los ojos para borrar una visión horrible; la de aquella carnicería que acababa de cometer. En su interior un grito de rebeldía contra el Destino se alzaba, vengador y torturante.

Paróse en medio de la calle. Una hilera de farolillos encarnados la alumbraba apenas, dándole, entre las tinieblas de la noche, aspecto de senda. Fred apretó la mandíbulas; sus puños se crisparon. Era la senda del crimen, y él se hallaba en medio de ella, metido en el fango hasta el pecho. Detrás quedaba el último asesinato: cuatro hombres traicionados, muertos; y más allá, siguiendo la trayectoria infernal, ¿cuántos, menos fuertes que él, habrían de caer en el abismo empujados bárbaramente por sus puños, pisoteados por sus pies, en la carrera desenfundada hacia la muerte?

Minutos después entraba en una tienducha miserable, en apariencia cerrada. Un chino muy viejo, de ojos vivarachos e inteligentes, le saludó a la usanza oriental.

No contestó al saludo y atravesó, seguido del chino, varias habitaciones que olían a especias y a humedad. Desembocaron en un patio, donde estaba el coche de Fred, un «Packard» último modelo.

—¿Has recibido instrucciones, Shan Tung? —preguntó, de mal talante, Fred.

—Sí, señor Fred.

—¿Y a qué esperas? ¿No has oído la explosión?

—Sí, señor Fred; ya estará mi gente allí. La Policía les pillaré tratando de huir.

Sin decir nada, Fred subió al coche. El chino abrió la puerta de la calle y se inclinó casi hasta el suelo, despidiéndole.

Eran las doce y media de la noche y a aquellas horas había escaso tráfico por las calles. Más tarde, los coches lujosos de los blancos cruzarían la ciudad hacia Victoria Peack, donde residían.

Algunos hombres andrajosos dormían tirados en el arroyo. A las casas que ocultaban fumaderos de opio clandestinos, que Fred conocía una a una, afluían los rezagados blancos, mestizos, marinos de varias nacionalidades, chinos y malayos; un enjambre de seres atrofiados y vencidos, que se pasaban el día esperando el instante en que sus mentes despertaran, a fuerza de opio, a una existencia posible sólo en los abismos horrendos del vicio.

Hong Kong, como tantas ciudades de Asia, es un hervidero de pasiones y de aventuras, un infierno luminoso, lleno de lujo, con sus avenidas amplias y aireadas, cercadas por la ciudad indígena, que parece hacinada, sumida en la indigencia.

Fred salió de la ciudad, dirigiéndose hacia Aberdeen, el centro de manufacturas del pescado, un pueblo pequeño al borde del mar, donde miles y miles de chinos viven en los juncos antiquísimos.

Paró el coche en medio de la carretera y estuvo un rato con los faros apagados. Luego se internó por un camino.

Escondiendo el «auto» en un cobertizo abandonado, continuó a pie. Se cruzó con varios chinos que salían de la oscuridad a su paso. Fred hacía una seña con la mano, y de nuevo aquellas sombras silenciosas desaparecían, tragadas por la noche.

Un rato después llegaba ante una casa apartada que contrastaba con la pobreza de los almacenes que formaban el pueblo. No se veía una sola luz.

Fred se paró a contemplarla. Ningún miembro de la banda había jamás penetrado en ella. Bajo su aspecto tranquilo se ocultaba el secreto por el que tantos hombres habían perecido. Johnny, «Risitas», mano derecha del jefe, el único que le conocía y hablaba con él, la habitaba. Y de ella partían los hilos invisibles que controlaban, tanto el último y más mezquino antro como los mejores hoteles de la ciudad.

Fred empujó la puerta de una caseta donde se guardaban útiles de jardinería; donde los «privilegiados», aquéllos a quienes sus nervios de acero y su capacidad para el crimen señalaban como mejores, daban cuenta del trabajo y recibían órdenes.

Avanzó a tientas, buscando el teléfono. De pronto se quedó inmóvil, con los músculos en tensión.

Notaba la presencia de algo o de alguien. Una voz sonó a sus espaldas:

—Hola, Fred; te estaba esperando.

El joven volvióse como un relámpago, empuñando la pistola. Una fracción de segundos más y hubiera disparado a quema ropa sobre Johnny, «Risitas», que se ocultaba en la oscuridad.

Se encendió la luz. Johnny estaba sentado y le miraba sonriendo. Fred guardó el arma y esperó. Sólo en contadas ocasiones se dejaba ver el lugarteniente del jefe, por lo que su presencia allí resultaba insólita y sorprendente.

Era enclenque, pálido; tenía la frente muy desarrollada y el pelo cano; los ojos, fríos y acerados, inmóviles y escrutadores siempre. Parecía estar enfermo. Vestía traje negro, deslucido y algo sucio. Una constante sonrisa le dibujaba los labios finos. Tenía fama de astuto, de cruel. A Fred le produjo la impresión de un reptil, de un ser privado de sangre y nervios.

—Fred, tienes suerte, mucha suerte; al jefe le gusta tu trabajo.

El joven, por durarle aún la sorpresa, no supo qué contestar. Johnny hablaba sin mover la boca, murmurando las palabras:

—Esta noche te has portado bien, muchacho. El jefe indicó la conveniencia de probarte, de ver hasta dónde estabas dispuesto a llegar.

Fred inició un gesto de indiferencia con la cabeza. El «Risitas» prosiguió:

—Eran tus amigos, Fred; trabajaban a tus órdenes desde hacía meses, y tú no conocías los motivos que nos obligaron a dar este paso. Tenían su idea: eran ambiciosos, pero estúpidos. Cualquiera día nos hubieran ocasionado molestias, acaso un disgusto. Lo contrario que tú. Eres inteligente y poco ambicioso. Emplea el cerebro y llegarás lejos.

Fred advirtió que los ojos de Johnny, fríos, duros, se le clavaban en la cara, espiando sus reacciones, haciéndole objeto de un examen minucioso.

Tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar la repugnancia que le causaba aquel hombre. En Fred aún quedaba un rescoldo de honradez, pese a que sus pasos bordeaban los abismos del crimen. Se preguntó, mientras aguantaba el examen, si no estaría él también incluido en la lista de las próximas víctimas. El jefe descartaba con mano inflexible toda posible competencia o traición.

Los halagos de Johnny, su risita mordaz, acentuada a medida

que hablaba, el tono de su voz, le producían una sensación de inseguridad y de peligro.

—Mañana, Fred, irás al puerto. ¿Has visto alguna vez a este hombre?

Le enseñó la fotografía de un individuo recio, alto, musculoso, de facciones como talladas en mármol y con las características propias del norteamericano.

—Mírale bien. Se llama Basset, Carl Basset. Mañana llegará a Hong Kong. Tú serás su sombra. Es la persona más peligrosa de cuantas nos han enviado. Viene dispuesto a sucumbir o a vencernos.

Fred le devolvió la fotografía.

—¿Le reconocerás?

Fred asintió con la cabeza.

—Abandona los asuntos pendientes. Déjalo todo, y dedícate día y noche a vigilar a este hombre. Recibirás más órdenes cuando sea oportuno. No olvides que el menor descuido puede estropearlo todo. En el mismo barco vendrá otro. Es un representante del Gobierno de los Estados Unidos. Déjale tranquilo. Fracasarán en su empeño de convencer a las autoridades inglesas de que aquí se está desarrollando la principal batalla de Corea. Estos ingleses se creen aún dueños del mundo. En realidad viene para apoyar a Carl Basset.

Fred no pudo evitar una sonrisa.

—¿Tanto vale nuestro hombre? —preguntó, con sorna.

La risita se apagó en los labios de Johnny. Tardó un rato en contestar.

—Es el mejor agente del F. B. I. Sólo trabaja en asuntos de importancia. Tendrás, Fred, que luchar a muerte. Toda su carrera y su prestigio depende de lo que consiga descubrir aquí, en Hong Kong. Es endiabladamente inteligente y posee más experiencia en estos asuntos que toda la Policía inglesa junta. Ante todo, que no se acerque a esta casa, ¡aunque arda medio Hong Kong! Su misión estriba precisamente en descubrirla. Antes de nada debes conocer a tus hombres. Gente de valor, Fred. Les hemos traído de América para que te ayuden; Hotel Gloucester; pregunta por Barjan.

Johnny se levantó. La risita acudió de nuevo a sus facciones cuando tendió la mano a Fred.

Éste, al estrechársela, sintió un escalofrío. Miró con fijeza a Johnny. Una intuición súbita le dio la certidumbre de que él iba a

ser la próxima víctima del «jefe». Estaba preparado. En su mirada, Johnny pudo advertir un reto.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

II

DAVE RYDAL ENTRA EN ACCIÓN



L día siguiente muy de mañana, Fred se dirigió al Hotel Gloucester.

—¿Señor Barjan? —preguntó al conserje.

—Tal vez a estas horas no esté levantado, señor —advirtió el empleado, extrañado de la intempestiva visita.

—Me esperan —dijo Fred, con voz poco afectuosa.

El empleado le informó, inclinándose servicialmente:

—Habitación noventa y ocho, ascensor de la izquierda.

Fred subió al segundo piso, llamando a la habitación 98. Al rato, un hombre en mangas de camisa abrió a medias la puerta. Era alto, de una delgadez extremada; su pelo escaso exageradamente

engomado, y sus ojos de mirar cínico, resaltaban en él un aire inconfundible de matón caprichoso.

—¿Barjan? —preguntó Fred.

—Soy yo —contestó el aludido.

—Me llamo Fred Koestle.

La puerta se abrió de par en par.

Cuatro individuos, sentados en torno a una mesa, se volvieron para ver a su nuevo jefe. Estaban desayunando.

—Muchachos, aquí tenemos a Fred Koestle —indicó Barjan.

Los cuatro le saludaron, sin levantarse de sus sillas.

—Siéntese, señor Koestle —invitó Barjan.

La voz de Fred sonó seca, autoritaria:

—Será preferible que prescindamos de preámbulos. ¿Habéis recibido órdenes?

Barjan, que parecía gozar de cierto ascendiente sobre los demás, habló por ellos:

—Estamos esperándote.

A continuación, presentó a sus compañeros:

—Millman, Delesse, Keith, Lowen.

Cada uno, al ser nombrado, hizo algo parecido a un saludo con la cabeza.

Fred los estudió detenidamente. En realidad no parecían «gángsters», sino empleados o turistas, gente de buenos modales y hasta de cierta posición social, aunque se notaba algo siniestro en ellos: cinismo, como si tuvieran impresa en el rostro la huella del crimen.

En Delesse, pequeño, sonriente, con mofletes muy encarnados y mirar franco, adivinó a una buena persona. Los cuatro restantes le causaron mala impresión; Barjan, sobre todo.

—¿Conocéis Hong Kong? —les preguntó.

Barjan contestaba siempre:

—Llevamos dos semanas aprendiéndonos hasta los rincones más insignificantes. Ya es hora de que hagamos algo.

—Dentro de una hora llega nuestro hombre. Vuestra labor se reduce, por el momento, a seguirle los pasos y a impedir que salga de la ciudad. En caso necesario podéis emplear la fuerza, pero sin excederos. Interesa que Carl Basset regrese vivo a Estados Unidos. Tendréis que trasladaros al hotel que elija, si no viene a éste.

¿Entendido?

—De acuerdo —contestaron los cinco.

—Delesse me acompañará y os transmitirá mis órdenes. Os ajustaréis a ellas. Eso es todo.

Delesse se puso la chaqueta, con un gesto en la cara de satisfacción y de simpatía. Fred salió con él de la habitación.

El puerto era un hervidero humano, donde gentes de varias nacionalidades, de todos los colores y aspectos, pululaban afanosamente de un lado para otro. Parecía una colmena excitada por continuo movimiento, una multitud presa de un deseo de actividad que no acabaría nunca.

A pesar de la guerra en China y de que las comunicaciones y el comercio legal con el inmenso territorio circundante están interrumpidos, Hong Kong continúa en posesión de casi todo el comercio en Oriente. Se exporta el opio en cantidades crecientes y continuamente afluyen a sus muelles buques que, escudados en el avituallamiento de la ciudad, se dedican al lucrativo contrabando de armas en gran escala.

La sirena del paquebote «New Pacific» hendió el aire al cruzar el estrecho.

Minutos después ancló en el puerto. Los pasajeros empezaron a descender por la pasarela.

Fred buscó con la vista al agente del

F. B. I.,

identificándole, al fin, con el individuo de la fotografía. Estaba conversando con un oficial del barco. A pesar de su descuido en el vestir, se le notaba una distinción poco común, no pasaría de los treinta y cinco años de edad, aunque al color negro de sus cabellos se mezclaban mechones de plata.

Le vio bajar la pasarela con ademanes resueltos y a la vez medidos.

Pasó al lado de Fred, mezclándose con la multitud. Entre los orientales, por lo general pequeños de estatura, que entorpecían la salida destacaba su corpulencia.

Delesse, a una seña de Fred, le siguió de cerca, y éste caminó tras ambos.

Salieron al encuentro del recién desembarcado varios taxistas y «coolies», quienes a gritos se disputaban al cliente, de acuerdo todos

en ponderar las excelencias del Península Hotel, situado en la península de Kowlon, a cuatro pasos del puerto.

Carl Basset se paró para encender un cigarro. Frente a él, cruzada la faja de mar, se divisaba la verdadera Hong Kong. El agente del

F. B. I.

contempló aquella ciudad, de más de cuatro millones de habitantes, construida en una montaña, y cuyas calles iban ascendiendo hasta la cumbre misma.

Iba a meterse en una lancha motera para cruzar el estrecho cuando ocurrió algo inesperado.

Un individuo, con barba de varios días, sucio y desaharrapado, cruzó corriendo la calle y disparó dos tiros sobre Carl Basset. Una bala se incrustó en la madera de la canoa, hundiéndose la otra en el agua.

Los pasajeros que esperaban ser trasladados al otro lado se dispersaron, asustados. Entre el barullo de la gente, el agresor se acercó de nuevo y cargó su pistola sobre el agente del

F. B. I.

Una de las balas debió de herirle, ya que se llevó la mano izquierda al brazo contrario y lanzó una exclamación de rabia.

Fred no se movió; la sorpresa le paralizaba. Delesse, al lado de la víctima, se había metido la mano en la axila y empuñaba el revólver sin sacarlo, en espera de los acontecimientos.

El agresor aprovechó la confusión para tratar de huir por los muelles, sorteando las canoas, cuyos dueños se apartaban a su paso.

Un policía de uniforme salió de entre la gente, y antes de que pudiera escapársele le propinó con la porra un fuerte golpe en la cabeza.

El joven, tambaleándose, medio atontado por el golpe, realizó inútiles esfuerzos para desprenderse de los guardias, que le esposaron.

Carl Basset, mirándole fijamente, enseñó con extraordinaria calma la documentación a los policías, y haciendo una seña al de la canoa fue a entrar en ella.

De un brusco tirón, el impulsivo blanco, que no llegaría a tener veinticinco años de edad, se escapó de entre los policías, lanzándose contra el agente especial del

F. B. I.,
quien de un puñetazo repelió el ataque.

El joven, levantándose con presteza, inyectados los ojos en sangre, hizo ademán de llevarse ambas manos esposadas al bolsillo trasero, pero comprendiendo que no tenía ya la pistola, se encaró con Basset y le escupió rabioso. Intervinieron los dos policías, llevándosele a empuellones.

Carl Basset, sin volver la cabeza, entró en la lancha. Una sonrisa apenas perceptible se dibujaba en sus labios, contrastando con la palidez acentuada que le cubría la cara.

Confundido entre los espectadores de la violenta escena, Fred no había perdido detalle de lo ocurrido. Tomó buena nota de la fisonomía del agresor, de su apariencia, que, a pesar de la suciedad y de las barbas, no era la de un auténtico desharrapado; de sus manos, extraordinariamente finas y cuidadas.

Fred indicó en voz baja a Delesse que no perdiera de vista al agente del

F. B. I.

y él se fue tras la pareja de guardias, sin perder de vista al criminal.

Fred vislumbraba algo anormal en aquel incidente; algo que, sin acabar de verlo claro, le atraía poderosamente. El hecho no podía ser casual ni dejar de estar directamente relacionado con el asunto que le ocupaba.

Cuando metieron en el cuartel de la Policía del puerto al agresor, Fred entró en un bar cercano, saliendo enseguida, seguro de que cuánto pasara en el interior del edificio le sería comunicado inmediatamente.

Una cosa le extrañaba ante todo: ¿Por qué «el jefe» ordenaba que Carl Basset debía regresar vivo a su Patria, si luego atentaba contra él? ¿Sería, acaso, un aviso al agente especial para que no insistiera demasiado en el cumplimiento de su misión? ¿O al margen de la voluntad del «jefe», inesperadamente, se desarrollaba un drama, en el cual él, Fred Koestle, era un mero espectador?

El teniente Skarvan ordenó que le llevaran al detenido. Sin levantar los ojos de los papeles que estudiaba, empezó a interrogarle:

—¿Tu nombre?

—Dave.

—¿Dave qué más?

—Dave Rydal.

—¿Eres inglés, acaso?

—Por suerte, no.

Por primera vez, el teniente se fijó en el hombre al cual interrogaba, haciéndole un minucioso escrutinio, y cambiando ásperamente de modales:

—Tu pasaporte. ¡Venga!

El que decía llamarse Dave Rydal, sin inmutarse, como quién está acostumbrado a encontrarse en situaciones peores, enseñó la documentación.

El teniente pareció sorprenderse:

—Aquí dice que eres periodista. ¿Es cierto?

Dave no contestó. Miraba con descaro al policía, incluso con cierto aire de superioridad.

—¿Para qué periódico trabajas?

—Para ninguno.

—¿Entonces...?

—Fui periodista. Ahora, ladrón, o lo que puedo.

El teniente estaba perdiendo la serenidad. Se levantó, acercándose a Dave, y con gesto amenazador le gritó:

—¡Condenado imbécil! ¿Crees que te vas a reír de mí? ¡Dime de una vez a qué has venido a Hong Kong, o...!

—Busco a un hombre —contestó Dave Rydal sin inmutarse.

—¿A quién?

—Eso es cuenta mía.

—¿Al que agrediste hace un rato?

—Puede.

—Tenías trescientos dólares de Hong Kong en el bolsillo. ¿De dónde proceden?

—Los gané en un asunto de opio.

—¿Sabes que está penado el tráfico de drogas?

—Sé que ustedes, los ingleses, trajeron el opio a China; sé que son culpables de su expansión y mantenimiento.

El teniente, fuera de sí, dio un respingo. Las facciones se le demudaron. Antes de que el detenido pudiera esquivarle se echó sobre él, propinándole un fuerte golpe en la boca con la mano

abierta. Dave no se movió, más sus ojos parecían dos brasas.

El teniente retrocedió, intimidado por las miradas del joven, a quién tres agentes de paisano sujetaron, impidiéndole todo movimiento. El teniente deshacía su rabia en insultos y amenazas.

—¡Enciérrenle! —ordenó a gritos—. ¡Y que le bajen los humos!

A empujones condujeron a Dave a un calabozo situado en un pasillo de poca luz.

Muchos presos, en su mayoría chinos, armaban una barahúnda infernal en las celdas contiguas, vigiladas por un guardián gordo y pequeño, que sudaba a mares, por lo que los chinos se divertían a su costa.

Al ser el nuevo «inquilino» metido a empellones dentro del calabozo, también la emprendieron con él. Apenas se habían ido los agentes, estando el carcelero vuelto de espaldas, le tiraron un periódico.

Dave, a la escasa luz que proyectaba una bombilla colocada en medio del pasillo, trató de descifrar los caracteres chinos que llenaban el diario. Bajo los grandes rasgos del título pudo leer, escrito a mano, con lapicero y en inglés:

«Mañana, en cuanto traigan el desayuno, nos largamos. Prepárate y corre este aviso».

Pasando el periódico a otra celda Dave no pudo evitar una sonrisa. Mucho antes pensaba él estar en libertad.

A la hora de la comida entró un viejo con un perol, repartiendo arroz. Dave no lo probó, porque olía mal y estaba medio crudo.

A media tarde aparecieron dos hombres en la celda de Dave, que comprendió que había llegado el momento, ya que el aspecto de ambos no dejaba lugar a dudas. Venían desnudos de medio cuerpo y con porras. A su paso los chinos enmudecieron y un murmullo de temor y de expectación reemplazó al griterío.

Acostumbrado a la semi penumbra de la celda, Dave los divisó perfectamente, adivinando por la expresión de ambos que ni una chispa de inteligencia o de astucia podía salir de sus cerebros.

Los dos agentes tardaron un rato en hacerse a la oscuridad. Dave los esperaba en cuclillas, como aterrorizado. En cuanto le vieron acurrucado se echaron a reír, exclamando uno, decepcionado:

—¿Y es éste el que ha armado tanto ruido? ¡Valiente

sanguijuela! Me da hasta vergüenza...

No pudo acabar la frase, porque Dave se lanzó sobre ellos por sorpresa. La cabeza del joven chocó contra el estómago del primero, y acto seguido sus brazos potentes le agarraron por la cintura. El hombrón se dobló, poniendo cara de agudo dolor. De un rodillazo en la mandíbula, Dave le envió al suelo.

El otro reaccionó, pero antes de que pudiera emplear la porra Dave estaba en pie. Saltó hacia atrás, describiendo un círculo en el aire, como un consumado atleta, y con los dos pies golpeó violentamente la cara de su enemigo, que retrocedió, cegado. Antes de que se repusiera yacía al lado de su compañero.

Dave se agachó junto a la puerta, empezando a chillar como si le pegaran. El vigilante del pasillo se acercaba, hablando consigo mismo:

—¡No me gustan estos métodos! Algún día va a enterarse el comandante...

Agazapado en la sombra, Dave sonreía, no pudiendo reprimir un sentimiento de inquietud que le producía la breve espera. Sus músculos contraídos parecían pedirle más acción, más peligro, mientras su corazón, deseoso de aventuras, le saltaba en el pecho. Paladeó aquellos instantes, henchidos de tenso silencio, apenas turbado por el apagado murmullo que salía de las celdas contiguas.

El carcelero se acercaba muy despacio, incapacitado, por su gordura, de andar más deprisa. Cuando iba a entrar en la celda de Dave, éste le asió por la cabeza, golpeándole contra el muro, sin darle tiempo para que profiriera un solo grito de alarma.

Dave sostuvo en sus brazos el cuerpo inanimado del agente, mientras le registraba, en busca de las llaves, dejándole que se desplomara como un fardo apenas las halló.

Sin perder un minuto abrió las celdas, teniendo que hacer un ademán enérgico con los brazos para que se callaran los presos, que se habían precipitado, vociferando, por el pasillo.

Seguido de aquel enjambre de orientales, Dave avanzó paso a paso en dirección a las habitaciones ocupadas por los agentes, extrañado de que ni un solo ruido saliera de ellas.

Los chinos le obedecían en silencio, demasiado sorprendidos aún por su inesperada aparición.

Comprobando que los agentes, muy escasos en número,

dormitaban, Dave entró en los despachos, no pudiendo contener a los reclusos, porque en cuanto se dieron cuenta de que la Comisaría estaba prácticamente en sus manos se desparrramaron por el edificio, empezando a saquearlo.

Dave, aprovechando la confusión, se acercó a la salida. Tan sólo un agente guardaba la puerta, plantado en medio de la acera, Dave se echó bruscamente encima de él, golpeándole con fuerza en el mentón.

Rápidamente corrió por una calle transversal, volviendo la cabeza varias veces para cerciorarse de que no le perseguían. Por fortuna, a aquellas horas transitaba poca gente, y él podía pasar inadvertido, a pesar de su apariencia sospechosa.

Al desembocar en Nathar Road se encontró de pronto con un grupo de guardias que avanzaban a paso acelerado, cubriendo toda la acera, en dirección a la Comisaría.

Reaccionó a tiempo, echándose a un lado y poniéndose de espaldas a la pared, con la mano tendida como un mendigo, al tiempo que el grupo uniformado pasaba a su lado casi rozándole.

Dave respiró cuando les vio alejarse. Tenía que esconderse enseguida, pues, según todas las apariencias, la Policía había sido movilizada ya.

Dave recorrió varias calles, llegando pronto a los muelles, en los que alquiló una canoa para atravesar el estrecho.

Junto al desembarcadero de la isla de Hong Kong había una parada de «pus-pus».

—¿Quién de vosotros conoce a Pao Chen? —preguntó al grupo de «coolies», constándole que el chino era muy popular en la ciudad.

Los orientales se miraron con desconfianza. Los blancos tan mal trajeados y con barbas no solían pagar. Dave no se anduvo con contemplaciones, cogiendo a uno por la chaquetilla y levantándole en vilo.

—¿Quién de vosotros conoce a Pao Chen? —volvió a interrogar.

Uno se adelantó cojeando, ofreciéndole su cochecillo, que Dave aceptó.

Con una calma exasperante, el «coolí» empezó la marcha. Dave decidió conformarse, ya que se cruzaban con algunos policías, y al

menor incidente hubiera de nuevo caído en sus manos. El chinito le conducía obligado por la fuerza que demostró el blanco y por su mal humor, pero temiendo no cobrar nunca aquella carrera o que le pagaran por ella unos centavos, andaba muy despacio, poco dispuesto a cansarse.

Recorrieron casi toda Des Voeux Road, la principal arteria de Hong Kong, centro de los comercios lujosos. Dave iba demasiado preocupado con el riesgo que corría para fijarse en la simetría de las construcciones y en los balcones corridos, en forma de terrazas, de las casas. Se adentraron en el conocido barrio de Wanchai, repleto de tiendas chinas adónde acuden los turistas en busca de curiosidades. Dave no conocía apenas la ciudad ni pudo en aquella ocasión admirar la serie de construcciones nuevas que se alzaban en muchos sitios, formando amplias y modernas avenidas.

El «coolí» paró al fin ante una tienda encima de cuyos escaparates, ordenados a estilo europeo o yanqui, había escrito su nombre: Pao Chen.

Dave repasó en su cabeza el itinerario seguido, cruzando la puerta del establecimiento.

El «coolí» se quedó fuera, esperando que se le pagara.

Un chino de bastante edad, obeso, de cara sonriente y amigable y embutido en una túnica carmesí con un gran bordado en oro de dragones diminutos, leía un libro. A su lado un empleado japonés con traje blanco de hilo y corbata de pajarita esperaba a la clientela.

Apenas el japonés vio a Dave, dio repetidas veces en el hombro a su dueño para llamarle la atención. El chino levantó la cabeza, molesto en su ocupación favorita, poniendo cara de pocos amigos al ver que su establecimiento acababa de ser hollado por un desharrapado.

—Lo siento, señor —exclamó en un inglés de marcado acento yanqui, disponiéndose a impedir que aquel osado diera un paso más—. Nuestros artículos son de lujo. Usted comprenderá...

Dave decidió gastarle una broma. Sin hacerle caso se dirigió al mostrador, cogiendo una preciosa estatuilla de marfil.

—¡Hum! ¡Hum! —profirió, vuelto de espaldas al asustado Pao Chen—. ¿Cuánto vale esta bagatela?

El pobre Pao Chen puso el grito en el cielo:

—Bagatela, bagatela... Una auténtica joya; procede de...

—¡Bah! Antiguallas.

Aquello era demasiado. Pao Chen se llevó las manos a la cabeza, herido en su orgullo de anticuario.

El empleado no sabía si arrebatar la figura de las manos del blanco irreverente o salir en busca de la Policía.

Dave acabó soltando la risa cuando, al volverse, se dio de cara con el compungido chino. Le cogió por los hombros y le zarandéo cariñosamente, diciéndole:

—Esos librotes, Pao Chen, ¡cómo te han sorbido el seso! Ni siquiera recuerdas a los amigos.

El asombro del comerciante fue mayúsculo:

—¡Dave Rydal! Muchacho, ¡qué sorpresa, qué sorpresa! ¿Quién podía reconocerte con esas barbas?

Ambos se abrazaron. Pao Chen miraba y remiraba a su amigo, sin saber cómo interpretar la suciedad y el desaliño que le cubrían.

Arrojó unas monedas al «coolí» que esperaba en la puerta, y agarrando del brazo al americano le condujo a las habitaciones interiores.

Atravesaron varias salas ricamente amuebladas; al llegar a una, sobria, limpia y clara, tan llena de libros y de pergaminos que Dave se creyó de nuevo en San Francisco, en la residencia de Pao Chen, tan atestada de sabiduría encuadrada que parecía una gran biblioteca. El oriental cerró la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás así, convertido en un miserable? ¿Y tus padres? ¿Por qué estás en Hong Kong? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Dave Rydal se pasó las manos por los ojos.

—¿Qué importa eso, Pao Chen? La vida, a veces, es tan distinta de lo que pensamos...

—Dave, por lo que más quieras, contéstame. ¿Qué pasa?

El joven se dejó caer en una silla. Parecía abrumarle un peso ingente.

El chino le puso las manos sobre los hombros.

—Hijo mío, ocurra lo que ocurra, yo estoy aquí, a tu disposición.

—Gracias, Pao Chen; lo sé. Un día conocí a una mujer. Era muy desgraciada. Me enamoré de ella; su pasado era sombrío y triste. Yo la ayudé a salir de entre el vicio y la corrupción. Puedo asegurarte

que no estaba contaminada. Una perla entre fango. —Dave sonrió amargamente—. Mis padres se opusieron a nuestra boda. Yo empecé a trabajar y de noche continuaba estudiando. Íbamos a casarnos. Otro hombre...

Dave enmudeció, mientras una llamarada de odio cruzaba sus ojos. Haciendo un esfuerzo, prosiguió:

—Otro hombre se cruzó en nuestro camino.

Pao Chen le interrogó con la mirada.

—No; ella me fue fiel. Ese hombre era un policía, un «sabueso» de calidad; pertenecía a la mejor organización policíaca de los Estados Unidos: al

F. B. I.

Se había destacado por su sangre fría y por su talento. Luchamos a muerte. Él tenía tras sí la fuerza de una nación, y me venció.

—¿Qué fue de ella?

Dave no contestó. Su gesto sombrío era harto elocuente.

—¿Y Hong Kong? ¿Qué significado tiene tu estancia aquí?

—Este hombre está en Hong Kong, y he venido a matarle.

—Dave, estás loco. ¿Qué puedes conseguir convirtiéndote en un asesino?

Dave cambió bruscamente, irguiéndose con orgullo, decidido. Su voz se volvió inflexible:

—Pao Chen, vengo a que me ayudes. Todo intento de hacerme retroceder será inútil. Si estás dispuesto a proporcionarme lo que te pido, dímelo. Si no, me iré ahora mismo.

Y se levantó, como decidido a marcharse; pero Pao Chen le retuvo, cogiéndole de un brazo.

—Dave hijo mío: cuando regresé a China te lo dije ya. Yo no puedo olvidar jamás lo que te debo. Dispón de mi persona y de mi dinero.

—Gracias. La Policía inglesa debe de andar buscándome. Necesito documentación nueva, ropa, casa y dinero. De lo demás me encargo yo.

—Ésta será tu casa. Mañana tendrás un pasaporte falso.

—Lo necesito antes.

Pao Chen tardó unos minutos en contestar:

—Bien; dentro de dos horas.

—Además, he de buscar a una persona que me informe de todos

los pasos que de ese cerdo.

—Con dinero puede conseguirse —aseguró el oriental.

—¿Dentro de la Policía? —preguntó Dave, mirando a Pao Chen fijamente.

El chino frunció el ceño cuando el joven le informó, antes de ser preguntado:

—Se llama Carl Basset, y ha venido en misión especial a Hong Kong. Supongo que pedirá ayuda a las autoridades inglesas.

Acentuóse la gravedad de Pao Chen.

—Muchacho, ¡en qué lío te has metido! Acaso pueda ayudarte mejor de lo que pensaba. Suspende tus actividades esta noche.

—¿Qué ocultas, Pao Chen?

—Dave, no debiera decírtelo. Cuando volví a China era inmensamente rico. Los japoneses primero, ahora mis propios compatriotas, me van arruinando poco a poco. Para salvar algo he tenido que perder la independencia y meterme en asuntos que no me van. Las circunstancias, Dave. Mi fortuna reside en China; todo ha quedado al otro lado. Las personas con las que estoy asociado te servirán mejor que yo. Tiene gracia pensar que... Esta noche te pondré en contacto con el hombre más indicado para ayudarte.

—¿Y no puede ser antes?

—¡Qué impaciencia! Me acuerdo de cuando tenías quince años. No has cambiado, Dave. Claro que tu carácter impulsivo me fue muy útil una vez. ¡Qué lástima...!

—Déjate de sentimentalismos. Cuando pienso que ese perro sigue vivo, me consume la impaciencia.

—Necesitas descansar, ¿no es así? y cambiarte de ropa. Un barbero te vendría de perlas. Anda, ven conmigo.

Y sin hacer mucho caso de sus protestas condujo a Dave al piso superior, donde al poco rato, en mullida cama, el joven dormía profundamente.

Fred fue informado del revuelo originado por el agresor del norteamericano, y que luego huyó de la prisión.

La Policía de Hong Kong buscaba al hombre que se había burlado de ella, permitiendo que más de veinte delincuentes asaltaran la Comisaría.

Fred, cada vez más interesado en descubrir lo que se ocultaba tras los recientes acontecimientos y casi seguro de que se

relacionaban con su cometido, siguió los pasos del fugitivo.

El «coolí» que condujo a Dave le contó el encuentro de los dos amigos.

Sin dudarlo un momento, Fred se encaminó en «taxi» hacia el comercio del chino. Al entrar en Wanchai se encontró con que estaba cortado el paso por varios individuos de la peor especie que disputaban acaloradamente.

El «taxista» tocó repetidas veces el «claxon» para que se apartaran; pero los chinos, muy empeñados en regañar, no le hicieron caso. Fred se apeó, yendo hacia ellos. Gritaban todos al tiempo, en una jerga incomprensible, tratando cada cual de imponer su criterio. Fred se metió entre ellos, apartando con brusquedad a los primeros. En el centro del grupo estaban a punto de llegar a las manos, y al momento salieron a relucir los cuchillos.

Fred quiso retroceder, pero ya era demasiado tarde. Un muro de orientales le cortaba la retirada.

Fue todo demasiado rápido. El grupo se disolvió luchando apenas sacó Fred la pistola, disponiéndose a abrirse paso como fuera.

De pronto percibió en el aire algo que pasaba veloz, rozándole el pelo. Un cuchillo se clavó en el cuello del «taxista», que se había apeado detrás de Fred.

El pobre hombre se tambaleó, quiso asirse al vacío y cayó al suelo, muerto. De la garganta le manaba un chorro de sangre...

Los chinos huyeron, corriendo calle abajo, como temiendo la llegada de la Policía. Una intensa palidez cubría el rostro de Fred. Guardándose el arma, se internó por una calle transversal. Una sospecha incisiva se le había metido en el cerebro. Los chinos luchando así en pleno día, su carrera precipitada cuando más exaltados estaban los ánimos. ¡Qué raro! Aparentemente, era un incidente sin importancia, de los muchos que ocurrían en Hong Kong; pero ¿no estaría perpetrado por «el jefe»?

Recordó aquella risita fría y cruel de Johnny cuando se despidieron, la sensación que le invadió de peligro y de asco al estrecharle la mano fofa.

Fred, ante todo, era un valiente; lo había demostrado en cien ocasiones; pero conociendo el poder de aquel «jefe» invisible, sintió que de nuevo un escalofrío le recorría la espalda.

Siguió a pie, deprisa, bajo el sol canicular.

Cuando llegó a la entrada del establecimiento de Pao Chen había tomado una resolución: luchar a muerte contra la amenaza que se cernía sobre él, y que acababa de hacerse patente.

Apenas cruzó el umbral, Pao Chen corrió a su encuentro y le llevó dentro.

Entre los dos hombres, un blanco aventurero, desertor de su Patria y de la guerra, y un chino metido en contrabando y negocios dudosos para conservar algo de una fortuna que se desmoronaba existía una mutua corriente de simpatía. Acaso fuese Pao Chen el único habitante de Hong Kong en quien Fred confiaba.

El oriental, sin andarse con rodeos, cosa rara en un chino de su categoría, refirió a Fred la llegada de su amigo y cuánto éste le contara a él. Hablaba con entusiasmo de Dave e hizo hincapié en lo cierto que estaba de su sinceridad. En aquel momento bajaba Dave, y al ver a un desconocido se paró en seco.

Pao Chen le hizo entrar y los presentó.

Dave había cambiado. Bien vestido lavado, sin la barba, parecía otro. Aparentaba ahora tener menos edad. En sus ojos brillaban una decisión temeraria, acaso por ser demasiado joven para haber apurado toda la hiel de la existencia. Podía pasar por un muchacho adinerado, de la buena sociedad, deportivo y alegre, sin grandes preocupaciones. Algo en él imponía, sin embargo; posiblemente, sus músculos flexibles que se adivinaban bajo el fino tejido de la chaqueta, o sus ojos despiertos e indagadores, su gesto sin orgullo, natural, de luchador nato.

En pocas palabras repitió lo que ya sabían:

—Al verles entrar en la celda comprendí que si no aprovechaba el momento me dejarían inútil. Tenía a mi favor que ellos venían de las oficinas y no me distinguían bien en la oscuridad. Fue cosa de unos segundos; me tiré contra el más fuerte y le di de lleno en la boca del estómago. Si llego a caer con él, estoy perdido. Al poner los pies en el suelo salté hacia atrás; el otro, que se me venía encima, se encontró con mis zapatos. Lo demás resultó muy fácil.

Y lo contaba sonriendo.

La admiración de Fred iba en aumento. Aquel individuo había puesto fuera de combate a tres policías ingleses, a tres mastodontes armados, y no le daba importancia. Decidió probarle.

—¿Y el atentado de esta mañana? ¿Qué le impulsó a disparar sobre aquel viajero?

La voz de Dave se ensombreció:

—Vengo desde San Francisco buscándole. Fallé hoy porque la emoción de tenerle al alcance de mis manos me puso nervioso.

De pronto, Fred le tuteó:

—Pao Chen asegura que estás dispuesto a matarle. Puedo ayudarte, incluso más de lo que te imaginas.

El chino inició un gesto afirmativo. Continuó Fred con lentitud, marcando bien sus palabras:

—Pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál? —quiso saber Dave.

—Iré contigo hasta el final, hasta donde sea preciso, si tú estás dispuesto a luchar también a mi lado.

Dave tendió su mano. Fred, mirándole fijamente, prosiguió, sin aceptarla aún:

—Lo primero que harás por mi será aplazar tu decisión. Me interesa que viva Carl Basset.

Dave bajó la mano, decepcionado.

—Por unos días, a lo sumo. Luego...

Durante un momento se miraron frente a frente, sin pestañear.

—¿Hasta el final? —preguntó Dave.

—Pao Chen puede contestar por mí.

El aludido movió la cabeza afirmativamente.

Un apretón de manos mudo y significativo cerró el trato.



¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Ante el arrollador éxito del

EXTRAORDINARIO NUM. 100 DEL F. B. I.

(a punto de agotarse su 2.^a edición)

EDITORIAL ROLLAN publica el

EXTRAORDINARIO NUM. 125 DEL F. B. I.

Fidelidad, Bravura, Integridad

se titula la grandiosa novela de 210 páginas,
escrita magistralmente por el famoso

FRANK MCFAIR

III

A TRAVÉS DE LA NOCHE



Ellen.

QUELLA noche huyó

Johnny «Risitas», que después de las convulsiones había quedado como muerto, yacía en el suelo de su habitación, presa de un ataque epiléptico. Una baba espesa y sucia fluía de la boca desencajada; estaba horroroso.

Ellen se dio cuenta de que el momento por tanto tiempo aguardado había llegado al fin. No era la primera vez que a Johnny le daba el ataque, ocurriéndole lo mismo cada dos o tres meses; pero siempre a altas horas de la noche sin que ella pudiera enterarse hasta el día siguiente, cuando aparecía demacrado y tan

débil que apenas si tenía fuerzas para hablar.

Si no se escapaba aquella noche volverían a pasar meses, acaso años, hasta que se le presentara otra ocasión.

Registró el cuerpo inmóvil y encontró las llaves, sin sentir compasión por él, pues le aborrecía tanto como le temía: con toda su alma.

Cerrando la puerta tras ella, echó a correr por el campo. Era una noche cálida, perfumada por la brisa del Pacífico. Una resolución desesperada le impulsaba. Prefería cien veces la muerte a permanecer allí una hora más. No conocía Hong Kong, no tenía ni una persona querida en el mundo, pero tenía que huir a pesar de ello, a pesar de cuanto pudiera sobrevenirle.

A su alrededor la oscuridad era densa; frente a ella parpadeaban unas luces diminutas y lejanas; detrás el mar se rompía contra las rocas de la costa con un sordo bramido.

Una sombra que surgió de la oscuridad, dándole la espalda, la obligó a tirarse al suelo, donde permaneció sin respirar, esperando que pasara. Por la silueta advirtió que era un chino.

El desconocido no se movió; habiendo oído algún ruido, vigiló durante un rato y luego volvió a agacharse.

Ellen se arrastró pulgada a pulgada, agarrándose con los dedos a la tierra áspera. Cuando creyó haber franqueado el peligro se irguió para continuar corriendo.

A los pocos minutos vio a otro hombre agazapado en la oscuridad.

Estaba muy nerviosa y el corazón le latía apresurado. Hubiera querido correr hasta caer extenuada, hasta saberse a salvo, lejos de aquella casa de horror.

El chino se levantó, volviéndose y yendo hacia Ellen. Paso a paso, mirando en torno con ojos escrutadores que brillaban en la noche, aquel hombre siniestro se acercaba a ella.

Ellen se aplastó contra la tierra, conteniendo la respiración, casi ahogándose, mientras un escalofrío de terror la poseía. Sentía el sudor corriéndole por la cara y le latían las sienes con un golpear violento, doloroso. Comprendió que si se movía lo más mínimo o respiraba sería descubierta. Cerrando los ojos, esperó. Era tal el silencio, que Ellen oía los latidos acelerados de su propio corazón mezclados al ruido apenas perceptible, más próximo a cada

instante, que hacían los pies del chino rozando la tierra. Aquellos minutos le parecieron horas. Apretó los dientes hasta hacerse daño, dispuesta a luchar.

El chino pasó a su lado, sin descubrirla.

Ellen esperó a que se alejara para continuar, henchida de una alegría súbita que rompió la tensión y la angustia de su pecho. El temor le daba energías sobrehumanas para continuar arrastrándose.

Cada diez o doce yardas se cruzaba con un hombre mudo e inmóvil. Y de nuevo empezaba la lucha interior, aquel estremecimiento que le cruzaba el ser en las sombras, un deseo apenas refrenable de gritar como una loca con tal de acallar el pánico que la sobrecogía.

Guardando a Johnny, para que nadie llegara con vida hasta él, un enjambre de hombres siniestros se escondía en la oscuridad. Heridas por la dureza de la tierra pelada, le sangraban las manos, y el vestido se le había roto por cien sitios. No había hallado ni una sola mata de arbustos para agarrarse ni un montículo donde poder descansar durante breves segundos.

Tras mil precauciones, con una tenacidad infinita consiguió, al cabo de más de dos horas, atravesar la barrera, encontrándose en medio de grandes edificios que destacaban su masa imponente en la negrura del cielo. Olía a pescado podrido y a sudor humano. Miles de juncos, en los que vivían familias enteras, se balanceaban a compás del oleaje que llegaba al pie mismo de las fábricas.

Ellen sentíase agotada por el esfuerzo; un cansancio aletargador le pesaba en los miembros, impidiéndole andar deprisa. Le dolía todo el cuerpo, y sabía que en la ciudad flotante se escondían nuevos peligros. De vez en cuando, Ellen oía palabras chinas confundidas a un murmullo de respiraciones semejantes a jadeos o lamentos apagados que surgían de las míseras viviendas, en algunas de las cuales brillaban lucecitas mortecinas.

Continuó huyendo, sobreponiéndose a la fatiga.

Para no gritar de dolor se mordía los labios y cerraba las manos hasta clavarle las uñas.

Ante ella estaba la noche y lo desconocido. Detrás quedaba el odio, el terror, la angustia. ¿No sería todo, incluso la más negra miseria, mejor que aquel infierno del que huía?

Una idea se le incrustaba en el cerebro. ¿Qué podía importarle

lo que sobreviviera, si había conseguido escapar, si tenía ahora, delante de ella, todo un mundo? ¿Luchar? ¿Qué más le daba luchar, conociendo de la existencia tan sólo el odio, un ambiente emponzoñado de crímenes y de horrores? Lo venidero no le importaba. Estaba libre; a pesar del cansancio enorme y del sufrimiento físico que atenazaban su cuerpo, por primera vez desde hacía años la alegría bullía en su pecho.

Debía de ser ya muy tarde. Densos nubarrones surcaban el cielo.

Siguió a través del campo, sin perder de vista la carretera, acercándose a la playa con el fin de mojarse las piernas cuando era muy aguda la fatiga. El agua fría a pesar del tiempo tan caluroso, la despejaba, dándole bríos.

No quería descansar, porque sabía que, de hacerlo, luego no tendría voluntad para levantarse otra vez y continuar.

Por su memoria desfilaban recuerdos pasados. Y todos aparecían ensombrecidos por la figura del malvado, que seguiría tirado en el suelo, más muerto que vivo, y que apenas volviera a abrir los ojos sería para perpetrar nuevas atrocidades, dando así salida a la hiel que le roía las entrañas. Entre todos sus recuerdos nacía una pregunta que se hizo mil veces, y a la que no había encontrado respuesta. Notó que se le nublaban los ojos. La emoción y la tristeza le anegaban en oleadas amargas.

¿Quién era ella?

Allá en el fondo de su memoria, retrocediendo toda una vida, sólo encontraba el rostro de Johnny. Siempre Johnny, brutal, odioso astuto y venenoso como un reptil.

No conocía sitios ni personas. Siempre, al final de los traslados frecuentes, la esperaba una prisión igual, sin que jamás una voz amiga acariciara sus oídos ni una mano comprensiva y piadosa cogiera las suyas.

Se paró, creyendo que estalla delirando, porque ante sus ojos brillaba un resplandor. Frente a ella, no muy lejos, esplendía como una antorcha de luces un edificio de varios cuerpos iluminado profusamente. Era el hospital Queen Mary. Pasados los edificios, estaba Hong Kong, sobre el que se cernía una claridad amarillenta.

Al irse acercando le llegó ruido de músicas, algunas extrañas, otras ruidosas y alegres confundándose todas en una mezcolanza de acordes suaves.

Entró en la ciudad por un dédalo de callejuelas empinadas y estrechas. A la puerta de algunas casas se balanceaban farolillos encendidos. Cuando veía a alguien u oía pasos se escondía en la oscuridad. Desembocó sin ver a nadie en una calle más ancha, cuyas aceras estaban bordeadas por sendas hileras de luces. Iba a cruzarla cuando, de súbito, sintióse cogida por detrás.

Ellen pugnó por desasirse... Era un borracho blanco, que jadeaba al esforzarse en abrazarla. La joven notó en su cara el aliento abrasador de la boca que reía. Los ojos del borracho brillaban como encendidos.

Ellen luchó denodadamente. El hombre era fuerte y sus manos audaces la asían con fuerza por la cintura, cortándole la respiración. La boca del borracho se aplastó contra la suya.

Se sintió desfallecer de asco y de terror. En el último intento por desasirse le clavó las uñas en la garganta. El borracho dio un grito y se llevó las manos a la parte herida, soltando a la joven.

Ellen corrió, perseguida por el malvado, que la maldecía. Iba poco a poco dándole alcance. Ellen oía sus pasos detrás, cada vez más recios y cercanos, y percibía sus palabras soeces.

A pesar de intentarlo con toda su alma, no podía correr más; las piernas se negaban a obedecerla. El borracho la alcanzó, cogiéndola de nuevo y desgarrándole el vestido. Ellen quiso pedir auxilio; le invadió un vacío, una dejadez total, y perdió el sentido.

Riendo estúpidamente, el individuo la apretó contra sí... Pero antes de que pudiera cumplir sus innobles designios cayeron sobre él dos puños potentes que le proyectaron contra la pared. Alguien le golpeó repetidas veces el mentón, sin que él comprendiera lo que pasaba. Se le nubló la vista, cayendo al suelo.

Eran Fred y Dave, que habían llegado a tiempo para impedir la infamia. El primero levantó a Ellen en sus brazos y dijo a su acompañante:

—Vamos, no hay tiempo que perder. Acaso este canalla no estuviera solo. Es peligroso permanecer aquí. La muchacha no parece una mujer mala, y menos por la forma como se ha defendido.

—Si encontráramos un «taxi»... —Manifestó Dave.

—Ahí, a la vuelta, conozco a un «coolí». Acaso no haya empezado aún con el opio.

Anduvieron deprisa. La muchacha era menuda y pesaba poco. Dave iba delante. Ellen empezó a delirar:

—Johnny... Hoy... Johnny...

Fred se paró de pronto, cambiando súbitamente de idea.

—Para, Dave; tuerce por esa calleja. Si despertamos al «coolí», estamos perdidos. ¿Has oído lo que dice?

—No.

—Habla de Johnny. Es preferible que nadie sepa lo ocurrido. La llevaremos a casa de Pao Chen. En él podemos confiar.

—¿Qué tiene que ver ese Johnny con la muchacha? ¿Acaso la conoces?

—No; es la primera vez que la veo.

—Esta noche... Johnny... —volvió a balbucir Ellen.

—¿Lo oyes, Dave?

Un grupo de chinos vestidos con uniforme militar apareció a la entrada de la calle.

—Aprisa, Dave; métete aquí. Es la patrulla.

Se escondieron los dos aventureros en el quicio de una puerta.

—¿No sería mejor entregársela? Tenemos mucho que hacer. Se me torcieron las tripas antes viendo cómo Basset se divertía en el hotel.

—Lo que ésta ha dicho cambia por completo la situación. Tras esta mujer hay un misterio que debemos aclarar.

—Aquí seremos descubiertos. Les va a extrañar que tengamos una muchacha con nosotros, en esta situación —advirtió Dave.

—No perdamos tiempo, Dave; luego te explicaré. ¿Te atreverías con ellos?

—Sí; claro que sí.

—Yo iré directamente a casa de Pao Chen con ella, sal corriendo. En cuanto te vean se lanzarán en tu persecución. Si corres lo suficiente, en diez minutos estarás fuera de su alcance. A continuación, busca un vehículo y regresa. A lo mejor llegas antes que yo. Aunque te torturen, no digas a nadie que hemos encontrado a esta muchacha; nos podría costar caro.

Dave salió corriendo del escondite. Los policías chinos gritaron, dándole el alto. Dave se alejó de ellos a toda la velocidad de sus piernas. Momentos después corrían tras él, dejando libre la calle.

Fred continuó con la joven, sintiendo que le embargaba una

extraña emoción. Hacía años que él no sentía en sus brazos el peso grato de un cuerpo femenino. El pelo negrísimo de Ellen, todavía desvanecida, le daba en la cara, produciéndole un suave cosquilleo.

Trató de alejar las sensaciones que turbaban su mente, sin conseguirlo, porque eran más fuertes que su voluntad. Por unos momentos se olvidó de las circunstancias que atravesaba y de la importancia que podía tener aquel encuentro con una mujer que pronunciaba el nombre de Johnny.

Cuando llegó a casa de Pao Chen depositó a la joven en un lecho. El chino trajo coñac y vertió unas gotas en la boca entreabierta de la joven, que recobró el conocimiento al mismo tiempo que Dave entraba en la habitación, comentando jocosamente:

—A este paso va a ser necesaria toda la Policía de Hong Kong para echarme el guante a mí.

Fred le impuso silencio con la mano.

La joven, que había recobrado el conocimiento, les miraba con un gesto de sorpresa reflejado en su cara. No hizo ninguna pregunta, no pronunció una sola palabra. Observó a los tres hombres durante un rato. Con los párpados entornados, respirando suavemente, estaba bellísima: entre los edredones de color grana que Pao Chen le puso para que descansara mejor resaltaba la limpidez de su tez nacarada. Sus pestañas, espesas y largas, temblaban ligeramente.

Fred la contemplaba ensimismado. De pronto, un mundo perdido y casi olvidado renacía para él. Comprendía lo extraño de la situación: una pobre muchacha desamparada entre tres hombres que valían lo que una bala sin ley ni conciencia, manchados de sangre. Y sentía por el ser desgraciado, débil y bello una piedad inmensa. ¿Qué relación tendría con Johnny «Risitas»? Se resistía a creer que pudiera formar parte de la criminal organización, que aquellos ojos tan puros, casi infantiles, estuvieran acostumbrados al crimen y a las escenas de una existencia despiadada, egoísta y malvada.

Era evidente que Ellen sufría una crisis nerviosa y estaba agotada. Varias veces fue a decir algo, pero las palabras no le salían de la garganta.

Pao Chen quiso saber quién era, preguntando a Fred en tono

quedo:

—¿Quién es?

—No lo sabemos. La encontramos en una callejuela del barrio chino, luchando con un individuo.

Dave ayudó a su amigo, relatando el episodio.

Pao Chen se sobresaltó al saber que la muchacha había pronunciado el nombre de Johnny. El gesto no pasó inadvertido a Dave, quien decidió de una vez aclarar su significado:

—Llevo toda la noche escuchando ese condenado nombre. Cualquiera diría que pertenece al diablo. Fred se vuelve más precavido que un avaro al oírlo, y tú, Pao Chen, tiembles.

Los aludidos se miraron. Pao Chen estaba visiblemente apurado. Fred se volvió hacia Ellen, que se movía, y le acarició la frente igual que a una criatura. Ella abrió del todo los ojos, comenzando a sollozar.

En el silencio de la habitación se oyó el llanto de la joven, un llanto desgarrador y tierno que expresaba el dolor de una vida inocente marcada por el infortunio; también la huida a través de la noche, arrastrándose entre las piedras; visiones que se habían quedado grabadas para siempre en su alma, de seres despiadados, de una lucha sin cuartel, feroz, hecha de instintos y de pasiones mezquinas.

Fred cogió a Ellen por los hombros y con voz velada le dijo:

—Hace un rato cuando la traíamos, pronunció unas palabras...

Ellen esperó a que prosiguiera. Bebía las palabras de Fred, el tono con que las profería, tierno y emocionado, que prosiguió:

—Hay una cosa que debe usted saber antes que nada; ocurra cuánto ocurra, nosotros estamos aquí, protegiéndola. Pase lo que pase, confíe en nosotros.

Ellen le sonrió. Sus ojos, facciones se iluminaron, embelleciéndola aún más.

—Hace un rato —continuaba él— pronunció un nombre. Es necesario que sepamos qué lazos le unen a él. Ese nombre era Johnny.

Ellen se llevó las manos a la cara, queriendo ahogar un grito ronco de dolor y de pánico.

Fred insistió:

—Es necesario que se reponga y conteste a mi pregunta. ¿Qué

relaciones tiene usted con Johnny?

—Johnny... —repitió ella con un estremecimiento, extraviada su mirada—. No sé quién es. Le conozco desde siempre, pero no sé quién es. Viajaba mucho, y a mí me hacía acompañarle. Ahora llevábamos mucho tiempo aquí, en Aberdeen. La vida a su lado es horrorosa. Es cruel, malvado; sólo piensa en los crímenes. A mí me respetaba. Está enfermo. Esta noche le dio un ataque, y yo huí. Hubiera acabado enloqueciendo, siempre encerrada, oyéndole siempre, viéndole siempre.

—¿Sabe cuáles son sus ocupaciones?

—Viajábamos continuamente, de nación en nación. Está obsesionado, sólo obedece a sus instintos. No tiene amigos, y se pasa horas y horas planeando la forma de acrecentar su poder. Recibe sumas importantes por medio de varios Bancos, pero vive como un pobre. Yo sólo tenía acceso al piso superior. El resto de la casa está cerrado. Él diariamente la recorre. He oído a través de las puertas conversaciones en lenguas extranjeras, y a veces gritos y gemidos. Mantiene correspondencia con casi todo el mundo, en clave. Se ufana de que él, en veinticuatro horas, puede desencadenar una guerra o hacer desaparecer a miles de personas. Cuando estaba contento me contaba sus proyectos y me hablaba de los hombres que perderían la vida a una indicación suya y de los que había matado al menor indicio de vacilación o de desobediencia.

Una arruga profunda se formó en la frente de Fred al oír la última frase. A Dave, que escuchaba con extrema atención, no le pasó inadvertido el detalle. Ellen continuó:

—Hace mucho tiempo que yo deseaba huir, pero me paralizaba el miedo. No conozco a nadie, no sé quién soy. Él me llama Ellen, pero no conseguí jamás que me contara algo de mí misma. Además, siempre me encerraba. Esta roche volvió a darle el ataque. Oí el ruido de las llaves cuando cayó. Me apoderé de ellas y huí. Sólo sabía que vivíamos en los alrededores de Hong Kong, en un sitio llamado Aberdeen, en una casa solitaria, junto al mar. Alrededor de la casa había muchos hombres guardándola. Me arrastré por el suelo... La casa donde habitábamos está al borde del mar, no lejos de los juncos. Sólo podía huir atravesando la barrera de hombres. Sabía que más allá había una carretera que lleva a Hong Kong, y

que en la ciudad cientos de personas le obedecen ciegamente. A veces me obligaba a trabajar con él días enteros, y por eso conozco su poder. Tiene agentes en todas partes: en los Bancos, en los hoteles, en las líneas regulares de los barcos. A cambio de ciertos informes recibe mucho dinero...

La voz se le quebraba. El esfuerzo la había rendido. Se dejó caer sobre los almohadones.

Ninguno habló. Fred indicó a los dos que se retiraran.

—Yo me quedaré aquí por el resto de la noche —dijo.

Montó su pistola, sentándose a la cabecera de la cama. Apenas salieron de la habitación. Pao Chen se llevó las manos a la cabeza exclamando:

—Que Kwan-yiu[1] nos asista. Johnny acabará con todos nosotros.

—Vamos, Pao Chen: ni el diablo en persona sería capaz de tocar un cabello de la muchacha mientras Fred tenga un soplo de vida. Anda, vete a la cama. Me parece que mañana tendremos jaleo; será mejor estar preparados.

Pao Chen, sumido en sus cavilaciones y temores, se dirigió a sus habitaciones.

En cuanto se quedó solo, Dave obró con rapidez. Su reloj marcaba la una menos veinte de la madrugada. En cinco minutos estaría en el Gloucester Hotel, buscando a Carl Basset. Si le encontraba levantado, sería todo más fácil. Caso contrario, perdería un tiempo precioso.

La ventana del cuarto donde dormía daba a la calle. Apagó la luz y esperó unos minutos; luego, saltando por ella sin hacer ruido se adentró en la noche.

IV

PAVOROSO TESTIMONIO



A poca distancia que hay desde Wanchai, el más conocido y frecuentado de los barrios chinos de Hong Kong, al hotel Gloucester, indiscutible centro de la elegancia y del lujo de la ciudad, la recorrió Dave en unos minutos, formando, al tiempo que andaba, un plan acaso temerario y precipitado.

El tiempo urgía, pues Johnny «Risitas», inconsciente, según la joven, podía de un momento a otro recobrar el conocimiento, y las dificultades serían entonces mucho mayores.

Dave Rydal, del
F. B. I.,

traía una misión que cumplir: descubrir en Hong Kong el cerebro de una organización mundial que conseguía sacar misteriosamente de Estados Unidos planos referentes a la producción de armas secretas de una importancia trascendental. Tras varios meses de pesquisas, los agentes del

F. B. I.

daban como seguro que los físicos desaparecidos habían sido conducidos a la colonia inglesa y tragados con el mayor misterio en ella. La organización debía contar con medios ilimitados y con poderosa influencia en la propia Norteamérica, porque cuántos hombres fueron enviados en diferentes ocasiones fracasaron casi rotundamente.

Carl Basset, agente de probada categoría, recibió la orden de trasladarse a Hong Kong. Era la tarea más extravagante y extraordinaria que jamás pensara realizar, ya que en Washington, cuando se disponía a emprender el viaje, le presentaron a un muchacho recién salido de la Academia de Quantico, bajo las órdenes del cual debía trabajar. Cuando su cara reflejó la estupefacción que le producía aquella novedad, el director, llevándole aparte, le dijo:

—Basset: existe un hombre excepcional en nuestros servicios. Tan sólo tres personas conocemos sus actividades dentro del

F. B. I.

Siempre ha trabajado solo, y donde los demás han debido desistir o han muerto, él ha encontrado siempre la manera de llegar a un fin. Mucho antes de ingresar en nuestras filas, nos prestó servicios que a otro cualquiera le hubieran cubierto de gloria. Ese hombre es Dave Rydal. A pesar de que es muy joven, tenga usted en cuenta una cosa: su experiencia en asuntos criminales raya con lo irreal: actúa siempre de la forma que parece más descabellada y precipita los acontecimientos temerariamente. No le extrañe cuanto haga, acatando, por bien del servicio, que les hace conocerse, al pie de la letra sus instrucciones.

Dave echó un vistazo a los alrededores del hotel. Coches de todas las marcas se alineaban a lo largo de la acera contraria, bajo los escaparates del China Emporium. Tuvo la certeza, por indicios que captó, de que el hotel estaba estrechamente vigilado. Encendió un cigarro y penetró en el Gloucester.

Era exactamente la una de la noche.

Dave se dirigió a la barra del bar, llena de personas, en su mayoría hombres, que bebían refrescos. Los «botones» iban de un lado a otro.

—¿Dónde está la terraza, «boy»? —preguntó a uno.

—A la derecha, señor.

Dave entró en una terraza profusamente iluminada. A los compases de la música, varias parejas evolucionaban en el centro de la pista. Había tanta gente, que Dave no distinguió a Carl. Dio una vuelta por el recinto, sin encontrarle.

Al pasar junto a una mesa, ocupada por una mujer muy bella, a la que su acompañante, un militar inglés, atildado y elegante, susurraba «dulzuras» al oído, dejó caer su cigarrillo. La mujer dio un grito, poniéndose en pie. El cigarrillo le había caído en el escote. El militar se encaró con Dave:

—Señor: es una torpeza imperdonable.

Dave, para excusarse, se inclinó con tan mala suerte, que de un manotazo volcó la botella de champaña en los pantalones del inglés. Éste enrojeció, farfullando algo ininteligible.

Dave masculló algunas palabras. Y esta vez fue una copa medio llena la que manchó el uniforme.

Aquello era demasiado. Dave tuvo que esquivar la mano del inglés, que trataba de castigarle. Enseguida propinó un puñetazo al militar presuntuoso, quien cayó sobre la mesa, volcándola, tan encolerizado, que no podía ni hablar.

Se armó un remolino de gente y la orquesta dejó de tocar. Varias personas acudieron, tratando de calmar los ánimos.

Dave se escurrió entre los curiosos, que acudían de todas partes para saber lo ocurrido. Al llegar a la barra del bar, ahora vacía, Dave arrojó a los camareros un billete de cinco libras, metiéndose en la cabina del teléfono.

Al poco tiempo, todo el hotel conocía el incidente, facilitando los planes del agente especial, que oyó desde su escondite cómo la gente regresaba al bar, discutiendo su atrevimiento.

No tuvo que esperar mucho rato; Carl Basset había aparecido en el «hall». Dave escribió algo en un papel y, sosteniéndolo con el auricular, salió de la cabina.

Momentos después, Carl, simulando que usaba el teléfono, leía

el papel:

«Sal del hotel, provisto del cinto, y dirígete, en un “taxi”, al Hospital Inglés. Espérame allí, dentro del “taxi” y fumando».

Siguiendo aquellas instrucciones, Carl Basset subió a su cuarto, y bajó enseguida, saliendo del hotel.

Dave, mezclado a los parroquianos del bar, observó que tres individuos le seguían. Eran Barjan, Lowen y Millman. Abandonó el hotel tras ellos.

Carl Basset alquiló un «taxi» en la misma puerta. Un «Buick» negro arrancó a continuación.

Dave sonrió, viendo que todo marchaba bien. Conocía ya a cinco miembros de la banda, y acaso dentro de un rato tendría en sus manos la solución del más arduo problema con que el deber le había enfrentado. Estaba resultando demasiado fácil; por un momento pensó si no seguiría una pista falsa, hábilmente preparada. Los hombres que le precedieron en aquella tarea fracasaron al caer en el cebo que se les tendía, adentrándose en asuntos que parecían conducir al descubrimiento final, y que a última hora desembocaban en la nada.

Una intuición le decía a Dave Rydal que seguía el buen camino. Y él debía el noventa por ciento de los éxitos a sus corazonadas, que le hacían apartarse de todos los métodos establecidos, buceando con afán en lo que parecía descabellado.

La confesión de la muchacha era auténtica. Dave lo comprendió desde el primer momento, estando demasiado acostumbrado a ver representar comedias para que le engañaran. A su vez, él era un consumado actor, cuando llegaba el caso; por ello sabía que hay reacciones que no pueden improvisarse.

Apenas transcurrieron unos minutos, Dave se metió en otro «taxi».

—Al Hospital Queen Mary —ordenó.

El chófer era un pobre hombre, con los ojos hundidos y febriles; tan ruinoso, que Dave le catalogó entre los opiómanos de último grado, a quién nadie encargaría una misión, por fútil que resultase. Por tal causa, Dave le eligió entre los otros, parados a su lado.

Atravesaron la ciudad. A medida que se acercaban a las afueras,

disminuía el tráfico y las calles se hacían más estrechas y empinadas. Dave se dirigió al «taxista» en cuanto se aproximaron al «Buick» negro:

—Oiga, amigo: tengo prisa. Pase usted a aquel coche.

El chófer, demasiado abúlico, no le prestó mucha atención.

—Vamos; le he dicho que acelere la marcha —volvió a ordenar Dave, dando a su voz un tono autoritario.

El «taxista» pisó el acelerador, consiguiendo alcanzar al coche de los «gángsters». Cuando le pasaron, Dave puso en práctica su plan:

—Ahora, corra como un condenado.

Intimidado, el viejo chófer apretó hasta el límite la marcha. Estaban llegando al Hospital Inglés.

—Tome este billete; para opio.

Una transformación se operó en las facciones del miserable al coger con dedos temblores la propina.

Dave distinguió al «taxi» de Carl, parado a cincuenta metros del hospital.

—Cuando le diga, aminore la marcha. Enseguida piérdase a toda velocidad y espéreme, con los faros apagados, pasado el último edificio. Será peor para usted si no obedece. Tengo muchos billetes como ése. Frene.

Cuando el «taxista» redujo la velocidad, Dave abrió la portezuela y se tiró, cayendo en la cuneta como un ovillo, con la cabeza escondida entre los hombros, sin causarse el menor rasguño.

Al ponerse en pie distinguió a unas yardas el «taxi» ocupado por Carl Basset. La cinta de la carretera se perdía en la noche. El cielo, aborascado por un día de intenso calor, aparecía nublado por densas masas de nubarrones, que producían un bochorno sofocante, apenas aminorado por la brisa del cercano mar.

El «Buick» apareció a los pocos minutos, avanzando con precauciones, apagados los faros. Se paró a diez metros de Dave, que esperaba escondido tras un árbol.

En aquellos momentos, en los cuales se avecinaba la lucha, Dave Rydal parecía otro: su gesto risueño de despreocupación desaparecía, dando lugar a una expresión inflexible, de intensa tensión; su ser se apercibía, tensos los músculos; el cerebro despejado, trabajando activamente.

Del lujoso automóvil descendieron los tres «gángsters». Barjan

cuchicheó las órdenes en voz baja a sus compañeros.

Dave oyó el murmullo de las palabras, pero no pudo comprender ninguna. Millman se quedó guardando el coche, mientras los otros dos avanzaron cautelosamente, empuñando las armas, en dirección a dónde estaba Basset.

Dave obró en silencio, rápidamente, apenas hubo salido de su escondite, cayendo sobre Millman, que se había sentado en una aleta y canturreaba una canción.

Dave le pasó los brazos por el cuello, apretándoselo hasta casi asfixiarle. El «gángster» forcejeó inútilmente por desasirse, sin poder bajar las manos en busca de la pistola, porque la presión mortal se le cerraba más y más en torno a la garganta. Clavó desesperadamente las uñas en el brazo del agente especial, pero no consiguió sino aumentar la presión que le ahogaba. Trató de gritar, avisando a sus compañeros, consiguiendo tan sólo que le saliera de la boca un sonido ronco. La cabeza empezó a darle vueltas; rayas rojas le cruzaron los ojos, inyectados en sangre, y perdió el sentido.

Dave soltó el cuerpo inerte de Millman, que cayó en la carretera sin proferir un lamento, ni un solo grito de aviso.

Dave, sacando del bolsillo un objeto brillante; rajó de varios tajos los neumáticos del «Buick». El aire, al escaparse, produjo un silbido apagado.

Sin perder un instante, avanzó hacia los dos «gángsters», los cuales se acercaban al «taxi» parado, donde Carl Basset seguía fumando. Cuando se colocó de espaldas a ellos, sacó la pistola, y oyó cómo uno hablaba muy bajo:

—Fred dijo que en caso extremo podíamos emplear la fuerza y que no le dejáramos salir de la ciudad. Ya sabes cómo las gasta el «jefe» si desobedecemos.

—Tienes razón —contestó Barjan en un susurro—; me duele el cuerpo de estar todo el tiempo sentado en la barra del bar, vigilando a ese tipo.

Dave, encañonándoles, levantó la voz para que Basset le oyera también:

—¡Alto! Y no hagáis un movimiento, porque os abraso.

Los dos «gángsters» tardaron un instante en volverse, con los brazos en alto.

Barjan trató de acercarse para ver la cara, oculta bajo el ala del

sombrero, del agente especial.

—¡Quieto! —advirtió Dave.

Y en su voz no sonaba ningún acento de vacilación ni de juego.

Barjan se quedó inmóvil, mientras hacía con los ojos una seña apenas perceptible a su compañero.

—Volveos de espalda —ordenó Dave.

Obedecieron. De pronto, Barjan, al girar sobre sus talones, se llevó la mano a la axila izquierda.

De un culatazo, Dave le hizo rodar por el suelo. Un cuchillo brillaba en la mano de Lowen. Dave fue más rápido. Su pistola disparó, rompiendo el brazo del malhechor, a la altura del codo. Le golpeó, acto seguido, en las mandíbulas, y los dos «gángsters» cayeron a la cuneta sin sentido. Arrastrando ambos cuerpos fuera de la carretera, Dave se dirigió al «taxi».

Carl Basset había puesto fuera de combate al conductor.

—Al oír tu voz intentó rebelarse —explicó a Dave, registrando al chófer, al que encontraron una «*browning*».

—Éste es también de la banda —dijo Dave, saliendo del «taxi»—. Por lo que voy viendo, media ciudad trabaja con ese loco. Toma; si ves que enciendo un cigarro, inutiliza las ruedas y vente corriendo. Mientras tanto, pon al «pájaro» este junto a los otros dos, ahí, a la derecha.

Carl Basset cogió la cuchilla y obedeció, arrastrando el cuerpo del «taxista».

Enseguida alcanzó a Dave, que encendió el cigarro a menos de cien metros, junto a los edificios dormidos del hospital. Según habían previsto, el viejo les esperaba temblando, con el motor del coche parado.

—Vamos; salga de prisa —se encaró Dave con él.

El pobre hombre juntó las manos en demanda de súplica, exclamando, balbuciente:

—¡Por Dios, señor; por Dios...!

—No le ocurrirá nada. Regrese andando a Hong Kong. ¿Dónde vive? Nosotros le llevaremos el vehículo.

El mísero vejete estaba demasiado asustado para protestar:

—Al lado de Kennedy Town. Pregunten por Tcheng. Todos me conocen; sí, todos.

—Vamos; salga ya.

Dave le empujó al poner en marcha el motor, arrancando a gran velocidad.

—¿Has traído el cinto, Basset?

—Sí. Me tenían tan vigilado, que no he podido dar un paso sin llevarles detrás. ¿Quién demonios sabría que yo...?

—Creo que tenemos el asunto en las manos. Todo depende de lo que descubramos dentro de un rato. Nuestras sospechas se han confirmado: Pao Chen está metido en el lío.

El vehículo avanzaba a toda velocidad, conducido por Dave, que guiaba como un experto, sin dejar de hablar:

—¿Has oído hablar de Aberdeen?

—Tengo un plano de la isla en el hotel. Aberdeen es un pueblecito situado en el Sur, frente a los barcos restaurantes —contestó Basset.

—Un plano, ¿dices? —volvió a preguntar Dave—. ¿Lo has estudiado?

—¡Hombre: claro!

—¿Hay una casa solitaria, pasado el pueblo?

—Sí; entre Aberdeen y la península de Stanley.

Dave concentró toda su atención en la carretera.

—Creo que hemos llegado —dijo, parando el coche.

Estaban en medio del campo. A cien yardas rompía la líquida inmensidad del mar, y a lo lejos, unas lucecitas brillaban en la noche.

Dave habló en voz muy baja:

—Aquéllos son los barcos. Estamos a diez minutos del pueblo; al llegar tendremos que meternos en el agua.

Dejaron el «taxi» oculto en un espeso seto de bambúes y anduvieron hacia la playa. El ruido de las olas al chocar con la costa les rodeaba. El cielo se oscurecía por momentos, dando al mar un tono plomizo, tan oscuro, que era difícil distinguir nada a una docena de yardas. Hundiéndose en el agua hasta las rodillas y luchando contra el oleaje, que les golpeaba las piernas, impidiéndoles avanzar deprisa, fueron acercándose paso a paso al pueblecito dormido.

Al llegar a Aberdeen, en parte una ciudad flotante formada por miles de juncos, salieron del agua para internarse por las callejuelas.

—Avanza agachado —susurró Dave al oído de su compañero; estos parajes deben estar infestados de espías.

—¡Cuidado! —advirtió Basset, viendo que una sombra surgía de una bocacalle.

Se tiraron al suelo. Un chino, descalzo y corpulento, pasó a su lado, mirando a derecha e izquierda cautelosamente.

Dave se levantó tras él. El chino advirtió algo extraño, porque se volvió, empuñando un cuchillo. Sus miradas torvas tuvieron el tiempo preciso para ver que alguien le asía por la muñeca. Soltó el arma al sentir un agudo dolor que le recorría los tendones; pero no pudo desasirse de los dedos de Dave, que, como garfios, le trituraron el brazo, doblándolo poco a poco hacia atrás. Trató de gritar, pero el dolor era tan atroz, que un sonido inarticulado, ronco, salió de su garganta.

Ante la resistencia suicida que ofrecía el chino, Dave apretó aún más, rompiéndole el brazo con un chasquido.

El chino cayó al suelo, retorciéndose y arañando la tierra con la mano ilesa; sus mandíbulas encajadas sonaban como si también fuesen a saltar hechas añicos. Estaba horroroso: los ojos parecían salirse de las órbitas, echaba espuma por la boca y una mueca de ferocidad le alteraba las facciones.

—Johnny: ¿conoces a Johnny? —le preguntó Dave, casi tocándole el oído.

Al oír aquel nombre, el hombrón se puso en pie de un salto repentino, agarrando al agente especial por el cuello. Dave tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no sucumbir al abrazo salvaje, consiguiendo golpearle duramente en la garganta con el borde de la mano. Ese golpe del «*jiu-jitsu*» es casi siempre definitivo; sin embargo, el coloso se tambaleó tan solo, sin soltar a Dave. Éste sintió que le flaqueaban las fuerzas, asfixiado por el apretón inesperado. Sus dedos, en un último esfuerzo, palparon la cara del enemigo, hundiéndose en su oreja, detrás del lóbulo. Notando que el abrazo se aflojaba, Dave saltó de lado. El chino se llevaba la mano a los ojos, como cegado por el dolor. Dave aprovechó la coyuntura, cogiéndole otra vez la muñeca. El chino no resistió ahora. Al sentirse agarrado de nuevo, dobló las rodillas en tierra y dejó de luchar.

Dave volvió a preguntarle:

—Johnny; ¿le conoces?

Algo parecido a un aullido, un sonido afirmativo, salió de la garganta del vencido.

—¿Cuál es la señal para atravesar la barrera de hombres?

El oriental gruñó una respuesta ininteligible. Dave le apretó un poco más la muñeca, obligándole a contestar, con un alarido de fiera herida y acosada:

—La mano derecha, tres dedos; la izquierda, dos; de la cabeza a los muslos.

Durante los breves minutos del combate cuerpo a cuerpo, Carl Basset no había intervenido, demostrando la fe que tienen los agentes del

F. B. I.

en los resultados de la intensa preparación a que son sometidos.

Dave no soltaba al chino, que jadeaba, respirando con dificultad.

—¿Hay algún sitio para entrar en la casa? —preguntó de nuevo Dave.

El chino apretó los dientes. Miraba a todos los lados, buscando un escape.

Dave le clavó los dedos en los tendones. La mandíbula del chino se abrió despacio, desencajada por el dolor, para proferir, roncamente:

—En el canal, bajo el agua.

Bruscamente, el chino saltó hacia atrás, tratando de escaparse, en un intento desesperado. Dave, sin soltarle, volteó en el aire el corpachón rebelde, que cayó sobre los hombros, desnucándose. Para que no les delatara la presencia del muerto, los agentes especiales le escondieron en una alcantarilla antes de proseguir la marcha.

Diez minutos más tarde, apenas pasadas las últimas fábricas, distinguieron entre ellos una mole densa, que se destacaba contra el cielo negro. Era una casa grande, al parecer deshabitada. Por estar en la zona de mayor peligro, se acercaron pulgada a pulgada, agachados y sin hacer el menor ruido, salvando la extensión que les separaba de la playa.

Cuanto abarcaban sus ojos estaban desprovisto de todo vestigio humano o vegetal, y, sin embargo, sabían que en aquella planicie, por el lado de la fachada principal de la casa de Johnny, vigilaba un enjambre de hombres siniestros, aguardando, ocultos en la

oscuridad de la noche, cualquier señal, el menor ruido, para matar.

Metiéndose en el agua hasta la cintura, llegaron a los muros traseros de la casa, que se hundían en el mar. Era tan grande el silencio, que oían los embates de las olas, el deshacerse de la espuma contra las rocas. No tardaron en percibir un murmullo inconfundible, un barboteo de agua, como si un arroyuelo desembocara allí mismo. Era un desagüe, bajo el que debía encontrar se el canal.

Dave, sin perder un instante, se quitó el reloj de pulsera y, sacando su «Luger», entregó ambos objetos a Basset. Con un ademán indicó a su compañero que esperara mientras él se internaba por el desagüe.

A medida que se adentraba, iba sintiendo bajo sus pies mayor profundidad. Cuando el agua le llegaba al pecho, perdió pie, cayendo verticalmente en una especie de habitación construida en la roca. Tanteó los muros, encontrando la suavidad desagradable del limo, y por fin, cuando ya empozaba a faltarle aire, tocó sobre su cabeza una superficie metálica, provista de cerradura.

Tomando impulso, nadó hacia la superficie. Respiró hondamente.

—Vamos —dijo a Basset, disponiéndose a zambullirse de nuevo—; hay una trampa de hierro. Acércate a la orilla y deja las pistolas; no nos servirían para nada mojadas. Usaremos los puños, si hay necesidad. Dame el reloj; me lo meteré en la boca. Sin él, sería todo trabajo perdido.

—Espera, Dave; vengo preparado —contestó Basset—. Este traje tiene dobles bolsillos impermeables.

Y uniendo la acción a la palabra, introdujo la «Luger» y el reloj de Dave en un escondite interior de la chaqueta, que cerraba herméticamente.

Se dejaron caer al fondo, sin hacer ruido. Tardaron unos instantes en forzar la puerta de metal, que giró sobre sus goznes, produciendo un chirrido.

Dave se agarró al montante y subió a pulso, seguido de Basset. Aguardaron, rodeados por densa oscuridad, percibiendo el ruido que hacían en el suelo las gotas al chorrear de sus ropas empapadas.

Una bocanada de aire húmedo venía de alguna parte. Olía a humedad y a podredumbre.

Transcurridos unos minutos, Dave registró las paredes. Estaban en un pasadizo estrecho, socavado en la piedra.

La linterna de Basset recorrió el lóbrego pasadizo, que no tendría más de diez metros; al final vieron otra puerta de metal, oscurecida por el tiempo, pero no situada en el techo, como la anterior, sino en la pared.

Bajaron la primera compuerta y forzaron la segunda. Antes de pasar se escurrieron bien las ropas, para no dejar la huella de sus pasos.

—Mira —indicó Dave en voz tan baja que apenas se oía, señalando una gruesa plancha de acero que asomaba pegada a la puerta de hierro, y tratando de moverla, sin conseguirlo.

—Mecanismo eléctrico interior —adivinó.

A partir de la abertura, el pasillo se hacía más ancho y las paredes dejaban de chorrear humedad. Desembocaron en una bodega, en cuyas paredes había toneles y estantes vacíos. Dave, pidiendo su reloj, susurró al oído de Basset:

—Yo iré delante. Así...

Basset asintió. Dave avanzó con cautela, dispuesto a afrontar el verdadero peligro de aquella aventura. Si Johnny había recobrado el conocimiento, notando la falta de la joven, tendría tomadas sus precauciones. Algo le decía a Dave que estaban sobre la verdadera pista y a punto de hacer hallazgos importantes.

De pronto, Dave se paró en seco. Desde la habitación contigua les llegaba un ruido acompasado de pasos, como si alguien arrastrara los pies, andando muy despacio.

Dave apagó la linterna que pidió a Basset para abrir camino, y moviendo un pie, y a continuación el otro, tardó más de cinco minutos en llegar a la puerta que comunicaba con el cuarto de al lado.

No se trataba de luchar, sino de descorrer un velo tenebroso tras el cual se ocultaba el secreto por el que él, Dave Rydal, agente especial del

F. B. I.,

había venido a Hong Kong, auxiliado por uno de los más prestigiosos hombres de la famosa organización policial. En aquella casa, al parecer de fácil acceso, se ocultaba el misterio por el que seis hombres jóvenes, batalladores e inteligentes, habían muerto,

tratando de realizar la tarea que hacía unos días le encomendaron a él.

A Dave le hirvió la sangre al recordar a sus compañeros asesinados fríamente, teniendo que contenerse para no irrumpir en las habitaciones interiores, buscando a aquel Johnny repugnante, para arrancarle a viva fuerza la confesión de sus maldades y el nombre de quienes le dirigían.

Pero no se trataba sólo de sus compañeros, caídos cuando cumplían la orden de servir al bien. La empresa confiada a Dave Rydal era ardua y compleja; tenía que hallar a un grupo de físicos desaparecidos misteriosamente de Los Álamos y de Oak Ridge, cuya pista se perdía hacia Hong Kong. La construcción de los últimos inventos secretos norteamericanos dependía, en buena parte, de estos hombres, que con ellos se habían llevado conocimientos capaces de convertir al mundo en un infierno, si caían en manos peligrosas.

Basset llegó, sin hacer el menor ruido, junto a Dave. Ante ellos, surgiendo del centro del «*hall*», había una escalera, por la que subía un hombre trabajosamente.

La masa de nubes debía haberse abierto, dejando un resquicio libre para que pasara la luna, ya que por una ventana entraba una luz turbia, suficiente, sin embargo, para iluminar la escena. Desde donde estaban, pudieron distinguir las espaldas estrechas del hombre, su cuerpo como torcido, que avanzaba arrastrando las piernas, con enorme trabajo. Sin duda, le faltó el resuello, porque vieron que se paraba en medio de la escalera, asiéndose con ambas manos a la barandilla para no caerse.

Era Johnny. Dave lo adivinó enseguida, estremeciéndose de satisfacción. Le tenía allí, impotente, vencido. ¡Cuánto hubiera dado por ser libre en aquellos momentos, para actuar siguiendo el impulso de justicia que le embargaba ante el hombre mezquino, que perpetraba crímenes por obsesión y por gusto!

Johnny, repuesto, continuó su ascenso, vacilante. Al llegar al piso superior abrió a trompicones una puerta y metió en una habitación.

Los agentes especiales oyeron el peso de un cuerpo que caía sobre algo blando, posiblemente sobre una cama, al mismo tiempo que la luz que penetraba por la ventana se extinguió. Un ruido

breve y metálico se repitió por toda la casa a intervalos de segundos. El edificio quedaba cerrado de tal forma, que nada ni nadie podía introducirse en él. Era una trampa mortal, que Johnny «Risitas», sin saberlo, les había tendido.

Dave consultó su cronómetro de esfera luminosa, que marcaba las dos y media de la noche.

—Tenemos más de tres horas. Ese hombre caerá en una postración total. La ocasión es única —susurró Basset.

Dave fue hacia la puerta del «*hall*»; la examinó con la linterna y, volviendo al lado de Basset, exclamó:

—¡Estamos encerrados! Una plancha de acero tapia esa puerta. Es de suponer que ocurra igual con todos los huecos que den fuera. Luego veremos la forma de salir. Vamos.

Empezaron por la planta baja: piezas a medio amueblar; sillas, mesas, en pésimo estado. La linterna iluminaba paredes desnudas, trastos viejos; nada.

La casa parecía deshabitada. Subieron al piso de arriba. Por la puerta abierta del cuarto a dónde entró Johnny, salía una respiración anhelante, entrecortada.

La planta superior presentaba otro aspecto; las habitaciones estaban lujosamente ocupadas y en una se percibía un ligero aroma de intimidad, de mujer; era la de Ellen. Registraban las paredes en busca de puertas secretas, desesperando ya de encontrar nada, cuando Dave se quedó inmóvil ante una pared. Como si surgiera del muro, oyeron muy débil y acaso lejano, el llanto de una criatura, o palabras ininteligibles. Contuvieron la respiración, escuchando; un lamento extraño, acentos quejumbrosos salían de alguna parte.

Sin dar con ninguna trampa, registraron enteramente la habitación, volviendo a pegar el oído a la lisa pared. El murmullo había dejado de oírse.

—¿No será una ilusión? —preguntó Basset.

—No; estoy seguro de haberlo oído. Escucha.

Otra vez les llegaba el eco apagado de una voz. Ya no dudaron de que al otro lado del tabique había un cuarto secreto. Sin embargo, las paredes desnudas no presentaban ninguna irregularidad. Las iluminaron trozo a trozo, y Basset, provisto de una ganzúa, fue abriendo los muebles, con el mismo resultado. Nada.

El cerebro de Dave se concentraba en una idea: oculto en aquella habitación secreta debía estar, forzosamente, lo que buscaban. Se tumbó, pegando el oído al suelo. También desde él se percibía el eco humano. Hizo una seña a Basset y ambos examinaron, juntura a juntura, tabla a tabla, el suelo de madera.

Una tabla cedió. Ya estaba. Consiguieron separar un cuadrado por el que apenas cabía el cuerpo de un hombre. Les dio una bocanada de humedad, de olor a herrumbre y a vegetación descompuesta, cuando descendieron por una escalera que salía de la trampa, adentrándose en un estrecho pasadizo. A medida que bajaban, oían más cercano el lloriquear extraño, y aumentaba la humedad.

Al dar la vuelta a un recodo distinguieron una luz fría y azulada. Apagaron la linterna, acercándose. Basset empuñaba su pistola. Calcularon que estarían bajo el nivel del mar, fuera ya del recinto del edificio.

Algunos pasos más, y una escena horrorosa se ofreció a sus ojos: en una gruta angosta y baja, tres hombres, mutilados, irreconocibles, estaban sujetos por la cintura, con aros de acero, a la pared de la roca. Era imposible adivinarles la edad. Sus cuerpos, medio desnudos, estaban tan llenos de pústulas y de heridas, que semejaban tres montones de piltrafas sucias; algo que costaba trabajo asociar a seres humanos.

Los rostros, de un color grisáceo, indefinible, habían quedado reducidos a trozos de piel, apergaminada, rígida. En sus ojos febriles, hundidos, brillaba, como muy distante, un recuerdo de razón.

Uno de ellos lloriqueaba como un niño y los tres miraban al vacío, sin ver.

Basset no pudo reprimir un escalofrío. Dave se irguió, terrible y vengador, con los músculos de la cara contraídos, acercándose a los desgraciados, que tenían la piel de los brazos, incapaz de renovarse, cosida a pinchazos.

—Les mantienen vivos a fuerza de inyecciones —opinó Dave, con voz de un timbre acerado, cortante, diferente a como era usualmente.

Tres mesas, forradas de papel, se alineaban ante los restos humanos. Dave se inclinó, buscando el significado de la rara

instalación. Su rostro, pese a la tensión que mantenía, sonrió un momento. Acababa de descubrir el secreto horroroso en los trazos torpes, vacilantes, indecifrables muchas veces, que cruzaban desordenadamente el papel.

Dave se sumió en aquella escritura enrevesada y de apariencia infantil, que encerraba, sin embargo, alguno de los mayores descubrimientos científicos modernos.

Dos meses había trabajado en la ciudad de Los Álamos, familiarizándose con los trabajos secretos, antes de emprender el camino de Hong Kong. Y ahora comprendía la utilidad del agotador estudio a que tuvo que someterse. Ante sus ojos aparecían fórmulas, teorías científicas, secretos por los que medio mundo hubiera dado millones y millones.

Una intención diabólica mantenía vivos a aquellos seres, después de haberles torturado horrorosamente sin doblegar sus voluntades heroicas, para que destilaran poco a poco, sin voluntad ya, rota su conciencia de hombres, el secreto al que habían dedicado sus vidas.

Cuando Dave levantó la vista de la última mesa, en su mirada brillaba el triunfo. La parte más difícil de su misión estaba cumplida.

—Sostenles bien a la luz las cabezas —ordenó a Basset—. Tenía que hallar el paradero de cinco hombres. Por lo pronto, tenemos a tres. Mañana mismo nos dirán la personalidad de ellos desde Washington.

Basset obedeció, levantando la cara del primero.

Dave anduvo un instante en su reloj y se puso frente a los semi cadáveres. Enseguida se oyó un zumbido muy tenue. El reloj escondía una máquina micro fotográfica, con la que Dave, antes de que se agotara el rollo, fotografió también las mesas. Los caracteres escritos, aunque alteradísimos, servirían para descubrir la importancia de las revelaciones involuntarias hechas por los tres científicos.

A continuación, Dave sacó del bolsillo un papel y les tomó las huellas dactilares, viendo entonces, aunque al examinar las mesas lo había adivinado, que cada uno tenía sujeto a los dedos un lápiz muy blando.

No encontrando nada nuevo, entregó el reloj y el papel con las huellas a Basset.

—Que te quiten la vida antes —le dijo, lacónicamente.

Carl Basset asintió.

—Vamos —ordenó Dave—; aquí no podemos hacer ya nada, a no ser...

Y se volvió por última vez hacia los tres desgraciados.

Basset había comprendido. Movi6 la cabeza y sali6 tras Dave.

En mitad del pasadizo, Dave dijo:

—Al salir irás, sin pérdida de tiempo, a Hong Kong, Condukt Road, la última calle antes de la cima del Pico; casa estilo japonés. Un compañero estará esperando. Te conoce. Se llama Leo. Tiene una cicatriz en mitad de la cara. Inmediatamente, que retransmita este mensaje a Washington:

«Encontrados, creo, uno, dos y cuatro. Envío muy importante para mañana. Necesito aeropuerto Hong Kong helicóptero con luz negra y bombas, pilotado por Tony Vickers».

Basset repiti6 íntegras las palabras de Dave.

—Bien —continuó éste—: en el aeropuerto, hangar quinto, encontrarás a un inglés, nacionalizado yanqui, llamado Clune. Pelo rojo, pecas. Vas de mi parte; le entregas el reloj y el papel de las huellas, diciéndole que lo esperan mañana en Washington; luego le das estas señas: Wanchai, comercio de Pao Chen. Que penetre en él mañana por la noche, a las diez, y simule atentado hasta que oiga mí «Luger» en tiro extra rápido. Nada más, Basset; Lo harás esta noche sin falta. Cogemos el «taxi» y regresaremos por el lado contraído de la isla. Me dejarás cerca de la ciudad. Luego vete al hotel y espera.

—¿Has encontrado la forma de salir? —preguntó Basset, preocupado.

—Creo que sí. Las planchas de acero se cierran eléctricamente, al parecer desde la habitación de Johnny. Es de suponer que se abran de igual manera. Tú irás a la puerta del mar. Al pasar por la bodega, llévate un tonel de los pequeños, y cuando se alce la chapa de acero ponlo debajo, para impedir que se cierre. Abriré y cerraré en un santiamén; así que actúa rápido. Sales y te alejas nadando. Luego regresa al lugar donde hemos escondido el «taxi» y me esperas. Si tardo más de un cuarto de hora, llévate el coche y haz lo que te he dicho.

Al poco, Dave salía de la casa, precedido por Basset. Tras él quedaba el pavoroso y horripilante testimonio.

Se alejó, nadando con una mano, ya que con la otra empujaba el tonel, único testigo de su incursión nocturna.

En el «taxi», que estaba donde lo habían dejado, le esperaba Basset. Sobre ellos, una difusa claridad se esparcía por el cielo.

Nacía el día cuando Dave regresó, saltando la ventana, a la casa de Pao Chen.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

Publica:

**F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

V

HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE



las nueve de la mañana, Carl Basset volvía al hotel, después de haber cumplido las órdenes de Dave, y comprendiendo al fin el cometido que a él le habían asignado en aquel asunto. Le disgustaba, en parte, tener que permanecer inactivo todo el día, deambulando de un sitio para otro, pero las instrucciones recibidas de boca del director del

F. B. I.

eran concretas: obedecer a Dave Rydal, pasara lo que pasara. Nada más.

Habiendo conocido a dos compañeros más —a Leo y a Clune—

se conformaba pensando que también a ellos les tocaba jugar un papel secundario en la lucha.

Basset se preguntó, al cruzar la puerta del hotel, cuántos días transcurrirían de nuevo hasta que él tuviera ocasión de hacer algo. Mentalmente calculó el tiempo que tardarían en contestar de Washington; el mensaje radiado se hallaría ya en manos del

F. B. I.

y el avión que llevaba las pruebas obtenidas por Dave surcaba el Pacífico, rumbo a Norteamérica.

«Lo menos —se dijo— pasarán uno o dos días antes de que tengamos respuesta. Y ¿para qué demonios querrá Dave que Clune, con seguridad un agente de poca experiencia, simule un ataque a la casa dónde vive él mismo»?

Cuando cruzaba el «*hall*» en dirección al ascensor, observó que tan sólo dos personas estaban en el bar. Ambas —uno, regordete y mofletudo; el otro, extremadamente pálido— hojeaban la Prensa de la mañana.

Subiendo al segundo piso, Basset introdujo la llave en la cerradura y empujó la puerta de su habitación. No la había tranqueado todavía, cuando notó que había alguien dentro. Fue a retroceder, demasiado tarde ya, porque un objeto duro se le clavó en el costado, al tiempo que una voz desagradable le ordenaba a sus espaldas:

—¡Entra!

Obedeció, pudiendo ver de soslayo que detrás de él estaban los dos clientes del bar. Tres pistoleros le apuntaron al corazón. Eran Barjan, Keith y Lowen, este último con el brazo vendado. Basset se hizo cargo enseguida de la situación. La escena no era nueva para él. Cinco «gángsters», a los que catalogó enseguida como «expertos», le contemplaban amenazadores. Keith y Lowen estaban sentados en sendas butacas; Barjan, en el borde de la cama; el mofletudo, que entró tras él, se apoyó en la gruesa mesa, y Millman, el otro que le esperaba en el «*hall*», más grave que ninguno, permaneció de pie. Todos ellos escudaban su valentía en las armas y en la ventaja obtenida por sorpresa. En América, en cualquier garito inmundo, se había encontrado ya con individuos de la misma calaña, que miraban con descaro, la colilla pegada al labio inferior. Debían de llevar mucho rato esperándole, habiendo llenado de humo la

habitación y el suelo de cigarrillos a medio fumar.

El cerebro de Basset, algo pesado por la noche pasada en vela, se aclaró instantáneamente. Tuvo ganas de reírse, mientras medía con los ojos la estancia, que resultaba pequeña para luchar convenientemente. De una cosa estaba seguro; de que aquellos hombres tan confiados de sí mismos, guardarían un buen recuerdo de aquel día.

Barjan le dijo, balanceándose en la cama:

—Al menor intento de resistencia te freiremos como una salchicha, Basset. Así que mucho ojo con lo que haces.

La ocurrencia del «gángster» produjo hilaridad entre sus compañeros. Basset no respondía, observando el ángulo de tiro de las tres armas, que no se apartaba un milímetro de su corazón.

—Anoche te escapaste. ¿Quién te ayudó? Será mejor que nos lo digas —le preguntó Barjan.

—¡Vamos, responde! —exclamó Millman, quien debía tener muy mal genio.

Lowen enfundó su pistola, sacando un paquete de cigarrillos con la mano libre de vendas, y llevándose uno a la boca para encenderlo con la colilla del anterior. Pero no llegó a hacerlo; ponía mala cara y en sus ojos brillaba una mirada de crueldad.

—¿Un cigarrillo? —ofreció a Basset, acercándose a él con la cajetilla en la mano.

El agente especial hizo ademán de coger uno. Lowen retiró su brazo, mirándole fijamente y, enseguida, acercando su cara a la de Basset, le insultó con rabia:

—¡«Lonsy bastard»! ¡Perro!

Basset no le dejó continuar: le cogió por el brazo herido, retorciéndoselo, y se escudó en él. La pistola de Barjan hizo fuego. El tiro se confundió con el grito salvaje que profirió Lowen, al sentir un agudo dolor en el codo.

Un arma, que apareció en la mano derecha de Basset, obligó a los «gángsters» a volcar la cama y la mesa, parapetándose precipitadamente tras ellas.

Basset sonrió. Mientras Lowen se revolvía sin resultado, gimiendo incapaz de soltarse de la presa con que le tenía sujeto, los otros le parecieron conejos asustados. Paso a paso avanzó hacia la puerta, sin soltar a Lowen. El arma de Barjan le seguía, dispuesta a

aprovechar su menor descuido.

Tuvo un gesto de humor dirigiéndose a ellos:

—Bueno, amigos: supongo que me esperaréis un rato, el suficiente para llamar a la Policía. Otra vez tomad mejor las precauciones. Y sobre todo no fuméis tanto, porque os exponéis a acabar asfixiados.

De súbito, Barjan apretó dos veces el gatillo. El cuerpo de Lowen sufrió una convulsión, escapándosele de las manos de Basset, muerto. El agente especial saltó en una fracción de segundo, hurtando su persona a las balas que a continuación llovieron sobre él, incrustándose en la pared. Los cuatro «gángsters» habían descargado sus armas a quema ropa.

Basset, al tiempo de buscar un refugio tras una butaca, disparó también, alcanzando a Keith en el vientre. Los tres «gángsters» restantes no salieron por su compañero, dejándole que se desangrara en medio de la habitación en la que reinó el desconcierto.

Habiendo resultado demasiado astuto para ellos el agente especial, disparaban sobre él frenéticos de rabia. Las balas deshacían cuánto hallaban a su paso, atravesando el humo de la pólvora que empezaba a extenderse por la habitación.

Una descarga dirigida con más acierto que las otras, obligó a Basset a esconderse mejor tras la recia butaca, acribillada ya a balazos, sin que dejara por ello de vigilar a sus enemigos. Vio que el mofletudo Delesse saltaba de mueble en mueble para hallar la manera de herirle. Sus dos compañeros le imitaron, poniéndose en situación peligrosa, ya que ofrecían, aunque muy brevemente, un blanco movable a las balas de Basset.

Pero éste, queriendo cogerlos vivos, no aprovechó la oportunidad. Si continuaban malgastando las balas tardarían poco en agotarlas, y había observado, cuando le encañonaban, que no disponían de más armas que las que usaban para amenazarle.

Oyó los juramentos que soltaba Millman, insultándole. Un cuadro saltó hecho añicos sobre su cabeza.

Tuvo que abandonar la butaca porque Barjan había logrado acercarse demasiado. Basset estuvo a punto de disparar sobre él, matándole con certeza. Sin embargo, no apretó el gatillo calculando que los cartuchos de los tres debían estar acabándose. Saltó hacia

otra butaca situada a poca distancia, haciendo fuego para proteger su movimiento. En aquel momento sintió un choque en el hombro y comprendió, sin perder la sangre fría, que le habían alcanzado.

Tuvo que coger el revólver con la mano izquierda, porque le caía. Ya no sonreía, dándose cuenta, demasiado tarde, de que aquellos bestias estaban dispuestos a morir matando, enloquecidos por el calor de la lucha. Otra bala le rozó la cabeza.

No tenía más remedio que matar él también. Trató de apuntar cuidadosamente a Barjan, que descubría medio cuerpo, pero el humo se le introducía en los ojos, entorpeciéndole la visibilidad, y los dedos no le obedecieron. Hizo un esfuerzo sobrehumano. ¿Por qué le pesaba tanto el revólver? Todo empezó, a danzar ante él: los «gángsters», que saltaban de escondite en escondite, acercándose; los objetos, el suelo, la habitación, el cuerpo de Barjan, alejado de pronto, más lejano cada vez. ¿Y al otro lado de la puerta, es que no oían la canción infernal?

Él era un excelente tirador, con las mejores puntuaciones en los ejercicios anuales de la academia de Quantico, dotado de unos nervios capaces de sobreponerse a cualquier eventualidad. ¿Qué le ocurría, pues?

Un líquido pegajoso le corría por el brazo derecho, humedeciéndole la mano. Habían conseguido herirle, sí; era sangre lo que le corría por el traje.

Consiguió, tras penoso forcejeo consigo mismo, apretar el gatillo, más la bala se clavó en el suelo, allí mismo, junto a él. El revólver se le cayó de la mano y una debilidad creciente le poseía. Oyó a su alrededor silencio, sólo silencio.

«Unos minutos más, unos minutos más» decía su voluntad. Hizo el último esfuerzo para asir de nuevo el arma y seguir luchando. ¿Iban a poder con él aquellas ratas inmundas y torpes? Sintió hundirse en el vacío; que todo se desvanecía...

Barjan se precipitó hacia él en cuanto vio que se desplomaba, cubriendo su avance con la pistola preparada. Comprobó de una patada que Basset no se movía. Delesse y Millman se aproximaron también.

El último apuntó a la cabeza de Basset para rematarle, disparando, cuando Barjan, de un puñetazo, desvió el arma.

—¡Imbécil, has olvidado lo que tenemos que descubrir! —

exclamó en un tono que no dejaba la menor duda sobre su autoridad.

Llevándose la mano al dolorido mentón, Millman masculló algunas palabras y se guardó la humeante pistola. Barjan, con Basset a cuestas, se dirigió a la puerta, ordenando:

—Adelante; no hay un minuto que perder. Tú. Delesse, entiéndetelas con los «polis». En último extremo mantenles a raya.

Abrieren la puerta. Una humareda acre, que olía a pólvora y sangre, salió con ellos de la habitación. Un grupo de curiosos y un policía de paisano, secundado por varios agentes de la Policía de Hong Kong, se agolpaban en el pasillo. Al aparecer los tres «gángsters» se acallaron los comentarios, produciéndose un silencio total, expectante.

Cubiertos de sangre, con los trajes desgarrados, tiznados rostros y manos, los tres hombres, de un aspecto imponente, se abrieron paso entre los curiosos. Carl Basset, herido, sobre los hombros de Barjan, que iba el primero, daba mayor gravedad a la escena. Por el traje de Barjan resbalaba un hilo de sangre.

El policía les cortó el paso para detenerles en el acto. Delesse se adelantó, hablando con voz que sonó firme y autoritaria en el silencio:

—Soy el capitán Drake, de Scotland Yard.

El policía se cuadró instintivamente ante el fingido superior. Delesse continuó:

—Servicio especial. Recojan los muertos en ese departamento y procuren dar la menor publicidad posible del accidente.

El policía, intimidado por el tono del «gángster», tuvo que esforzarse para hablar:

—Lo siento, capitán Drake; debe usted comprender; es tan insólito todo esto...

Delesse le enseñó, sonriendo, un carnet de la Policía inglesa. El policía se inclinó ante él.

—A sus órdenes, señor. Siento haberles molestado.

Los tres «gángsters», llevando a Basset, bajaron en el ascensor. Momentos después, sin ser molestados, se metieron en el «Buick» negro ante la curiosidad de medio hotel, que acudió a la puerta deseoso de saber lo ocurrido.

Barjan cogió el volante, arrancando a toda velocidad. Una

risotada de Millman rompió la tensión que envolvía a los tres hombres:

—Ha resultado bien el truco —dijo.

Barjan le apostrofó sin miramientos, fijo en la dirección que seguían:

—Calla, animal; nos queda lo peor. Todo esto no entraba en los cálculos del «jefe».

Millman se mordió los labios para no replicar. Delesse, como quien no se apura por nada, intervino, señalando el cuerpo ensangrentado de Basset:

—No fue nuestra la culpa; Fred, en cuanto le telefoneé que éste se nos había escapado del hotel, me dio orden de que averiguáramos quién le ayudó. Al fin y al cabo, suya es la responsabilidad.

—Suya o de quien sea, alguien lo va a pasar mal apenas se entere el «jefe». Ya sabéis cómo las gasta —sentenció Barjan.

Millman habló cínicamente:

—En algo nos tienen que aventajar Lowen y Keith; ninguno de ellos temerá nada ahora.

—No menciones a los muertos, Millman; trae mala suerte —volvió a increparle Barjan, teniendo que hacer un viraje tan brusco que sus dos compañeros cayeron sobre Basset, caído en medio de ambos.

Las ruedas del «Buick» patinaron con un chirrido prolongado.

—¡Cuidado, Barjan! —exclamó Delesse.

—¡Maldita sea! —Fue la respuesta de Barjan, que pudo hacerse con la dirección.

El «Buick» devoraba las calles de Hong Kong con riesgo de estrellarse. Enfilaron Caine Road sorteando el tráfico, denso a aquella hora, y atravesaron Rosaryhill. Barjan apretó más aún el acelerador en cuanto llegaron a la carretera de repulsé Bay. Poco antes de llegar a Sheck, la playa de moda de la isla, se pararon de un frenazo ante una quinta de dos pisos, rodeada de árboles. Enseguida se abrió la verja y el coche pasó al interior del jardín.

A Basset, que no había recobrado aún el conocimiento, la sangre seca le formaba un coágulo oscuro sobre el brazo, a la altura del hombro.

Seguidos por un chino de edad indefinida, que les abrió la

puerta de la casa, subieron a la planta alta, transportando a Basset.

—Tú, perro sarnoso: trae un cubo de agua fría —pidió Millman al chino, haciendo ademán de empujarle.

En un extremo de la habitación, arrimada a la ventana, había una mesa, sobre la que depositaron a Basset.

—Bueno, ahora viene lo peor —exclamó Delesse descolgando el auricular del teléfono y marcando un número. Del otro lado del hilo contestaron:

—...

—¿Fred? ¿Está Fred ahí?

Debieron responder afirmativamente.

—Que se ponga; es urgente.

Cuando acudió Fred, Delesse le explicó sin inmutarse:

—Ha sido todo demasiado deprisa. Luchó como una fiera. Sí, sí; Lowen y Keith, muertos. Estamos aquí en la casa de la playa. De acuerdo; será mejor que acudas cuanto antes.

Delesse colgó el teléfono explicando a sus compañeros:

—Vendrá enseguida; ordena que le saquemos el nombre de quien le ayudó a escaparse, sin rematarle.

—Valiente trabajo —exclamó malhumorado Barjan.

El chino volvió con un cubo lleno de agua.

—¡Lárgate! —le ordenó Barjan, cogiendo el recipiente.

El chino salió de la reducida habitación, a través de cuya ventana se divisaba el mar. Delesse, notando que el herido movía los labios, se inclinó sobre él. Barjan se impacientaba:

—Quítate de ahí, verás cómo se reanima en cuanto le moje.

Tenía el cubo preparado para volcarlo íntegro sobre el agente especial. Delesse, acercando su oído a los labios de Basset, que pronunciaba sonidos ininteligibles, le impuso silencio.

—Calla, parece que dice algo.

—Dave... Dave... —Pudo Delesse percibir. Sólo él lo había escuchado. Se separó de la mesa, sin descubrir a sus compañeros lo que acababa de oír.

—Nada, no hay quien entienda lo que dice.

Barjan volcó el agua de golpe sobre el herido, convirtiendo el suelo de la habitación en un charco. Basset abrió los ojos y miró a los tres hombres que le rodeaban, teniendo que cerrarlos, deslumbrado por la luz.

Barjan le cogió por las solapas y acercándose tanto a él que se confundían ambas respiraciones, le zarandeó brutalmente, al tiempo que su boca parecía ladrar:

—No empieces otra vez ¿eh? Di quién te ayudó a escapar, o...

Basset apretó los dientes haciendo esfuerzos para no desmayarse.

El «gángster» le cruzó la cara con la mano, muchas veces, produciéndole en sus facciones un gesto de dolor, de rabia impotente. Con ademán maquinal, Basset se llevó la mano a la sobaquera.

Los «gángsters» se rieron.

—Déjame a mí —pidió Millman, apartando a Barjan y cogiendo al herido por la cabeza. Rugió fuera de sí:

—¡Perro, perro! «Son of a bitch»! ¡Perro! no estás armado, ¡no! Te vamos a abrir en canal como a un marrano.

De pronto le soltó la cabeza, golpeándole con ambas manos en los oídos. Una vez, otra, y otra, y otra.

—Di quién te ayuda, dilo.

Los golpes repercutían a través de todo el cerebro de Basset, lacerándole, pero sus mandíbulas encajadas no proferían ni una sola sílaba. Pudo coordinar las ideas y centrarlas en una sola obsesionante, bestial como el castigo de que era objeto: matar, matar.

Millman se cansó de pegarle. Los ojos de Basset le miraban fijos, con una expresión terrible.

El «gángster» volvió a cogerle, ahora por la cintura, y le levantó en vilo, colocándole de pie.

—¡Perro! ¡Perro! —Profería medio loco.

Los ojos de Basset no se apartaban de él; dos ojos como brasas, que le calaban hasta lo más hondo, en su deseo impotente de venganza. Escupió a la cara de Basset, sin conseguir apartar la mirada de aquellos ojos ávidos de matar. Millman dio un salto hacia adelante y trató de anular la mirada, metiendo sus dedos en las órbitas fijas.

Un alarido desgarró la garganta de Basset, que retrocedió cegado, sobreponiéndose al atroz dolor. Los dedos asesinos le habían saltado los ojos. Alargó los brazos, haciendo presa en el cuello de Millman, y se lo apretó con todas sus fuerzas, con la

fuerza colosal que le prestaba el sufrimiento. Un estertor de asfixia recorrió el cuerpo del «gángster». Con los dedos agarrotados sobre el cuerpo maldito, Basset retrocedió unos pasos. No veía, no pensaba; un deseo voraz de matar le prestaba alientos para apretar más y más.

Barjan y Delesse se le echaron encima. Basset sintió en su cara las manos que trataban de dominarle. Saltó hacia atrás, en un brusco y tenaz esfuerzo, chocando con las maderas de la ventana. Un crujir de cristales rotos, y los dos hombres se precipitaron al vacío.

Barjan y Delesse, demasiado sorprendidos para obrar, se asomaron fuera.

Los dos cuerpos, estrechamente unidos, destrozados por la caída, yacían inmóviles en el suelo del jardín. Los brazos del agente del F. B. I.

parecían apretar aún, apretar hasta más allá de la muerte el cuello del «gángster».

Cuando Barjan y Delesse se volvieron para correr hacia las escaleras, Fred les estaba contemplando.

Barjan empezó a explicarle con voz entrecortada:

—Lucharon; Millman...

—¡Basta! —ordenó Fred, fríamente, mirándoles cara a cara con serenidad amenazadora.

—¿Habéis averiguado quién le ayudó a escaparse? —les preguntó, acentuando las palabras.

Barjan negó con la mirada.

—Acaso eso os hubiera salvado —exclamó Fred, en un susurro.

Los dos «gángsters» retrocedieron. Barjan fue a sacar un arma, advirtiéndole Fred:

—De nada te servirá, Barjan, tú lo sabes. Tienes tanto miedo que no acertarías a dos pasos.

Barjan temblaba, en efecto.

—Johnny decidirá. Podéis sentaros si queréis.

Fred no había tenido necesidad de empuñar la pistola. Sacando un cigarrillo lo encendió tranquilamente, sin perderles de vista.

Oyeron cómo un coche se paraba ante la casa; poco después, las pisadas de Johnny subiendo la escalera, que se acercaba lentamente, marcando los momentos de vida que aún les quedaban

a los dos «gángsters».

Sin poder hablar, Barjan se pasó la lengua por los labios resecos, tragando saliva para deshacer el nudo que se le formaba en la garganta. Pudo articular unas palabras, algo semejante a un sonido ronco, y asustado por su propia voz, se estremeció.

Delese no parecía estar atemorizado. Sus ojos tranquilos miraban a Fred con indiferencia, como si aquel trance amargo que se avecinaba no tuviera nada que ver con él.

Johnny entró en la habitación, dominando con la mirada a los tres hombres. Una intensa palidez verdosa le cubría el rostro, mayor palidez aún que otras veces. Su sonrisa fría y extraña le dibujaba los labios descoloridos.

Cuando en cuatro palabras, Fred le explicó lo ocurrido, su mueca se acentuó, brillándole los ojos acerados y como ausentes. Habló despacio:

—Será tu último error, Barjan.

El aludido se levantó movido por el pánico, juntando las manos en demanda de perdón, aunque fue incapaz de dar un solo paso.

—Vamos, Fred, ¿qué esperas?

A Fred, las palabras insinuantes de Johnny le llegaban como proferidas a distancia, como sonidos de una pesadilla. En su larga carrera fuera de la Ley no había jamás matado con sus propias manos. Y en aquella ocasión tampoco hizo el menor movimiento para sacar el arma. A su cerebro acudieron en tropel los recuerdos de los últimos días: la certidumbre de que «el jefe» pensaba en él; la carrera a través de Hong Kong con Ellen; el rostro de la joven, bañado en lágrimas; cada uno de los momentos vividos luego, junto a ella.

Johnny le estaba mirando con sus ojos fríos, penetrantes, que calaban hasta lo más hondo de los pensamientos. Fred tuvo que sacudir la cabeza para volver a la realidad. Johnny empuñaba un revólver, apuntando a Barjan, quien quiso abalanzarse sobre él, dando un traspie. Las rodillas del cobarde se doblaron, pero volvió a erguirse, impulsado por el instinto de conservación, incluso superior al pánico que le dominaba.

El corazón venenoso de Johnny gozó aún de la angustia, del miedo invencible que producía en su víctima, antes de disparar dos veces consecutivas.

El cuerpo de Barjan se dobló, describiendo un círculo sobre sí mismo y cayendo al suelo, atravesada la frente por dos balazos. Del cañón del arma de Johnny salía un hilo de humo azulado.

Delesse, sin un ademán de nerviosismo, sin temor visible, se adelantó despacio hacia la muerte.

De nuevo acudió a la memoria de Fred el recuerdo de Ellen, volviendo a verla, durante un fugaz instante, postrada en el lecho, con la repugnancia y el horror retratados en el rostro cuando pronunciaba el nombre de Johnny. Y aquella visión que se le había metido muy hondo, acaso para siempre en el alma, le atenazaba la mano, impidiéndole hundirse en el abismo que se abría a sus pies.

—¿A qué esperas, Fred?

La pregunta de Johnny, emitida a su lado, le devolvió la conciencia de aquellos momentos en que nacía para él el dolor de una encrucijada sangrienta. Sacó la pistola, mientras Johnny acentuaba su risita, complacido. Y apretó el gatillo.

Delesse se desplomó.

Johnny dio un golpecito amistoso en el hombro de Fred, ordenándole:

—Recoge a todos y llévalos al mar, al otro lado de la isla. No te preocupes por sus cuerpos. Así tendrá de qué ocuparse la Prensa de Hong Kong. Esto modifica algo nuestros planes, Fred. Te espero esta noche.

Fred advirtió que estaba solo cuando oyó el ruido de un motor que se perdía en dirección a la ciudad. Se agachó sobre Delesse, auscultándole el corazón. El «gángsters» regordete respiraba con dificultad, herido en la cadera por el tiro intencionado de Fred. Abrió los ojos, y fijándolos en los de su salvador, dijo, con trabajo:

—Gracias, Fred. Basset dio un nombre. Sólo yo le oí.

Un hilo de sangre se escapaba de su herida. Fred se la taponó como mejor pudo con un pañuelo, colocándole en una posición más descansada.

—¿Qué nombre? —quiso saber.

Delesse pudo decir a duras penas:

—Dave.

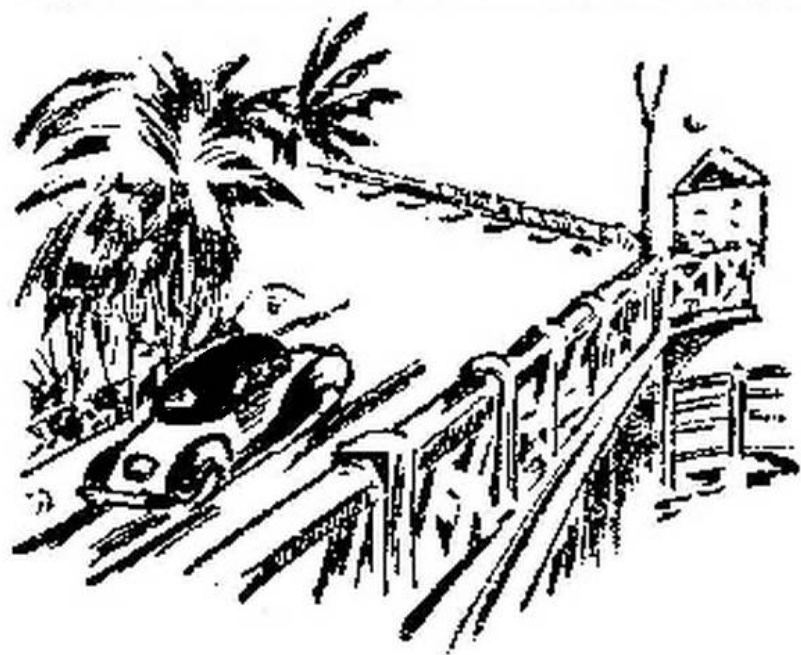
Fue tan grande la sorpresa, que Fred sacudió al herido, preguntándole, impaciente:

—¿Dave, qué más?

—Nada más. Dave solo —luego continuó con grandes esfuerzos—. Lléveme a un médico. Huiré de Hong Kong, y Johnny no sabrá nunca...

Delesse no acabó la frase; había perdido el sentido.

Media hora después de dejar a Delesse en un lugar próximo al Hospital Francés, donde, forzosamente tenían que verle enseguida, Fred tiraba los tres cuerpos sin vida al mar, en el trozo más solitario de la costa.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VI

FRENTE A FRENTE



ONTESTANDO al saludo del empleado japonés, Fred se dirigió a las habitaciones interiores de la casa de Pao Chen. Por la puerta entreabierta de la biblioteca salía la voz del chino, que discutía:

—Yo he viajado por casi todo el mundo, y te aseguro que en ningún sitio encontré platos que puedan compararse con los nuestros. Si acaso la cocina francesa se acerca algo a la delicadeza de la china, aunque a mí, particularmente, me gusta menos.

—Quita allá, chino obseso y deslenguado. ¡Os coméis lo perros cebados y pretendéis poseer paladar y refinamiento! Valientes comistrajos hacéis vosotros.

—¿Qué barbaridades estás diciendo, Dave? Es la ignorancia la que te obliga a incurrir en semejantes desatinos —replicó su antagonista, acaloradamente.

Dando un paso hacia la puerta, Fred se llevó la mano a la parte trasera del pantalón. El contacto, a través de la tela, de su pistola, le hizo estremecerse, y el recuerdo de Ellen acudió nuevamente a su memoria. Durante la macabra operación de arrojar los cadáveres al mar, había tratado con todas sus fuerzas de olvidarla, de alejar de sí la imagen a cuya sola evocación se turbaba inexplicablemente, como si ante la posibilidad de que ella le viera entregado a la innoble tarea, sintiera ya el bochorno y la vergüenza.

Durante unos minutos, Fred dejó de oír la conversación sostenida al otro lado de la puerta. En los últimos días su conciencia había dado un salto prodigioso, afianzándose en el disgusto y en los remordimientos, tratando inútilmente de salvar a un ser humano, a él mismo, de la ignominia y del crimen cuando aún quedaba tiempo, el tiempo preciso tan solo, para ello. Y al examinar su propia conducta, fríamente, sin asomo de sentimentalismo, Fred veía destacarse en el fondo de aquella reacción beneficiosa y torturante, el rostro de Ellen, su presencia inesperada. Era como, si de pronto, cruzándose con la senda del crimen, se abriera para él un camino de luz que hacía resaltar las tinieblas sombrías en las que se hallaba sumergido; como un recuerdo muy lejano, reminiscencia tardía de la infancia, que acudía a su alma, inundándosela de anhelos tibios, agradables, acaso imposibles de poseer enteramente, ya que le convertían en un ser vacilante, extraño a sí mismo.

Volvió a oír las palabras de Dave, que sonaban a través del resquicio de la puerta:

—Lo único que coméis es arroz, arroz condimentado de la peor manera.

Pao Chen pronunció algunas palabras atropelladas, sin duda demasiado encolerizado para encontrar pronto la adecuada respuesta, motivando la risa de Dave.

Los pensamientos de Fred continuaron machacándole el cerebro: ¿se habría enamorado de ella así, tan pronto, como un crío? ¡Enamorado de una mujer pura, delicada; de un ser que necesitaba amparo, él, un «gángster», un malvado!

El sonido de sus propias palabras, apenas musitadas en el silencio del pasillo, le sobrecogió.

¡Qué ironías tenía la vida! Hacía un rato, estando con ella, una llamada telefónica le obligó a acudir a la cita con la sangre y con la

muerte. Y así, un día tras otro, él, Fred Koestle, tendría que hundirse, inevitablemente, más y más en los abismos sin fondo del crimen. Allí mismo, en la estancia a la que no entraba, donde ella sonreía confiada y casi feliz una hora antes, él tenía que empuñar de nuevo la pistola y amenazar a Dave Rydal, al hombre que le ayudó a salvarla de la ignominia, llamarle traidor, matarle acaso.

La discusión amigable continuaba dentro de la biblioteca. Pao Chen exclamaba, con acento victorioso:

—La cocina china; el «fan»[2] y el mijo son más que el pan que coméis los blancos. En todas partes existe la pobreza, y en China tanta como arena en las playas. Pero ¿has probado alguna vez «Hay-San»

[3]),

«Yen-Wo»

[4] o

«Heyu-chi»?

[5].

—Alto, alto —replicó Dave, alarmado por la sarta de vocablos raros que fluía sin fin de la boca del orondo chino—. Me parece que para convencerme inventas nombres que ni existen siquiera.

—Y lengua de ánade, entrañas de gamo o... ¿eh? ¿Qué me dices, lo has probado acaso?

Fred avanzó un paso hacia la puerta. La lucha que se desarrollaba en su interior le hacía daño, como si cada recuerdo de Ellen fuese una chispa candente que se le incrustara en las entrañas.

Era tan grave el gesto de Fred, que Pao Chen y Dave enmudecieron al verle aparecer.

El silencio duró un rato, durante el que Fred permaneció de pie, al lado de la puerta. El chino habló el primero:

—Ellen está arriba. Me he puesto en comunicación con un amigo de Macao y está dispuesto a ofrecirme un refugio para ella. Lo difícil será sacarla de Hong Kong; Johnny debe haber notado ya su falta y vigilará estrechamente la costa y las líneas aéreas.

—Luego estudiaremos eso, Pao Chen; ahora tengo que hablar con Dave —dijo Fred, con voz que tenía inflexiones duras—. Sal unos minutos, quiero estar a solas con él.

Pao Chen, intimidado por la expresión hosca de su amigo, abandonó la biblioteca.

—¿Tan grave es lo que tienes que comunicarme? —preguntó Dave, sin moverse del asiento.

Fred no contestó de momento, fijo en el rostro de Dave. Profirió lentamente, marcando las palabras y estudiando la reacción que se produjera en el hombre que tenía enfrente:

—Carl Basset ha muerto.

El agente especial del

F. B. I.

estuvo a punto de descubrir la impresión que le había causado la noticia. Su cerebro trabajó activamente, buscando la forma de salir de aquel trance. «Carl Basset muerto, asesinado sin duda», repitió para sí.

Fred le miraba con insistencia, espionando sus menores gestos. Dave saltó de la silla con la sorpresa y la indignación patentes en su rostro, exclamando:

—¿Quién ha sido el imbécil que me ha privado del placer...?

Fred tardó algo en contestar, mirando sin pestañear al agente especial, con la mano puesta en su cadera, a una pulgada del bolsillo trasero de su pantalón:

—Basset murió luchando, cuando trataban de arrancarle el nombre de quien le ayudó a escaparse del hotel.

—¿Se había escapado? —preguntó Dave, aparentando aún indignación.

—Sí —explicó Fred—; alguien cooperaba con él.

Anduvieron toda la noche por ahí. Cinco hombres han pagado con la vida el descuido.

—Arrea, eso sí que es bueno; ¡cinco hombres! ¡Ni que fuera un personaje ese maldito Basset! —exclamó Dave, queriendo ganar tiempo.

De haber sabido con certeza que era él el culpable de que se escapara Basset, Fred hubiera sacado ya la pistola. Su tardanza demostraba que aún dudaba.

—No; Basset no era nadie —continuó Fred—. Tiene más importancia el hombre que le ayudó.

Comprendiendo que el desenlace se acercaba, Dave permaneció de pie, a dos metros escasos de Fred, dispuesto a lanzarse sobre él en cuanto advirtiera el menor movimiento peligroso.

—Lástima, yo que vengo desde tan lejos para nada —exclamó

como decepcionado.

Fred vaciló un momento. Sus ojos buscaron los de Dave para descubrir algún indicio de culpabilidad, acaso una involuntaria confesión. Sus dedos se crisparon sobre la tela al tiempo que decía:

—Basset pronunció un nombre antes de morir.

Dave se dispuso a saltar por sorpresa, pero adivinando en la actitud de Fred que le faltaba resolución, respondió a la velada acusación con una sonrisa.

La mano de Fred, rápidamente, apareció armada, apuntando al agente del

F. B. I.

—Ese nombre es el tuyo, Dave Rydal.

Dave retrocedió en apariencia asustado, pero se rehízo enseguida, devolviendo la mirada a Fred. Durante unos minutos se miraron frente a frente, silenciosos, sin que Dave hiciera el menor movimiento para defenderse. La boca negra de la pistola le apuntaba al corazón, pero el hombre que la empuñaba no apretaría el gatillo. Fred le acusó por segunda vez:

—Pronunció tu nombre, Dave. ¿Sabes lo que eso significa?

La risa de Dave se esparció por la habitación.

—Estás loco, Fred; rematadamente loco. ¿Yo ayudar a Basset?

La hilaridad de Dave desconcertó a Fred, que esperaba cualquier reacción menos aquélla. Se descuidó un momento, el suficiente para que Dave, inesperadamente, alargara los brazos golpeándole con dureza en el vientre, y saltara de lado fuera del alcance de la pistola. Fred apretó el gatillo demasiado tarde, y cuando fue a disparar por segunda vez, Dave, colocado a su espalda, le sujetaba con manos de hierro, impidiéndole el menor movimiento.

—Podría romperte la columna vertebral, Fred —aseguró el agente especial—. Conmigo no se juega, ¿estamos? El que Basset pronunciara mi nombre, no significa nada; nos odiábamos a muerte, y le daría por pensar en mí en el último momento. Escrúpulos tardíos de conciencia, eso es todo.

De igual manera que le había vencido, Dave soltó a Fred, y mirándole a continuación, sin rencor, le volvió la espalda, dirigiéndose al pasillo.

Aquella actitud del agente especial, exponiéndose a recibir un tiro, acabó desarmando a Fred, que se quedó demasiado aturdido

para saber lo ocurrido.

Horas más tarde, Dave hojeaba en su habitación la Prensa del día. Fred, que durante toda la noche evitó encontrarse con las miradas algo burlonas del agente especial, había acudido a su cita con Johnny.

Eran las diez menos cuarto de la noche. Por la abierta ventana entraba el soplo tibio de la noche primaveral; compases de música moderna y el paso de los coches por las avenidas cercanas, apagaban los ruidos de la calle, débilmente iluminada a aquellas horas. Wanchai es un barrio concurrido y animado durante el día, y silencioso, poblado por sombras sospechosas, apenas anochece, como si los tentáculos del vicio tuvieran que llegar forzosamente a todas las calles chinas de las poblaciones medio orientales, medio blancas.

La expresión de Dave demostraba preocupación. Mientras miraba el «Hong Kong Telegraph», sus ojos acerados adquirían profundidad e inquietud. Tirando el papel por el suelo con desgana, encendió un cigarrillo. Consultó de nuevo el reloj, que marcaba ya las diez menos diez. Pisó la colilla del cigarrillo, que se le consumía entre los dedos, y, apagando la luz de la habitación, se asomó a la ventana. Montó la «Luger», poniéndola en tiro extra rápido. Dentro de unos momentos aparecería Clune.

Por la acera pasaron dos marineros alegres, haciendo eses. Desde arriba distinguía Dave la borla de sus boinas, ese adorno ridículo de los marineros franceses.

Momentos después una sombra pegada a las paredes entró en la calle, cruzándose con ellos.

Dave reconoció a Clune. Aquel lado de la calle, la parte trasera del comercio de Pao Chen, parecía a propósito para una emboscada, pues varios árboles, con sus ramas fuera de cuidadas tapias, oscurecían las estrechas aceras, impidiendo que pasara la luz de los faroles pegados a las paredes de las casas.

Clune debía haber estudiado ya el lugar, porque no vaciló al pararse ante la mansión de Pao Chen. A una seña que Dave le hizo, se encaramó por el canalón, saltando dentro de la habitación.

Dave habló tan bajo, que una persona, pasando bajo la ventana, no le hubiera oído:

—Deja transcurrir tres minutos y salta la tapia. El chino está en

la biblioteca, la estancia que da al jardín. Yo iré ahora. Amenázanos y haz que se asuste Pao Chen. Pregunta por Ellen. Es suficiente. Yo te atacaré por sorpresa. Entonces huye y me esperas al final de la calle.

Clune asintió en la oscuridad, diciendo, antes de saltar de nuevo a la calle:

—Leo tiene que verte sin falta; han contestado de Washington.

Tras Clune, cerró Dave la ventana, bajando a la biblioteca, donde Pao Chen, ajeno al mundo exterior y vestido con el clásico atuendo de las clases pudientes chinas —faldas de seda y amplia chaqueta bordada en oro con esmero—, se hallaba enfrascado en una complicada operación matemática. Al entrar Dave, reunió precipitadamente los papeles dispersos sobre la mesa de laca negra en la que trabajaba y los guardó en una gran carpeta con cantos de oro.

—Tengo un hambre de mil diablos —saludó Dave, advirtiéndole la precipitación del chino.

Iba Pao Chen a contestar cuando la puerta del jardín saltó, forzada por Clune, que, pistola en mano y con gesto feroz, les encañonó.

Una súbita palidez cubrió el rostro del chino. Quiso decir algo, mientras retrocedía unos pasos, apoyándose en la mesita que acababa de abandonar, pero las palabras no le obedecieron.

—¡Cerdo sarnoso, traidor! —rugió Clune, yendo hacia él, obligándole a bajar la vista y golpeándole con la mano abierta antes de que tuviera tiempo de reponerse. Un hilo de sangre manó de los labios rotos del chino. Retrocedió aún más, visiblemente asustado, derribando la mesa y una silla.

—Aunque te metieras en el fondo de la tierra te hubiera encontrado, ¡perro! —Volvió a insultarle Clune, haciendo ademán de golpearle otra vez. Dominado por el terror, Pao Chen avanzó la mano pulgada a pulgada por la pared, buscando la llave de la luz.

Clune se rió, advirtiéndole:

—Si haces un movimiento más hacia el conmutador, te dejo seco, inmundo bicho. ¿Dónde has metido a la muchacha?

El chino estuvo a punto de desmayarse.

—Dime dónde la escondes, deprisa, o te...

Dave, juzgando que había suficiente, sacó su pistola y apretó el

gatillo, al tiempo que Clune le disparaba muy por encima de la cabeza, rompiendo la lámpara y dejando la habitación en la más completa oscuridad.

Cuando Dave, después de cargar su pistola, jurando y maldiciendo, acudió junto a Pao Chen, el atacante había desaparecido.

—Vamos, Pao Chen, no ha sido nada; levántate y busca una luz —dijo Dave al chino, reprimiendo la risa.

Pao Chen dejó escapar algunos sonidos apenas humanos:

—Johnny, Johnny —pudo balbucir.

—Creo que huye herido. No volverá. Voy a darle alcance.

Dave salió por el jardín, siguiendo a Clune, al que alcanzó en la esquina de Ice House Street.

—Qué, ¿llegó a perder el conocimiento? —preguntó Clune, muy divertido.

—Casi, casi —contestó Dave, parando un «taxi» libre que pasaba.

—A Victoria Peak, de prisa —ordenó al «taxista».

El coche se internó por las calles transversales, ascendiendo a buena velocidad. Tardaron un cuarto de hora en llegar a la cumbre de la montaña, donde se hallan enclavadas las residencias particulares más lujosas de la isla. Esperaron a que el «taxi» emprendiera el descenso, y a continuación bajaron ellos también, bordeando las quintas hasta la casa alquilada por Leo, en la que penetraron al no advertir nada sospechoso por los alrededores.

Leo les esperaba en una habitación que había elegido para instalar una potente emisora, construida especialmente por el F. B. I.,

y de la que no se separaba ni un minuto, durmiendo a su lado.

—¿Qué hay de nuevo, Leo? —preguntó Dave.

—Han contestado de Washington. Urgente —informó a Dave, entregándole un mensaje cifrado.

Dave fue traduciendo en voz alta:

«Desaparición miembro importantísimo. Estatura cinco pies y medio; moreno, ojos verdes, contextura ancha y maciza. Según nuestras investigaciones, conducido a Hong Kong, mediodía hoy. Urge rescate

antes semana entrante, en estado de continuar trabajos. Cumplidas órdenes, helicóptero esta noche en aeropuerto Hong Kong. Submarino convenido frente a estrecho. Esperamos reloj suyo».

—Bien —exclamó Dave, quemando el mensaje—; esto lo complica todo.

Clune y Leo esperaban órdenes en silencio.

—Tú, Leo: continúa aquí. Me parece que vamos a trabajar de firme. Clune: toma un coche y dirígete a Kennedy Town; allí preguntas por Tcheng y le coges el «taxi».

—¿Si resiste?

—No; dale algunos dólares. Es un viejo roído por el opio. Conduces el «taxi», siguiendo la carretera, hasta un edificio muy grande, el hospital inglés. Yo iré —Dave consultó un reloj exactamente igual al que estaba camino de Washington— antes de la doce. Regresa luego al aeródromo a esperar el helicóptero, y sin tardar un minuto vuela con Tony Vickers sobre un pueblecito llamado Aberdeen, que está al sudeste de la isla. He ordenado que traigan luz negra. Yo estaré esperando dentro del agua y en cuanto aparezcáis con el helicóptero, saldré a la playa con nuestro hombre. Tus hombres que localicen el submarino y que lo lleven a Repulse Bay.

Clune y Leo se le quedaron mirando con sorpresa.

—No pongáis esa cara. Creo que podré rescatarle esta misma noche, si todo va de acuerdo con mis planes —explicó, tranquilamente, Dave.

En señal de admiración, Leo se rascó la cicatriz que le afeaba el rostro.

—Bien, eso es todo —prosiguió Dave—. Tú, Leo: si al amanecer no he venido, transmite este mensaje a Washington: «Órdenes cumplidas. Camino América». Luego, sin perder un instante, busca por toda la costa el cuerpo de Basset.

—¿Eh? —interrogaron al unísono los dos agentes.

—Basset ha muerto hoy —les informó Dave, frunciendo el ceño.

Un extraño silencio cayó entre ellos. Dave lo rompió para preguntar a Leo:

—¿Tienes una lima capaz de romper en pocos minutos un grueso cerco de acero?

Maquinalmente, Leo abrió una caja de herramientas, de la que Dave eligió una lima, guardándosela.

—¿De acuerdo? —preguntó a sus dos compañeros.

Ambos agentes asintieron con la cabeza.

VII

PÁNICO



NTES de entrar en la biblioteca, donde Fred, que había regresado, y Pao Chen, guardaban extraño silencio, Dave subió a su habitación.

Abrió el maletín de procedencia inglesa, comprado días antes, sacando del doble fondo un cuchillo puntiagudo, tan afilado que podía penetrar sin esfuerzo a través de la ropa más espesa y hundirse en la carne produciendo la muerte instantánea. Se guardó el arma junto a la lima y se colocó la «Luger» en el bolsillo del pantalón.

De la percha colgaban los harapos con los que llegó a Hong Kong. Descosió de un tirón el forro de la chaqueta, sacando un fajo

de billetes de dólares y libras esterlinas. De entre el dinero salió a relucir su chapa del

F. B. I.,

que aquella noche tendría posiblemente que usar al ponerse en contacto con auxiliares desconocidos.

Fred y Pao Chen seguían callados cuando bajó.

Un velo sombrío endurecía las miradas del primero, que, sumido en hondas cavilaciones, tenía agarrada la frente con ambas manos como si le fuese a estallar. Pao Chen, no repuesto aún del pánico, vigilaba la puerta del jardín, cual una fiera temerosa y acosada, esperando sin duda que apareciera otra vez la venganza terrible de Johnny.

Apenas hubo entrado Dave, el chino le preguntó con voz entrecortada:

—¿Le has alcanzado?

Con un movimiento de cabeza el agente especial contestó afirmativamente.

—¿Y qué, Dave? —quiso saber Pao Chen.

—Le pillé junto a los astilleros; no me fue muy difícil acabar con él, porque iba herido.

Pao Chen respiró.

Al oír la conversación, Fred había levantado la cabeza, fijándose en el abultado bolsillo de Dave, que le dijo:

—Bueno. Fred; mañana o pasado os dejaré de nuevo; en cuanto consiga unos dólares que necesito, embarcaré para América; muerto Carl Basset, nada me queda por hacer aquí.

Fred habló lentamente, con voz ausente, como empañada por el dolor que le turbaba:

—No podré sacar a Ellen de Hong Kong. Johnny vigila todas las salidas: el aeródromo, el puerto, las costas, los barcos... El noventa por ciento de sus hombres se ha lanzado a la busca de Ellen. Hace un rato he estado con él, y asegura que la encontrará antes de que amanezca; parece como si la pérdida de la joven le hubiera vuelto medio loco.

—Pero hace un rato penetró aquí uno con toda seguridad pagado por él —replicó Dave.

—Sí; acaso descubriera las huellas de Ellen, y antes de comunicarle a Johnny que sabía su paradero, obró por su cuenta.

Tú la has salvado; y yo que pensé de ti...

Dave le dio unos golpecitos en la espalda.

—No tiene importancia, Fred. Olvídalo.

Una sonrisa amarga apareció en los labios de Fred, que confesó:

—No, amigo; no puedo olvidarlo. Desde que salvamos a Ellen me está ocurriendo algo extraño, algo que no acertaba a explicarme, y que esta noche, de golpe, he comprendido estando con Johnny. Ha sido un impulso más fuerte que mi razón y que mi voluntad, algo contra lo que me he sentido indefenso. Si no hubiera ocurrido nada y pudiéramos sacar a Ellen de Hong Kong, estos días quedarían en mi corazón como un recuerdo inolvidable, pero al ver la imposibilidad de salvarla, mi ser se ha rebelado, descubriéndome de golpe la verdad. La quiero, Dave; la quiero sin razón, sin que pueda darme cuenta cómo he llegado a enamorarme de ella, por qué...

Dave fue a decir algo, pero le interrumpió Fred, para proseguir, haciendo un ademán de impotencia con ambos brazos:

—No. Dave; mi razón se oponía también, encontrando absurdo que así, tan pronto, pudiera yo amarla. Es un ser que sufre y que está en peligro; sin mí volvería a cerrarse sobre ella un mundo desgraciado, donde tarde o temprano la vencería el oprobio y la miseria moral más completa. No sé nada de ella, no sé quién es, qué motivo obliga a Johnny a buscarla, lanzando toda la organización tras ella. He espiado cada una de las palabras de Ellen, cada uno de sus gestos, y sé que es inocente. Si la dejara hundirse nuevamente en aquello me maldeciría el resto de la vida. ¡Si supieras cómo he sufrido sin saberlo su dolor, el miedo que le hacía sobresaltarse cuando dormía la otra noche, estando yo a su lado!

Ellen, apareciendo en el quicio de la puerta, sin ser advertida por ninguno de los tres hombres, había oído parte de las palabras de Fred. Cruzó la habitación y se echó, con profunda emoción, en los brazos del ser que, hablando de ella, revelaba piedad y respeto, amor, no por súbito, menos infinito.

Los dos jóvenes se miraron en silencio, tan próximos sus alientos que se confundían. Fred le cogió la cara con sus manos, apartándole el cabello negrísimo que le cubría las mejillas. Ella se dejó acariciar, brillándole los ojos por lágrimas retenidas; enseguida, ocultando el rostro en el pecho viril, sollozó.

—¡Ellen! ¡Ellen! —murmuraba Fred, tratando de mitigar el llanto convulsivo de la joven, que le hería profundamente.

La joven levantó la cabeza, mirándole en silencio, como si quisiera retener para siempre en su alma los rasgos del hombre que había soñado salvarla. Sus labios fueron a expresar lo que sentía.

—No importa lo que ocurra. Te recordaré siempre y te bendeciré...

Pero Fred la interrumpió, incapaz de soportar la realidad terrible del Destino, que iba a arrebatársela cuando la tenía en sus brazos, apenas la había encontrado:

—Ellen, he estado con Johnny; media ciudad se ha lanzado en tu busca; tardarán un rato, una hora o dos a lo sumo en dar con nosotros. No podemos huir; son diez mil contra uno. Les conozco, Ellen; he convivido con ellos, he matado con ellos, les he odiado mil veces, acaso adivinando que un día se lanzarían contra mí como bestias hambrientas para arrebatarme lo que amo más que a la vida. Y no tendrán piedad, Ellen; caerán sobre nosotros y nos destrozarán en un instante, aunque luchemos hasta la última gota de sangre...

La voz de Fred se rompió. Ellen expresó en silencio todo el horror que sentía, traspasada por anhelos que no llegarían a realizarse nunca.

Para ambos el mundo circundante había desaparecido: Dave, Pao Chen, aquella habitación, el paso del tiempo; todo menos el amor que nacía irrefrenable en ellos y una sensación henchida de amargura que les conmovía, producida por la realidad acerba. Los minutos transcurrían lentamente, como si una ironía inexplicable y cruel quisiera hacerles gustar el bien que perderían enseguida, la felicidad que se les escapaba de entre los dedos, inexorablemente, sin que pudieran hacer nada por impedirlo, nada, nada.

Sus labios se unieron en un beso hondo, largo; beso con sabor de lágrimas, con temblor y arrebato del imposible amor que ardía en sus corazones sobreponiéndose a la realidad misma.

De pronto, Fred se irguió, dejando que la joven cayera al suelo, deslizándose por sus brazos, a los que intentó agarrarse. Una decisión acaso mortal, que le ensombrecía aún más, ponía en los ojos de Fred un relámpago temerario. Cogió nuevamente en sus brazos a la joven y, estrechándola contra su pecho, le dijo, con voz ronca, en la que temblaba un acento de desesperación:

—Voy a luchar, Ellen. ¡Voy a luchar hasta el último aliento, por ti!

Ellen, comprendiendo el significado de la promesa, se abrazó a él como protegiéndole, como queriendo impedir que fuera en busca de la muerte. Pero él la rechazó, dando un paso hacia la puerta y encontrándose con Dave, que se cruzaba en su camino.

Por un momento se encontraron frente a frente de nuevo. Dave le puso la mano en el hombro, preguntándole:

—Ocurra lo que ocurra, Fred, ¿aceptarás mi ayuda?

Una sonrisa distendió brevemente las facciones de Fred.

—¿Ocurra cuánto ocurra? —volvió a preguntar Dave, sin apartarse.

Fred asintió, avanzando otro paso hacia la puerta. Dave le retuvo aún, agarrándole del brazo y apretádoselo, al tiempo que le decía:

—En el momento preciso estaré allí, Fred. ¿Has oído?

Fred contestó maquinalmente:

—Dos amigos míos me ayudarán, si es preciso hasta la muerte.

—Yo seré el cuarto.

—Gracias, Dave.

—No vayas antes de la madrugada, Fred.

Sorprendido, Fred le interrogó con la mirada.

—Ocurra lo que ocurra, confía en mí —repitió el agente especial del

F. B. I.

Iniciando un gesto de decepción, Fred empezó a decir:

—Conozco a Johnny y al «jefe»; no conseguirás...

Dave le interrumpió bruscamente:

—Conoces a Johnny, pero no me conoces a mí.

Intervino Ellen, de pronto:

—El «jefe» no existe, es Johnny.

Los dos hombres se volvieron hacia ella, tratando Fred de explicarla:

—Johnny es el lugarteniente; obedece ciegamente al «jefe». Pero nadie sabe quién es. Yo arrancaré a Johnny su nombre antes de matarle. Luego...

Ellen exclamó, atropelladamente:

—No existe el «jefe»; es Johnny, él le ha creado para protegerse

de la banda.

Tratando de apartar a Dave, fue Fred a salir de la biblioteca, pero Dave se lo impidió aún.

—Prométeme que no irás antes de la madrugada.

—Pudiste matarme esta mañana, cuando dudé de ti; salvaste a Ellen hace un rato. ¿Cómo voy a desconfiar de ti? —pronunció Fred, lentamente.

Dave le dijo, franqueándole paso y señalando a Ellen:

—Deja este asunto en mis manos; mi vida no vale nada, tú, sin embargo...

Cuando Fred transponía la puerta, Ellen cayó de rodillas ante él, agarrándole las piernas en el postrer intento por impedir que corriera en busca de la muerte. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Fred apartó a la joven y salió. En sus labios llevaba el sabor a la vez dulce y amargo de la boca querida y en su alma la huella de aquel contacto que guardaría como algo precioso, imposible ya de volverlo a sentir, tremendamente castigado por el Destino que él mismo se había forjado, siguiendo la senda maldita y nefasta que bordeaba el infierno del crimen.

Porque Fred Koestle iba seguro de que sus pasos le llevaban, en un intento desesperado, hacia la muerte.

En la biblioteca reinó el silencio. Estaban solos, porque Dave había seguido a Fred; Ellen, sollozando, en el suelo, y Pao Chen, que con miradas febriles, trataba inútilmente de sobreponerse al miedo.

—Están locos —balbució el chino, en quién se desarrollaba una lucha sorda entre sus sentimientos humanitarios; aquella mujer, Dave Rydal, su amigo, que le salvó la vida hacía poco más de una hora, y el instinto de conservación. Se acercó a Ellen en un impulso de encontrar fuerza en otro ser más débil que él.

—Están locos —exclamó nuevamente—. Johnny acabará con todos; con Dave, con Fred, con nosotros.

Ellen le miró extrañada, sin comprenderle. Había sufrido demasiado, sufría aún.

Pao Chen, estrujándose las manos, incapaz de dominarse, anduvo con pasos vacilantes por la habitación; los pies se le clavaban al suelo y las rodillas se le doblaban. Se puso a temblar; gruesas gotas de sudor le corrían por la frente.

—Están locos; nos matará a todos, a todos —pronunció para sí mismo.

Ellen no le oía, viendo en la imaginación una escena horrorosa: a Fred acribillado a balazos, muerto. Levantándose movida por la visión alucinante, se dirigió hacia la puerta. Tenía que impedir la muerte de Fred. Sí; ella también le quería; no era sólo agradecimiento por la única persona que la había tratado con cariño, con respeto, con piedad; era amor, un amor súbito y resplandeciente el que sacudía sus entrañas, convirtiéndola en un ser capaz de todo. Tenía que impedir que Fred acudiera a la cita con la muerte, podía impedirlo, y luego... ¿Qué le importaba lo que ocurriera después? Volvería a sumirse en el horror, pero le salvaría, tenía que salvarle.

Como una autómatas salió de la biblioteca y de la casa; adentrándose por las calles. Guiada por un solo propósito: encontrar a Fred, había olvidado que la buscaban con ahínco. Anduvo mucho rato, sin tener noción del tiempo, sin sentir el menor cansancio. Recorrió una calle, luego otra y otra. No veía la iluminación profusa de las avenidas, no oía los ruidos del tráfico, no se daba cuenta de que la gente, pasando a su lado, se tropezaba con ella. Al cruzar de acera estuvo a punto de ser atropellada por un automóvil, percibiendo voces y exclamaciones a su alrededor. Todo le parecía lejano, inexistente, como envuelto en un velo de pesadilla y de sombras. Y, sin embargo, miraba cada rostro, cientos y miles de rostros, buscando a uno solo.

De pronto creyó ver a Fred parado en los escaparates del comercio Sun. Su corazón latió tan acelerado, que las palpitaciones violentas le cortaron casi la respiración. Echó a correr entre los coches; se cayó, volvió a levantarse y corrió otra vez, sintiendo que una oleada de lágrimas ardientes le llenaban las pupilas, cegándola y abrasándola de felicidad.

—Fred, Fred —murmuró, traspasada de amor y de dicha, echándose en los brazos del hombre, que la miró extrañado y cohibido. Y sus ojos buscaron a través de las lágrimas los ojos de Fred para rogarle que no fuera, para pedirle de rodillas, ya que no podía hablar, que no fuera.

El hombre la rechazó casi bruscamente. Muchas personas se agrupaban en torno a ellos, sonriendo.

Ellen comprendió de golpe su error. Su corazón dejó de latir durante unos segundos y una franja roja de sangre le cruzó el cerebro. Se llevó las manos al pecho, presa de un dolor lacerante y agudo. Luego siguió andando, viéndose de nuevo en la noche, sola, sin un sitio adónde ir, como el día que huyó de Johnny. Recordó cada instante vivido desde entonces: la huida a través de los hombres siniestros; la lucha con el borracho en la oscuridad de una callejuela; el despertar en una habitación extraña, a Fred mirándola como jamás otra persona la había mirado, como ella había soñado que algún día... Recordó la voz de Fred, sus palabras, sus gestos y ademanes; las últimas escenas, el beso.

Miró a su alrededor; había dejado atrás las calles céntricas, llenas de gente y de ruido, cuajadas de luces que estallaban ante sus ojos. Una hilera de casuchas se destacaba en las sombras, que se espesaban en torno a los faroles mequinos. Entonces sintió cansancio, un agotamiento tan grande que desvanecía hasta su dolor. ¿Cuánto tiempo llevaba perdida por las calles? Se apoyó en el quicio de una puerta, sacudida por escalofríos secos y convulsivos; tenía ganas de llorar sin que los sollozos acudieran a su garganta.

Reconoció por intuición la callejuela donde se encontraba. Era la misma en que luchó contra el borracho, y al final de ella estaba la carretera; más allá...

Siguió andando en dirección de Aberdeen. Una hora después pasaba ante los edificios del Hospital inglés. Sus labios febriles repetían con unción un nombre:

—¡Fred! ¡Fred! ¡Fred!

Pao Chen miró a su alrededor, encontrándose solo. Se enjugó el sudor que le cubría y cerró la puerta, tranquilizándose algo, como si la débil chapa de madera pudiera protegerle.

Al dejarse caer en un sillón, agotado por el esfuerzo que hacía a fin de sobreponerse al miedo, oyó en la calle trasera el frenazo de un coche, que le hizo saltar del asiento, sobresaltado.

Durante unos instantes pensó en la fuga. Pero comprendió que era inútil intentarla; un coche se había parado ante el jardín y los hombres de Johnny le cerrarían el paso por aquella parte; en la salida del establecimiento estaba el empleado japonés, también de la banda y con toda seguridad preparado a matarle en cuanto intentara escaparse.

Le habían acorralado. Su imaginación aterrorizada vivía por anticipado el momento en que una lluvia de balas le segara la vida. Percibió ruido en el jardín. ¿Era en el jardín o en la calle?

Apagando con manos temblorosas la luz, que provenía de las bombillas repuestas rato antes, poco después de que Dave las destrozara a tiros, se escondió en la oscuridad, sin atreverse a respirar y devorando a través de la puerta rota del jardín las sombras que proyectaba la luna entre los árboles.

No tenía al alcance ningún arma con que defenderse, pero era tal el terror que le dominaba que fue incapaz de dar un solo paso fuera de la habitación en busca de un revólver.

Alguien se movía fuera. Creyó distinguir la silueta de un hombre que avanzaba con cautela hacia la biblioteca. Tuvo que llevarse las manos a la boca para ahogar un grito, retrocediendo paso a paso, sin saber lo que hacía. Un frío mortal le recorría la espina dorsal. Su espalda chocó con la pared guarnecida de libros. Intentó retroceder aún más, retroceder hasta el último instante, pero la barrera de gruesos volúmenes se lo impedía. Doblándosele las rodillas, tuvo que agarrarse a los libros para no caer. Cerró los ojos. La sombra había llegado hasta la puerta misma; iban a abrirla, iban a matarle de un momento a otro.

No se atrevió a mirar. Apretó los dientes para no gritar de horror, mordiéndose la lengua aunque no sintió dolor.

¿Qué hacían que no entraban de una vez? Que rían gozar de sus desesperación mortal, querían reírse de él, matarle poco a poco, con crueldad espantosa.

No pudo aguantar más aquella tensión y se desplomó, cubriéndose los ojos con las manos, llorando y gimiendo.

Pasó un instante, luego otro; un minuto. Pasaron muchos minutos y Pao Chen abrió los ojos. Estaba como loco. No había ocurrido nada, no le habían matado.

A través de la puerta, las sombras inciertas seguían moviéndose entre los árboles. Consiguió ponerse en pie con gran trabajo.

Era el miedo lo que le hacía desvariar. Acaso, Johnny estuviera muerto; Fred y Dave lo dijeron. Pero no; nadie podía llegar hasta Johnny...

—¡Insensatos, insensatos! —exclamó, con voz extraña, que ni él mismo reconoció.

Encima de la mesita de caoba donde solía trabajar, había un reloj primoroso, una talla de marfil, de un orfebre chino. A la luz de la luna miró la esfera blanca varias veces, sin dar crédito a sus ojos. Había transcurrido una hora desde que Ellen salió de la habitación.

Una hora, y Johnny no había aparecido. Acaso tuviera todavía tiempo de huir. Precipitadamente atravesó la biblioteca, separando de la pared uno, de los estantes. Apareció el brillo metálico de una caja de caudales. Pao Chen, sudando, presa de gran agitación, maniobró los mandos hasta conseguir abrirla y hundió los brazos en el interior, tirando al suelo varios papeles al sacar un maletín, que empezó a llenar de billetes de Banco. Más de medio millón de dólares, el producto íntegro de las últimas «operaciones» realizadas por Johnny, pasó de sus dedos temblorosos al maletín.

La mente de Pao Chen trabajó activamente, buscando los puntos débiles del cerco de hombres puesto por Johnny en torno a Hong Kong. Esos hombres tenían la orden de que Ellen no saliera de la ciudad, pero a él, ¿le dejarían escaparse? Conocía los métodos del «jefe». Acaso fuera él el único miembro de la banda que sabía punto por punto, por su calidad de organizador de los principales «negocios», hasta dónde alcanzaba la vasta red de individuos fanáticos que obedecerían hasta la última orden. No, no; sería imposible escaparse. De nuevo empezó a sudar. Súbitamente, la idea salvadora le hizo pararse en su operación de cerrar el maletín. ¿Si él comunicase a Johnny que Fred pensaba matarle aquella noche?

No pensó en nada más, no se le ocurrió analizar la idea descabellada, producto del pánico que acababa de forjar. Se agarró a ella como a una tabla salvadora, aparecida milagrosamente en medio de un piélago infinito, en el cual estuviera a punto de perecer. Corrió al teléfono, y descolgando el auricular, tardó un rato en marcar el número de la casa solitaria de Aberdeen.

Del otro lado contestaron. Pao Chen habló jadeando, repitiendo unas palabras y olvidando otras, atropelladamente:

Johnny: Fred quiere matarte. Johnny: piedad; yo... yo no sabía nada; ellos la trajeron; yo no quería, se empeñaron. Van a matarte, Johnny.

Del otro lado le llegó la risita helada de Johnny, que se le metió en las venas, quemándole. Pao Chen soltó el teléfono, sin darse

cuenta de que lo dejaba descolgado, balanceándose en el vacío, con un movimiento leve y oscilante, disminuido paulatinamente.

Volvió al repleto maletín, intentando cerrarlo; pero no lo conseguía, por estar demasiado lleno de billetes. Se esforzó cuanto pudo, y en un movimiento de impaciencia, lo volcó. Los billetes se esparcieron por el suelo. El chino se arrodilló empezando a recogerlos. Sus dedos se movían convulsos, atenazándose sobre los papeles rectangulares.

—¡Insensatos —murmuraba, de cuando en cuando—, insensatos!

De pronto —había pasado casi un cuarto de hora desde que telefoneó a Johnny—, la luz de la lámpara le cegó. Levantó la cabeza, sorprendido, viendo que un hombre le encañonaba con un revólver. Sólo tuvo ojos para la boca negra del arma que le amenazaba. Quiso retroceder, correr, pero las piernas se negaron a obedecerle. Los ojos se le salían de las órbitas. Tenía el rostro desencajado.

—¡No! ¡No! —exclamó.

Una mueca parecida a una sonrisa apareció en los labios del desconocido, que avanzó hacia él.

Pao Chen pudo, al fin, dar un paso hacia atrás; antes de que diera el segundo, la boca negra vomitó fuego y el chino cayó, atravesado por tres balazos, llevándose las manos al vientre y pidiendo clemencia aún:

—¡No! ¡No!

El desconocido se dirigió al teléfono, hablando por él brevemente:

—¿Johnny? Aún nos hubiera sobrado tiempo. Sí; se disponía a huir con un maletín atestado de dinero. ¿Lo has oído todo? De acuerdo.

Y colgó el teléfono.

El cuerpo sin vida de Pao Chen, traidor y cobarde, yacía en el suelo; una mirada vidriosa parecía testimoniar el pánico horroroso que había sufrido, y que fue su perdición. Porque el miedo del cobarde fructificará siempre así: delatándose a sí mismo.

VIII

LA ÚLTIMA HAZAÑA DE JOHNNY «RISITAS»



ON precauciones infinitas, llevando por toda defensa un cuchillo, avanzó Dave por la oscuridad del pasadizo que daba acceso a la casa de Johnny. Sabía que aquella aventura era arriesgada, peligrosa, que entre las sombras de la mansión solitaria acechaba la tortura, acaso la muerte. En la incursión anterior, Basset y él habían dejado, indudablemente, huellas delatorias de sus pasos; pero los acontecimientos, en parte forzados por él mismo, se habían precipitado, obligándole a obrar de la forma suicida que lo hacía. Se exponía a caer en una trampa, dejando la vida en manos del criminal, que, sin duda, esperaba la visita del agente especial, cuya personalidad no pudo averiguar, pese a que, por descubrirla, había matado a cinco hombres.

Dispuesto a saltar en caso de ser sorprendido, Dave se movía

agachado, respirando sordamente, sin producir el menor ruido. Confundiéndose a los latidos de su propio corazón, oía los embates del oleaje penetrando por el canal hasta la entrada del pasadizo.

Halló levantada la chapa de acero, no sabiendo si atribuir aquella circunstancia a su buena suerte o tomarla como un indicio de que le esperaban.

Pero no podía retroceder; aunque dentro de la oscuridad que le rodeaba hubiera un ejército de hombres dispuestos a impedir la realización de su cometido, él seguiría adelante, perdiendo gustoso, si fuese necesario, incluso la vida en el cumplimiento del deber.

Después de colocar un tonel bajo la chapa de acero, para que no se cerrara a su espalda, Dave avanzó tanteando las paredes, tan despacio, que debió tardar cerca de una hora en recorrer las habitaciones vacías que le separaban del «*hall*» de entrada, en el cual una débil claridad iluminaba apenas los primeros tramos de la escalera.

Conteniendo la respiración, el valiente agente especial del F. B. I.

escudriñó la oscuridad, que le cercaba. Nada, ni un soplo de vida, parecía moverse en toda la casa. Esperó aún unos minutos, cinco o seis, cargados de tensión, antes de avanzar el primer paso hacia la escalera.

De pronto, todavía no había puesto el pie en el suelo, una sensación extraña le obligó a estar quieto.

¿Qué le ocurría? ¿Estaba, acaso, poniéndose nervioso? Era como una intuición súbita, que le avisaba, como un sexto sentido que, habiendo advertido el peligro a tiempo, quisiera hacerle retroceder antes de que diera un solo paso más.

Dave Rydal trató de serenarse, sin conseguirlo. Por primera vez en su larga carrera contra el crimen, sentía un desasosiego, una inseguridad extraordinarios. A pesar de sus esfuerzos por desecharla, aquella intuición de que algo no marchaba bien, de que se había metido en una ratonera, resultaba más fuerte que su voluntad.

Escuchó con atención, pudiendo oír el proseguir del tiempo, prolongado indefinidamente en un zumbido tenue y continuo.

Su natural arrojo no le dejaba escuchar el aviso. Llevándose la mano a la cintura y empuñando el cuchillo, aunque sin llegar a

sacarlo, se acercó con cautela redoblada. Y entonces sintió a su lado la presencia de alguien, invisible en la oscuridad; alguien que, acompasando las pisadas al sonido de sus pasos, le seguía a unas pulgadas, casi rozándole.

Comprendió, disponiéndose a luchar, que era demasiado tarde para retroceder. Estaba rodeado, le habían cogido. Dave Rydal no pensó en su persona, en los momentos terribles que se avecinaban, sino en aquella misión que le encomendaban desde Washington: «Urge rescate antes semana entrante, en estado de continuar trabajos». ¡Y él, a quién confiaban la tarea, se había dejado coger en la trampa; se había encerrado a sí mismo, como un principiante inexperto!

Su cerebro reaccionó a tiempo, sobreponiéndose a la rabia. Estaba cogido, pero aún tenían que vencerle. Ante la proximidad inmediata de la lucha, sin poderlo evitar, la sangre le bullía en las venas, acelerándole el pulso, dándole apetencias urgentes de acción.

Durante unos minutos, mientras esperaba el desarrollo de los acontecimientos, estudió la situación. Una vez más, su vida dependía, más que de la fuerza, de la inteligencia con la que supiera afrontar los hechos; de un momento a otro, el enemigo, oculto en la oscuridad, saltaría sobre él, creyendo sorprenderle. Le quedaba una posibilidad entre cien de vencer a Johnny: engañarle.

Dave obró rápidamente, dando varios pasos atrás, al mismo tiempo que el «*hall*» se iluminaba.

No se había equivocado; creyendo que se disponía a intentar la huida, la persona que le tendió la trampa decidió descubrirse y empezar la lucha.

Dave, ganando el tiempo necesario para hacerse a la claridad repentina, estuvo a punto de sonreír. Aquello empezaba bien, todo lo bien que permitían las circunstancias.

Cuando pudo mirar en torno, se halló ante lo que el instinto le había advertido poco antes: siete chinos de dimensiones colosales, desnudos de torso, le rodeaban inmóviles, cerrándole la retirada.

Uno a uno, calculando la fuerza inmensa que representaban, Dave les miró. Parecían, en su estática actitud, estatuas de bronce, aunque los siete pares de ojos, animados por un brillo siniestro, se fijaban insistentemente en él.

«En buena te has metido, Dave», murmuró para sí el agente

especial, preparado para aguantar la embestida inminente.

Una risita desagradable, que proviniendo de la parte alta se esparció por la estancia, le obligó a levantar la cabeza. Johnny le contemplaba con miradas en las que leyó, mezclada a destellos de locura, la resolución de matarle.

Volvió a sonar la risa característica del criminal, llenando con augurios de muerte el silencio de la casa.

Por toda respuesta, Dave sonrió, desdeñándole. «El Risitas» prosiguió, incapaz de soportar en su corazón la hiel y la sorna, aquella alegría insana que le embargaba:

—Tenías que venir, sí. Te he aguardado hora tras hora, y has venido. Lo sabía; todos acabáis lo mismo, cayendo en mis manos. ¡Estúpido! Creer que podrías escaparte.

Los siete chinos estrecharon el círculo en torno al agente especial. «El jefe», haciendo un ademán con la mano derecha, les contuvo.

—¡Imbéciles! —Pareció bramar—. Éste es cosa mía. ¿Lo oís? Cosa mía.

Y sus ojos despedían fuego, mientras su cuerpo miserable se erguía a impulsos de la locura.

Dave avanzó un poco en dirección de la escalera, oyendo nuevamente las palabras que trataban de impresionarle:

—¿Querías poder conmigo? ¡Ja, ja, ja! ¡Vencerme a mí, a Johnny!... ¡Vencerme!... ¡Ja! ¡Ja!

—Tienes miedo, Johnny —dijo Dave, señalando a los sicarios.

Las facciones del criminal cambiaron bruscamente, palideciendo y cubriéndose de un tinte verdoso. Se agarró una mano con la otra, haciendo inconscientemente con ellas un movimiento de presión, como si estuviera estrangulando a alguien. La rabia le impedía hablar.

Durante unos segundos, Dave creyó que iba a darle un ataque, pero vio que el loco se reponía, balbuciendo, dominado por la rabia, sonidos guturales y roncós, semejantes al aullido de una fiera.

Llegando al primer tramo de la escalera, el agente especial empezó a subirla.

Con la mayor sorpresa reflejada en la cara, Johnny le veía hacer. La actitud de Dave era tan extraordinaria, que en el ánimo del «jefe» era mayor el deseo de ver hasta dónde llegaría la serenidad

de su enemigo, que el ansia de torturarlo.

Paso a paso, muy lentamente, Dave, con los siete chinos pegados a sus talones, fue acercándose al loco. Cuando estuvo a poca distancia de él, le aseguró, estudiando el efecto producido por sus palabras:

—No vengo armado, Johnny; pero nadie me ha vencido todavía.

Un gesto de desprecio distendió las facciones del «Risitas», que fue a reírse, no consiguiéndolo, porque los ojos del joven norteamericano, clavados en los suyos, fijos en una expresión acerada e hiriente, se lo impedían, produciéndole el efecto de una garra que, agarrada a su carne, le paralizara.

Oyendo tras de sí la respiración de los chinos, Dave volvió a decir:

—Nadie me ha vencido aún, y he luchado con hombres superiores a ti, condenada alimaña.

La risa de Johnny estalló al fin, una risa horrorosa, capaz de infundir pavor en otro menos arrojado y seguro de sí mismo que Dave Rydal.

El agente especial, sabiendo el efecto que iba a producir en su enemigo, abrió los labios, pronunciando, lentamente:

—Ellen; tengo a Ellen en mis manos.

La risa del monstruo se cortó en seco. Una nueva transformación se operó en su fisonomía. Retrocediendo unos pasos, como si un puño invisible le golpeará brutalmente, tuvo que esforzarse para no caer. Su cuerpo, antes agrandado por el triunfo, pareció reducirse, achicarse, convirtiéndose en un guiñapo desgraciado, en algo que daba pena.

—¡Ellen, mi hija! —pronunció, estremeciéndose por entero, removido el resto de humanidad desconocida que le quedaba.

La sorpresa hizo tambalearse a Dave. ¡Ellen, aquella joven atormentada, el ser a quién Fred amaba, fruto de un hombre sin entrañas, de un malvado, de un demente!

De pronto, Johnny, recordando los acontecimientos de aquella noche, se recobró. Los ojos parecía que iban a salirse de las órbitas; su rostro, desencajado, envilecido aún más, se convirtió en una máscara repelente, y sus labios, amoratados, cruzados por una mueca, exclamaron, en un grito salvaje de triunfo y de orgullo:

—¡Mentira, mentira! He rescatado a mi hija, la he rescatado.

Hace un rato, Pao Chen os delató. Le he matado por traidor, como a un perro. Y te mataré a ti; tú tampoco saldrás con vida de esta casa. Ellen está a salvo, ¿lo oyes? ¡A salvo!

El agente especial comprendió que tenía a su alcance la posibilidad, la única posibilidad de vencer al loco, precisamente en aquellos momentos. Después de la horripilante revelación, que hacía a Ellen más desventurada aún, las últimas palabras del «Risitas» abrían a sus pies un abismo, del cual forzosamente debía escaparse. En la fracción de un segundo, dispuesto a jugárselo todo, Dave formó un plan temerario, diciendo:

—Sigo teniendo a Ellen en mis manos, porque estaba en el comercio del chino cuando le mataste. Y ahora, ni la totalidad de tus esbirros podrían dar con ella.

Viendo la cara que puso Johnny, supo el arrojado joven lo acertado de su improvisado ataque: el loco no estaba seguro de haber rescatado a su hija.

Esta vez, le tocó reírse a Dave. El loco se echó sobre él, cogiéndole las solapas con manos convulsas, parecidas a tentáculos.

Durante unos minutos, los dos hombres, dos luchadores excepcionales, se miraron fijamente, retándose, tan próximos, que Dave notó en su rostro la respiración anhelante del otro. Un destello de locura homicida cruzaba las pupilas del «jefe».

Dave obró rápidamente, dispuesto a aprovechar la obsesión alucinante del loco. Asiéndole ambas manos con fuerza, se las quitó de encima. Al punto, los siete chinos se abalanzaron encima de él, reduciéndole a la impotencia.

Johnny echaba lumbre por los ojos, frenético por la rabia, dominado por aquella llamarada de demencia que era más fuerte que el recuerdo de su hija. Profirió, roncamente:

—Podría matarte ahora mismo, pero quiero que sufras. Cuando estés malherido, acabaré yo mismo contigo; yo mismo, mis manos —y se las miraba con ojos extraviados—; mis manos, ¡cómo te van a deshacer mis manos!

Los siete asesinos se pusieron a lo largo del pasillo y en dos filas, formada una a lo largo de la pared y la otra delante de la barandilla; Dave, encerrado entre ellos, era el centro.

Johnny, fuera de sí, se apartó unos pasos y pareció ladrar, en un dialecto que no entendió el agente especial.

Súbitamente, el puño cerrado de un chino cayó sobre Dave. Sintiendo el impacto como de un mazazo, el joven se tambaleó, sin llegar a reponerse, ya que una lluvia de golpes le levantó en vilo, volviendo, acto seguido, a lanzarle contra el suelo. Los siete chinos se le pasaron de mano en mano, golpeándole con saña, sin darle tiempo a respirar.

Dave trató de aguantar el tremendo castigo a su temeridad, protegiéndose las partes más sensibles del cuerpo con los brazos, que, dada la fuerza que tenían, superior a la de cualquiera de los bárbaros, hubieran podido nivelar la pelea. Su cuerpo, dañado en veinte sitios, era proyectado de un lado para otro, como un objeto carente de voluntad propia.

Teniendo que reprimirse una oleada de rabia, de odio inextinguible a los chinos y a su jefe supremo, apretando los dientes hasta hacerse sangre, la cruel humillación de ser un pelele en manos de aquellos bárbaros. Pero no era su orgullo, ni su persona siquiera, quienes estaban en juego, sino la vida del prisionero encerrado en aquella casa, al que debía libertar, le costara lo que le costara. Johnny no le dejaría salir con vida, y él, más inteligente que el loco, estaba ahora forzando los hechos para salir muerto de aquella encerrona, pero «en condiciones de regresar al poco rato», para arrancar al repugnante individuo la carne a tiras.

En los oídos de Dave sonaban como estallidos las risotadas y los gritos que proferían los chinos, divirtiéndose cada vez que le alcanzaban de lleno. Un patadón muy fuerte, recibido en el vientre, hizo que se tambaleara, doblándose, a punto de soltar un grito de agudo dolor. La vista se le nubló y notó que las fuerzas le abandonaban. Sobreponiéndose al atroz retortijón de sus entrañas, estudió rápidamente la posición de sus enemigos. Retrocedió unos pasos, como herido mortalmente, y a continuación, irguiéndose vengador, dispuesto por fin a la lucha, se dejó caer sobre el chino más cercano, agarrándole de forma que no pudiera moverse. Antes de que los demás tuvieran tiempo de reaccionar, retrocedió Dave, abrazado a la cintura del coloso.

Habiendo calculado pulgada a pulgada la posición exacta de cada uno de los sicarios, su ataque no podía fallarle.

El chino trató de soltarse, sin conseguirlo, porque la presa de Dave le cortaba el aliento. Sus compañeros, chillando excitados, le

animaban para que rematara al rebelde.

Estrechamente abrazados a su víctima, quien se debatía impotente entre sus brazos de acero, Dave llegó a la barandilla que limitaba el pasillo. A su impulso, el corpachón del chino salió despedido al vacío.

Un alarido mortal, desgarrador, y el chino se estrelló contra el suelo del «*hall*».

Aquello había resultado tan rápido, tan inesperado, que los seis compañeros de la víctima tardaron un minuto en comprenderlo. Antes de que, avanzando hacia él con gestos feroces, pudieran cogerle de nuevo, Dave saltó de espaldas, rompiendo la barandilla de madera y precipitándose también al vacío.

Pero Dave, después de describir en el aire medio círculo, cayó al suelo de pies.

Cuando los seis chinos, precedidos por Johnny, bajaron de cuatro en cuatro las escaleras, le encontraron aplastados contra la madera del pavimento, en apariencia muerto.

Dave, conteniendo la respiración, advirtió que sus enemigos se inclinaban sobre él. De una patada le dieron la vuelta. Él no se movió; su inmovilidad absoluta tenía que salvarle. Oía a su alrededor el jadear de los chinos y las palabras incoherentes pronunciadas a medias por Johnny. Los chinos comenzaron a discutir en una jerga extraña, que el «jefe» cortó con voz autoritaria y amenazadora.

Durante algunos minutos todo enmudeció en torno al supuesto cadáver. Luego oyó cómo arrastraban a su lado el cuerpo destrozado del chino muerto.

La vida del agente especial estaba pendiente de un hilo; cualquier movimiento, por pequeño que fuera, el solo hecho de respirar, podían descubrir su treta. Y antes de que pudiera levantarse del suelo y luchar, siete hombres caerían sobre él, asesinándole.

Johnny estuvo unos minutos espiando el cuerpo que yacía en el suelo. Cuando se enderezó, seguro de la muerte de su enemigo, Dave respiró al fin, tan levemente, que empleó un rato en soltar el aire retenido por sus pulmones y en volver a aspirarlo.

Las órdenes de Johnny, pronunciadas junto a los dos cuerpos inmóviles, acabaron los minutos de angustiosa espera vividos por

Dave Rydal:

—Tíradles desde los acantilados, donde pueda llevárseles la marea. Volved enseguida a vuestros puestos y que no pase nadie, ni haciendo la señal, salvo Fred Koestle. Estoy esperándole; vendrá dentro de un rato. Dejadme a mí a ese traidor; tendrá su merecido.

Por lo oído, comprendió Dave que Johnny «Risitas» sabía lo ocurrido horas antes. Pao Chen, sin duda aterrorizado, debía habérselo contado. Deseó que le arrojaran pronto al mar, para regresar antes de que la presencia de Fred entorpeciera aún más su labor.

Notó que le levantaban en vilo, sacándole por la puerta central. Al transponerla, Dave entornó los párpados, viendo que cuatro de los chinos les transportaban sin esfuerzo, seguidos por los dos restantes.

Haciendo una noche clara, el agente especial pudo observar los alrededores de la casa, por los que era conducido en dirección a una imponente masa de rocas poco distantes.

La fúnebre comitiva iba en silencio, sin prisas. Algunas sombras surgieron, al parecer del suelo, incorporándose a ella. Eran compañeros de los sicarios, guardianes fanáticos del loco «Risitas», que se acercaban, preguntando lo ocurrido en voz baja, semejante al tenue silbido de la brisa marina.

Uno de los chinos sacó una cajetilla, repartiendo su contenido. Dejando a los «muertos» en la tierra, la cuadrilla de asesinos asalariados, todos magníficos ejemplares de «animales humanos», según pudo ver el agente especial, se dispusieron a encender cigarrillos.

El que encendió el fósforo, luego de pasarlo de uno en uno, lo apagó, aplastándolo contra la cara de Dave, que tuvo que reprimir un grito de dolor al sentir la inesperada quemazón en una mejilla.

Estuvo a punto de ser descubierto, pero, una vez más, le salvó su sangre fría, el completo dominio de sus reacciones, por violentas que fueran. Ya empezaba a impacientarse, temeroso de que tardaran demasiado en arrojarle al mar, poniendo en peligro su plan, que dependía, en gran parte, de lo pronto que volviera a la casa de Johnny, cuando fue de nuevo levantado del suelo.

La marcha continuó lentamente. A medida que se acercaban a la oscura masa de las rocas, el terreno ganaba altura. Detrás del grupo

quedaba la playa, una línea ancha y pálida, rodeada por dos oscuridades; de un lado, el mar, embravecido por la marea, y de otro, la costa pelada, tan silenciosa y apacible, que daba la impresión de un trozo de tierra ganado por la paz y la tranquilidad, en el que no cabía aquella silueta que debían formar los asesinos transportando el resultado de una noche trágica.

Debían haber llegado, porque Dave oyó cómo discutían sus enemigos, en chino esta vez. Escuchó atentamente lo que decían:

—Sería mejor tirarle contra las rocas —opinaba uno.

—El «jefe» ha dicho que les echemos aquí —se opuso otro—. ¿Para qué vamos a ir más lejos?

—Es que a mí me gustaría que éste —el de las aviesas intenciones se refería al agente especial— supiera, como Ching, aunque fuese en la otra vida, lo que es romperse todos los huesos.

Dave, por lo que pudiera sobrevenir, se dispuso a impedir que los asesinos le estrellasen contra las rocas. En cuanto decidieron hacerlo, pensaba escaparse de sus manos y darles un susto mayúsculo, resucitando ante ellos de pronto.

Pero no tuvo necesidad de poner en práctica la humorística idea, pues el parecer del que prefería obedecer las órdenes de Johnny al pie de la letra prevaleció sobre el de su compañero.

Arrojaron primero al chino. Dave vio caer al fondo de la oscuridad, donde se deshacían las olas con sonido de torrente, el cuerpo inanimado del que había sido, en un capricho irónico del Destino, su compañero.

Por última vez, procurando cerciorarse de que en aquel abismo tenebroso al que iban a arrojarle no le esperaba la muerte, Dave miró hacia abajo. El acantilado, cortado a pico sobre el mar, debía de tener, por lo menos, sesenta pies de altura. Desde arriba no se distinguía sino la masa negra del agua, apenas aclarada a trechos por la luz de la luna.

No tuvo tiempo de seguir estudiando las probabilidades que tenía de estrellarse contra las rocas si le tiraban de mala manera, pues, levantándole como a una pluma sobre su cabeza, uno de los chinos le arrojó al fondo.

El cuerpo de Dave atravesó el aire, ganando velocidad a medida que descendía. Haciendo una contorsión, pudo entrar, con un choque violentísimo que casi le atontó, de cabeza en el mar. Se

hundió en el líquido elemento, casi hasta el fondo, afortunadamente de bastante profundidad en aquel paraje.

Cortando el descenso con los brazos, el agente especial del F. B. I., excelente nadador, subió a la superficie. El frío del agua le despejó enseguida el cerebro. Tenía el cuerpo magullado a golpes y en el carrillo le escocía mucho la quemadura producida por el fósforo del salvaje chino que se ensañaba con los que creía muertos, pero una satisfacción inmensa, la fundada esperanza de su próximo y total triunfo en aras del bien, le hacían sentirse completamente seguro de sí mismo.

Con largas y rítmicas brazadas nadó a lo largo de las rocas, protegiéndose con la oscuridad más densa allí que en el resto del mar. En lo alto del acantilado creyó distinguir algunos bultos, sombras algo más negras que el cielo, que permanecían inmóviles, mirando hacia abajo.

Luego empezó a alejarse de la costa para dar un rodeo y acercarse a la casa objeto de su interés. El mar, agitado por la marea alta, no le facilitaba la tarea. El oleaje, muy picado, le impedía nadar deprisa y le empujaba, con embestidas difíciles de salvar, hacia las rocas.

Luchando con todas sus fuerzas pudo, brazada a brazada, avanzar bastante distancia. En la lejanía oscilaba, confundiéndose a las estrellas, las luces de los barcos restaurantes.

Un buen rato después, más tarde de lo que deseaba, Dave volvía a entrar en la casa silenciosa de Johnny, donde tan cerca había estado de la muerte.

La puerta de acero continuaba abierta y el tonel en el mismo sitio que lo dejó. El loco, en su obsesión por matar, creyendo eliminado a su principal y más peligroso enemigo, descuidaba un detalle importante, acaso esencial en la lucha en tablada, y que podía perderle. Con toda seguridad esperaba a Fred, le esperaba para sentirle sucumbir entre sus manos, demente hasta el extremo de arriesgar su propia vida con tal de sentir el último estertor de un ser humano, mientras sus hombres permanecían inactivos a escasa distancia del drama.

Con precauciones redobladas, luego de escurrir su ropa que tan mojada le entorpecía la marcha, se arrastró Dave a través de las

habitaciones vacías. Procedía con un silencio total, seguro de que ni a dos pasos podrían oírse sus movimientos. Cada cuatro o cinco minutos se paraba conteniendo la respiración y escuchando atentamente, registrando cada susurro, cada sonido por leve que fuera, para no caer de nuevo en una trampa. Pero el silencio a su alrededor era denso como la oscuridad. De vez en cuando percibía el roce de un ratón entre los enseres en desuso apilados contra las paredes.

Por fin, envuelto por la mayor oscuridad, desembocó en el «hall». Empuñó el cuchillo, que no habían perdido y se acercó a las escaleras.

Un rato antes había salido «muerto» de allí mismo, y ahora regresaba como un fantasma vengador. Se preguntó qué diría el «Risitas» si le viera en aquella postura de tensa preparación, dispuesto a vencer por encima de todo.

Para llegar a la prisión de los físicos tenía forzosamente que subir las escaleras y pasar ante el dormitorio del criminal.

No; esta vez no le esperaban. A su alrededor sólo había silencio; silencio y oscuridad; y encerrado entre aquellas cuatro paredes, el ser repugnante, tortuoso, llagado por los peores vicios, y un hombre inocente, que, entregado al mundo de la ciencia, estaba a punto de purgar horrorosamente un crimen que no había podido cometer: el de nacer con un cerebro privilegiado y grande, con una capacidad bienhechora, de la que el mundo y la civilización están tan necesitados.

Pero no, allí había algo más, alguien más. Dave percibió el roce apenas perceptible de unos pasos, que subían las escaleras. Creyendo engañarse permaneció inmóvil, con sus sentidos alerta. De nuevo el apagado crujir de la escalera hirió sus oídos.

Comprendió de golpe lo que pasaba; Fred había llegado, estaba allí y subía, ignorante de la suerte que le aguardaba, el encuentro con la muerte.

Dave escuchó el ruido de sus pasos, tan leve que podía confundirse con el trabajo de la carcoma en la madera o con la propia manifestación del silencio. Recordó las órdenes dadas por Johnny a sus hombres, que terminaban: «Fred Koestle vendrá luego, dejádmelo a mí; tendrá su merecido».

El agente especial tuvo que reprimir el impulso de advertir a su

amigo el peligro que corría. «En el último momento estaré allí», le había dicho; y ahora, a cuatro pasos de su amigo, de Fred, no podía evitar el trágico desenlace, teniendo que sobreponer el deber al afecto personal.

Se imaginó la escena: Fred y sus dos compañeros debían hallarse ya a mitad de la escalera; arriba, oculto en la oscuridad, Johnny escucharía con cruel y despiadada delectación el lento ascenso, en espera del momento propicio. ¿Qué clase de muerte les tendría preparada? ¿Qué abismos de aberración y de horror paladearía el monstruo momentos después, cuando llegara la hora abominable, tan minuciosamente preparara por él?

Dave veía, como si una luz sólo visible para él iluminara aquel trozo de la casa maldita, el cuerpo mezquino del loco, tembloroso de regocijo, acechando la subida, pulgada a pulgada, de Fred.

El agente especial no tuvo que esperar mucho rato para saberlo. De pronto un foco potente iluminó la escalera. Al instante sonaba la risa victoriosa, inconfundible, de Johnny y una ametralladora ligera vomitó fuego, barriendo la escalera.

El grito unánime de los tres hombres sorprendidos se confundió a sus alaridos de muerte. Dave vio que rodaban por la escalera, contorsionándose acribillados por los balazos.

Sin embargo, Fred había escapado con vida de la primera ráfaga porque, mientras caía hacia atrás, disparó varias veces su pistola.

Volvió a oírse el tableteo mortal, buscando el cuerpo de Fred, que cayó instantáneamente. Pero otra vez había resultado ileso, ya que nuevos fogonazos partieron de su arma. El potente foco saltó hecho añicos, sumiendo en tinieblas el escenario de la lucha.

Un silencio denso, sobrecogedor, envolvió a los dos hombres, dispuestos a interpretar el último acto de la tragedia.

Dave avanzó en la oscuridad, habiendo llegado su momento. Era cruel la tesitura en que le colocaba el Destino, pero él, ante todo, debía cumplir la misión, abandonando a Fred a su suerte para aprovechar la confusión originada por la lucha y libertar al físico.

De nuevo sonó, estridente, con acentos de locura excitada, la risa de Johnny, que disparó. Pero aquella manifestación salvaje no salía ya del pasillo, sino de la puerta del dormitorio, adonde sin duda el malvado se dirigía.

Fred debió comprenderlo así también porque trató de cortarle la

retirada, disparando un cargador completo, cuando ya era demasiado tarde. Las balas se hundieron en la puerta que el «Risitas» había cerrado de golpe.

Dave subió corriendo las escaleras, saltando por encima de los dos cuerpos sin vida. Vislumbró a Fred, que cargaba nuevamente el arma.

—¡Cuidado, Fred! —le advirtió al llegar junto a él—. ¡Es una encerrona!

Pero Fred no le hizo caso, posiblemente ni se dio cuenta de su presencia, vaciando la pistola sobre la cerradura de la puerta.

Dave le cogió por los hombros, sacudiéndole.

—Te va a matar, Fred; está loco —le gritó casi al oído.

Fred se desprendió de las manos que trataban de contenerle. En la oscuridad, Dave divisó sus ojos que despedían fuego, febriles, llenos también de rabia y de locura.

El tiempo urgía. Abandonando a su amigo, Dave corrió hacia la estancia contigua. Al llegar a ella, en el momento en que levantaba la trampa del suelo, percibió el sonido, repetido a través de las habitaciones, de las chapas de acero que cerraban igual que una tumba aquella casa.

No se preocupó por ello; atravesando de prisa el pasadizo en dirección a la luz fría, que brillaba, como la vez anterior, en el fondo.

Era cuestión de minutos, de segundos acaso; Johnny, encerrado en su habitación, estaba loco. Una corazonada decía al agente especial que el malvado había procedido con astucia y que su fuga, en apariencia motivada por miedo a Fred, obedecía a un móvil siniestro.

De pronto, Dave se quedó parado en medio del pasillo. En la cueva, ante sus ojos, seguían los tres hombres de ciencia, ni uno más.

Una rabia sorda le obligó a cerrar los puños, clavándose las uñas. La realidad del hecho inesperado que tenía ante sí se le metía en el cerebro, incisivamente, haciéndole daño, impidiéndole coordinar los pensamientos y reaccionar.

Había fracasado; había puesto en peligro su vida; había abandonado en la peor de las situaciones a Fred, para fracasar, para nada. La realidad era demasiado absurda, como fruto de una

pesadilla fantástica, pero estaba allí, a su vista, a cuatro pasos.

Se golpeó la cabeza con los puños, tratando de hallar una explicación, una pista que le condujera a cualquier conclusión, pero sólo consiguió atormentarse más.

Iniciaba el retroceso, cuando vio que uno de los físicos se movía. Saltó hacia adelante, sintiéndose lleno de una alegría fuerte, arrolladora. Ninguno de los tres hombres podría, en el estado en que les descubrieron Basset y él, mover siquiera la cabeza.

Entrando en la cueva, comprendió que había estado a punto de cometer un error irreparable. Eran tres hombres sujetos a la roca lo que veían sus ojos. Sí; tres hombres, como la vez anterior; pero uno de ellos, el que se movió cuando él se disponía a retroceder, tenía como cinco pies de estatura; era de constitución ancha, con ojos verdes, que centelleaban de impotencia y de ira.

Dave comprendió aquel cambio inesperado; uno de los hombres de ciencia, muerto sin duda, había sido reemplazado por la nueva víctima.

El físico, al ver aparecer a Dave, le tomó por uno de los criminales, alargando los brazos y tratando de pegarle.

El agente especial tuvo que apartarse para impedir que el prisionero llevara a cabo sus propósitos. Quiso descubrir su personalidad, pero las palabras atropelladas, henchidas de indignación del científico, acallaron las suyas.

—No se acercará usted. Daría mi vida gustoso porque pagara usted lo que ha hecho con mis colegas. Conmigo no lo conseguiré. Antes me mataré, como sea; antes de revelarle una sola fórmula secreta.

—Señor —contestó Dave, alzando la voz, para hacerse oír—: soy un agente especial del

F. B. I.,

enviado en su busca. Le ruego que me preste la máxima ayuda, pues dentro de un rato será demasiado tarde para que podamos salir de aquí.

Y ante la sorpresa, que obligó a enmudecer al hombre de ciencia, Dave, sacando la lima, empezó la ardua tarea de romper el aro de hierro que le sujetaba a la roca.

El prisionero le arrancó la lima de los dedos y, con una energía que nadie hubiera supuesto en una persona dedicada por entero al

estudio, prosiguió el trabajo.

La lima, demasiado lentamente para la urgencia del caso, mordía sin cesar el hierro. Cuando Dave advertía que la fatiga ganaba al prisionero, le reemplazaba.

Jadeando ambos, sudando, presos de la precipitación máxima, tardaron unos minutos en romper el aro de hierro, que cayó a sus pies con un sonido extraño.

El físico, como si le abandonaran las fuerzas demostradas en los primeros momentos, se tambaleó al dar los primeros pasos, teniendo que sujetarle Dave para que no se cayera.

—Es la emoción... —dijo, tratando de hallar una excusa a su debilidad—. Ya estoy mejor.

—Trate por todos los medios de aguantar media hora a lo sumo —le rogó Dave—. Si nota que le faltan las fuerzas, dígamelo y le llevaré a cuestras. Debemos salir de aquí cuanto antes; su vida corre peligro, y tengo la orden de devolverle sano y salvo.

—¿Y la suya? —preguntó el científico.

—Se trata de usted ahora; por mí no se preocupe. ¿Está usted preparado?

—Sí; creo que sí.

—Entonces, vamos; no hay que perder ni un segundo. No se aparte de mí. En caso de que me hieran, obre por su cuenta, poniéndose a salvo. Al salir de esta cueva hay un pasadizo; luego, una habitación, que da a un pasillo; a mitad de él, una escalera. Bajándola, a la derecha, varias habitaciones, que se comunican en línea recta, hasta una bodega. Allí está la salida. Si le hago una señal, procure escaparse sin mí, en la dirección que acabo de indicarle. Saldrá al mar; nade hasta llegar a cualquier playa algo distante y espere que aparezca un helicóptero, que vendrá buscándonos y que le conducirá a un sitio seguro. En caso de que ocurra así, diga a quién le recoja que cumpla mis órdenes, que yo saldré como pueda de aquí. ¿Entendido?

El científico asintió con la cabeza, siguiendo a su libertador. Al abandonar la cueva, donde antes le esperaba la más horripilante de las muertes, se paró un momento, mirando a sus dos compañeros de cautiverio, menos ya que dos guiñapos de carne sanguinolenta. Sus ojos testimoniaron una emoción honda y centellearon un momento, como si súbitamente su alma fuera presa de un deseo de venganza y

de exterminio. Tendió ambos brazos hacia los desgraciados, en un ademán de impotencia, y a continuación corrió tras Dave.

Rápidamente atravesaron el pasadizo, salieron a la casa por la trampa y desembocaron, ya con más cautela; Dave, delante; el físico, detrás, en el pasillo. El silencio que reinaba en aquella parte de la casa chocó a Dave, que se acercó paso a paso a la habitación donde poco antes dejó a Fred tratando, como loco, de forzar la puerta.

La puerta, en efecto, había sido abierta, y dentro del dormitorio, una escena macabra se presentó a sus ojos. El cuerpo de Fred, acribillado a balazos, cubierto de sangre, yacía en el suelo. A su lado estaba Johnny, con la risa grabada para la eternidad en sus facciones rígidas de muerto. En el fondo de la estancia, en una pared, había un hueco, una trampa, adivinó Dave, donde, según las apariencias, la venganza de Fred había alcanzado al loco cuando iba a escaparse.

Comprobando que el corazón de Fred latía aún, aunque muy débilmente, Dave se echó al herido sobre los hombros. A continuación se asomó a la abertura de la pared, retrocediendo precipitadamente ante un ancho reguero de pólvora encendida, que corría por el suelo, viniendo desde la profundidad de aquel pasadizo secreto.

—¡Corra! —ordenó al sabio—. Después de la escalera, a la derecha, todo seguido. No se pare. ¡Rápido!

Los dos hombres abandonaron la habitación precipitadamente, bajando la escalera en unos segundos. Llegaban ya cerca de la bodega, cuando una explosión violenta conmovió el edificio, hasta los cimientos. El físico fue lanzado contra una pared, no causándose, por fortuna, ningún daño, aunque el golpe le atontó, haciéndole andar unos pasos vacilante. La carga que portaba, permitió al agente especial afianzarse, impidiendo que la expansión de la bomba le derribara también. Tuvo que coger por un brazo al hombre de ciencia, conduciéndole.

La casa se venía abajo. Sorteando la lluvia de proyectiles que caía sobre ellos —vigas y cascotes, paredes enteras derrumbándose a su paso—, continuaron la carrera. Después de la explosión, el fuego voraz continuó deshaciendo la morada de Johnny; las llamas, en un instante gigantescas, hicieron presa en las ruinas y un humo

espeso, sofocante, empezó a invadir las habitaciones que atravesaban, amenazando con asfixiarles si no salían enseguida.

Dave forzó aún más la marcha, seguido por el impresionado hombre de ciencia. Al desembocar en la bodega se derrumbó un muro ante ellos, que tuvieron el tiempo justo para retroceder, evitando ser aplastados. Dejando a Fred en el suelo, Dave empezó con prisa febril, desollándose las manos, a apartar los cascotes que tapiaban la salida al pasadizo, tardando cerca de un cuarto de hora en abrir un hueco.

El agente especial tuvo que reprimir un grito de alegría al ver que el barril que colocó bajo la gruesa chapa de acero permanecía aún allí. No se paró para tomar aliento, ayudando al físico a pasar por el hueco, que él atravesó arrastrando a Fred. Momentos después, hundiéndose en el agua, respiraron el aire fresco de la noche.

Los alrededores de la casa incendiada parecían haber sido testigos de un naufragio. El mar resplandecía, reflejando el fuego, e iluminaba con destellos cambiantes un conjunto de maderos rotos, de trozos de puertas y ventanas, que transportados por las olas flotaban sin rumbo fijo.

A la luz de las llamas gigantescas vio Dave a muchos hombres; sin duda, los que custodiaban la mansión, yendo de un lado para otro alrededor del incendio, como si trataran, en un intento absurdo, de mitigar el castigo impuesto por el Destino. Una multitud de habitantes de Aberdeen acudían al siniestro, a través del campo y de las playas, dando a la continua franja de arena un aspecto de hormiguero.

El oleaje, muy violento aún, aunque con fuerza descendente, les impedía nadar deprisa, teniendo que esforzarse para que no les arrojara, destrozándoles contra la costa.

De nuevo empezó aquella lucha desesperada contra el mar que sostuvo Dave hacía escasamente media hora. Las olas, embravecidas, rugiendo, parecía que iban a tragárseles, sepultándoles en el piélago sonoro. A cada embestida del elemento desatado, un verdadero torrente de agua y espuma caía sobre ellos, hundiéndoles en un abismo, del que surgían, impulsados por el mismo choque producido entre la superficie del mar y la masa líquida de las profundidades.

Cien veces el cuerpo inanimado del herido estuvo a punto de escapársele a Dave de las manos. El agente especial, demostrando su temple heroico, procuraba no soltarle; pero comprendía que en uno de los golpes fortísimos que sufrían tendría que dejarle, a menos que perecieran los dos ahogados.

Y tras él, siguiéndole difícilmente, el físico, un mediocre nadador, se iba quedando rezagado, incapaz de luchar.

Poco a poco, sin embargo, avanzando unas brazadas y retrocediendo de nuevo, para ganar a continuación lo perdido, fueron alejándose de la zona peligrosa.

Dave comprendió que el hombre de ciencia estaba a punto de abandonarse a la Providencia. Se acercó a él y vio, a la luz de la luna, que respiraba con dificultad, moviendo los brazos de una forma automática, sin voluntad ya.

Por un momento, la desesperación invadió al agente del F. B. I.

Él sentía también la fatiga producida por la noche trágica, pesándole en los miembros un cansancio agotador; pero su ánimo, sobreponiéndose al deseo creciente de dejarse caer al fondo de los abismos líquidos, le impulsaba a seguir nadando en tanto le quedara un soplo de vida.

Él solo hubiera llegado ya a cualquier playa alejada de los contornos, donde aún podía acechar la muerte; él solo, sin Fred malherido, a quién tenía que transportar, con riesgo mortal; sin el físico, al que estaba obligado a conducir, minuto a minuto, segundo a segundo.

Poniendo su boca en el oído del hombre casi vencido, le gritó, mezclándose sus palabras al rugir del oleaje:

—Un rato más y estaremos salvados; sólo hasta la playa. Si usted se rinde, tendré que abandonar al herido.

Al oírle, el físico trató de sonreír, y, comprendiendo la clara insinuación de su libertador, sacó fuerzas de flaqueza, continuando despacio, pero resuelto, a no ser un gran estorbo.

Extenuados, sin casi fuerzas para luchar unos minutos más, llegaron, por fin, a una playa solitaria.

El físico se dejó caer en la arena, incapaz de dar un paso. Dave respiró hondamente. ¡Estaban salvados! ¡Salvados!

Aquella realidad, alcanzada tras la durísima prueba, le hizo

mantenerse en pie. Soltó al herido fuera del agua, donde no alcanzaban las olas, volviendo en busca del hombre de ciencia, al que arrastró, a punto de caerse, junto a Fred.

Los dos cuerpos, en la posición en que les dejó el agente especial, inmóviles, parecían privados de vida. ¡Cuánto hubiera dado el invencible joven por tumbarse también, como ellos, y no tener aún que sobreponerse al agotamiento físico!

A lo lejos, como un símbolo de su victoria, como una llamada perenne a su deber, el incendio alzaba hasta el cielo nocturno sus llamas enormes.

«De Johnny, criminal y demente, monstruo humano, ¿qué quedará?», se preguntó a sí mismo, respondiendo en un susurro, los ojos fijos en la gigantesca hoguera: «Nada, nada, ni las cenizas, que el viento del mar se encargará de dispersar. Si acaso, un recuerdo, maldecido por cientos, por miles de hombres; una estela de repugnancia, huellas de sangre, lágrimas...»

Dave anduvo unos pasos con mucha dificultad. Había transcurrido un rato desde que alcanzaron la playa y el helicóptero no aparecía. Mirando a los dos hombres caídos en la arena, de los que no provenía el menor movimiento, comprendió lo que aún quedaba por hacer.

La impaciencia empezó a roerle el ánimo. Para alejar la inquietud, se inclinó sobre Fred, examinándole a la luz de la luna. Podría salvársele, contando con la intervención urgente de un médico. El herido, al que Dave contó seis o siete balazos, respiraba entrecortadamente, sin haber recobrado el sentido.

Un rato después, cuando Dave perdía la esperanza de que el helicóptero hubiera llegado aquella noche al aeropuerto de Hong Kong, oyó el zumbido de un motor de avión.

Escuchó con atención, temiendo confundirse. Pero no; sus oídos percibían, más claramente cada vez, el ronco sonido. Miró al cielo. Era una noche clara y pudo ver al helicóptero que se acercaba, siguiendo la línea de la costa.

Agitó los brazos, haciendo señas para que le descubrieran. El aparato voló sobre ellos a muy poca velocidad y a menos de treinta pies de altura. Era un «Dragonfly H. C. 2», de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, que viró en redondo, descendiendo.

Dave sacudió al físico por los hombros, sacándole de la

postración en que permanecía. El científico levantó la cabeza, y al ver el helicóptero, en el que resaltaban los distintivos de su patria, se echó a llorar como una criatura.

Posado en la playa el aparato, descendieron de él sus ocupantes: Clune y Tony Vickers, el piloto. Los dos hombres corrieron hacia el grupo.

Inclinándose sobre el herido, Clune se le cargó a la espalda y le metió en el helicóptero, seguido por Vickers, que transportó al físico.

Dave no hizo un solo movimiento por subir.

Vickers apareció en la ventanilla de la carlinga, apostrofándole cariñosamente:

—Vamos, hombre: ¿es que tú también estás «grogui»? Menudo rato nos has hecho pasar; volábamos sobre la casa cuando reventó. He sudado más que en toda mi vida para hacerme con este cacharro, y pensando en ti, temimos lo peor.

Dave no disimuló una sonrisa. Clune habló desde el helicóptero:

—El submarino nos espera, Dave.

La salida inesperada de Dave les dejó cortado:

—Yo volveré andando, Clune; jamás he ansiado como ahora andar tranquilo por una carretera, sintiendo la paz de la noche.

Clune se quedó con la boca abierta. A Vickers le hizo mucha gracia el capricho de Dave, que prosiguió:

—Llevad al físico al submarino. Cuando esté todo y vaya a sumergirse, que disparen una bengala. A continuación, con el motor a todo gas, llevad a este hombre a un hospital; está malherido y me gustaría salvarle. No perdáis un minuto. Buena suerte.

Vickers y Clune despidieron a Dave, agitando las manos. A través de una ventanilla, apareció la cara del físico libertado. Había sufrido demasiadas emociones para poder testimoniar con palabras su agradecimiento a Dave. Sonrió con una mueca y miró al agente del

F. B. I.,

tratando de fijar en su memoria los rasgos de aquel hombre que bromeaba, apenas salido de un infierno. Dave le sonrió, diciéndole adiós con un gesto.

El helicóptero ascendió verticalmente. Tres minutos más tarde se perdía en la noche, ganando altura con dirección a Repulse Bay.

Dave se acercó a las rocas, tumbándose en ellas tranquilamente, y aspiró con delectación el aire que venía del mar. Una satisfacción inmensa le llenaba. En cuanto viera remontarse en el aire la estela luminosa de la bengala daría por terminado aquel asunto.

Al poco rato, en la lejana oscuridad de la noche, brilló un instante un punto luminoso, como una estrella fugaz nacida en la tierra y desvanecida en su marcha hacia el cielo.

Dave Rydal hizo unos movimientos con los músculos, para desentumecerse. Quería andar un rato, hasta que la fatiga le rindiera, para dejarse caer sobre la cama y dormir doce horas seguidas. Al levantarse sería otro hombre, un hombre que había renovado su clase excepcional de luchador, un hombre dispuesto a enfrentarse con los peligros que fuesen, si éstos ponían en actividad su valor y su cerebro. Lentamente se dirigió hacia la carretera.

Al día siguiente, por la tarde, Dave Rydal embarcaba a los Estados Unidos.

Vestía un traje impecable y fumaba, apoyado en la barandilla de la cubierta, un cigarrillo.

A sus espaldas sonaba el compás de una músicaailable. Pero Dave miraba al mar, porque no podía volver la cabeza, ya que un velo de emoción le embargaba. Sobre su mano, que sostenía distraídamente el cigarrillo, unos ojos bellísimos habían llorado, los de Ellen, a quién un conductor de autobús encontró aquella mañana, caída sin sentido, en medio de la carretera.

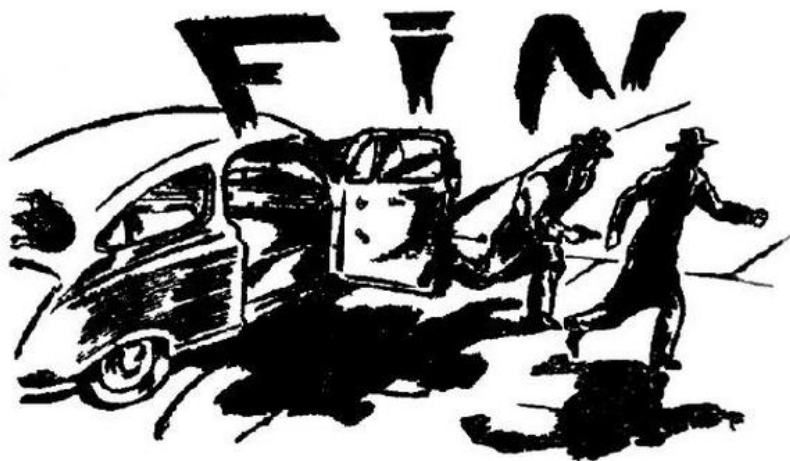
Recordó la escena: Fred, en la cama, sin poder hablar ni moverse, devorando con miradas de amor a Ellen, transfigurada, hermoseedada más aún. Luego, cuando Dave apretó entre sus manos las del herido, la joven, cayendo de rodillas ante él y llorando sobre sus dedos, que trataba de besar. Ante aquellos dos seres se abría un camino de luz y de felicidad, y en el corazón de Dave quedaba sepultado el misterio espantoso que rodeaba a Ellen; Fred estaba demasiado enamorado, era demasiado feliz para indagar.

Dave se preguntó, frunciendo el ceño, lo que hubiera ocurrido si Fred llega a saber aquel secreto que sólo él conocía. Inició con la cabeza un movimiento de impaciencia. ¿Se estaría volviendo un sentimental? Sin embargo, no podía apartar de su mente la impresión que le produjo aquel arrebatado de Ellen, a la que tuvo que levantar a la fuerza, ni la mirada de infinito agradecimiento con que

ella le despidió.

Tiró el cigarrillo al mar. Ante él estaba la inmensidad líquida, una vida cuajada de azares, de peligros, de gloria silenciosa y de esfuerzos. Así lo había elegido, en bien de la Humanidad, y no se arrepentía de ello.

Dave Rydal encendió otro cigarrillo, dio media vuelta y, dirigiéndose al bar, se metió entre los pasajeros, como uno más.



COLECCION
NOVELISTAS DE HOY

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Darío Fernández-Flórez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por María Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por Luis Antonio de Vega.
12. DIOS ES CORAZON, por Lázaro Ros.
13. A CARA O CRUZ, por Juan Antonio de Zunzunegui.

CORTESE POR AQUI Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREOS

PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de
EDITORIAL ROLLAN
San Bernardo, 68
MADRID

Muy Sr. mío:

Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE HOY, a partir del n.º, y al precio total de 25 pesetas, por CINCO números consecutivos, que abonaré CONTRA REEMBOLSO a la recepción del primer (o primeros).

..... de de 1953.
(firma)

Suscriptor D.

Domicilio núm.

Ciudad Prev.

APARECERA

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

(LA EDITORIAL de los EXITOS!)

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

NOTAS

[1] Diosa de la Misericordia. < <

[2] Arroz. < <

[3] Babosa de mar. < <

[4] Nidos de pájaros. < <

[5] TEXTO. < <